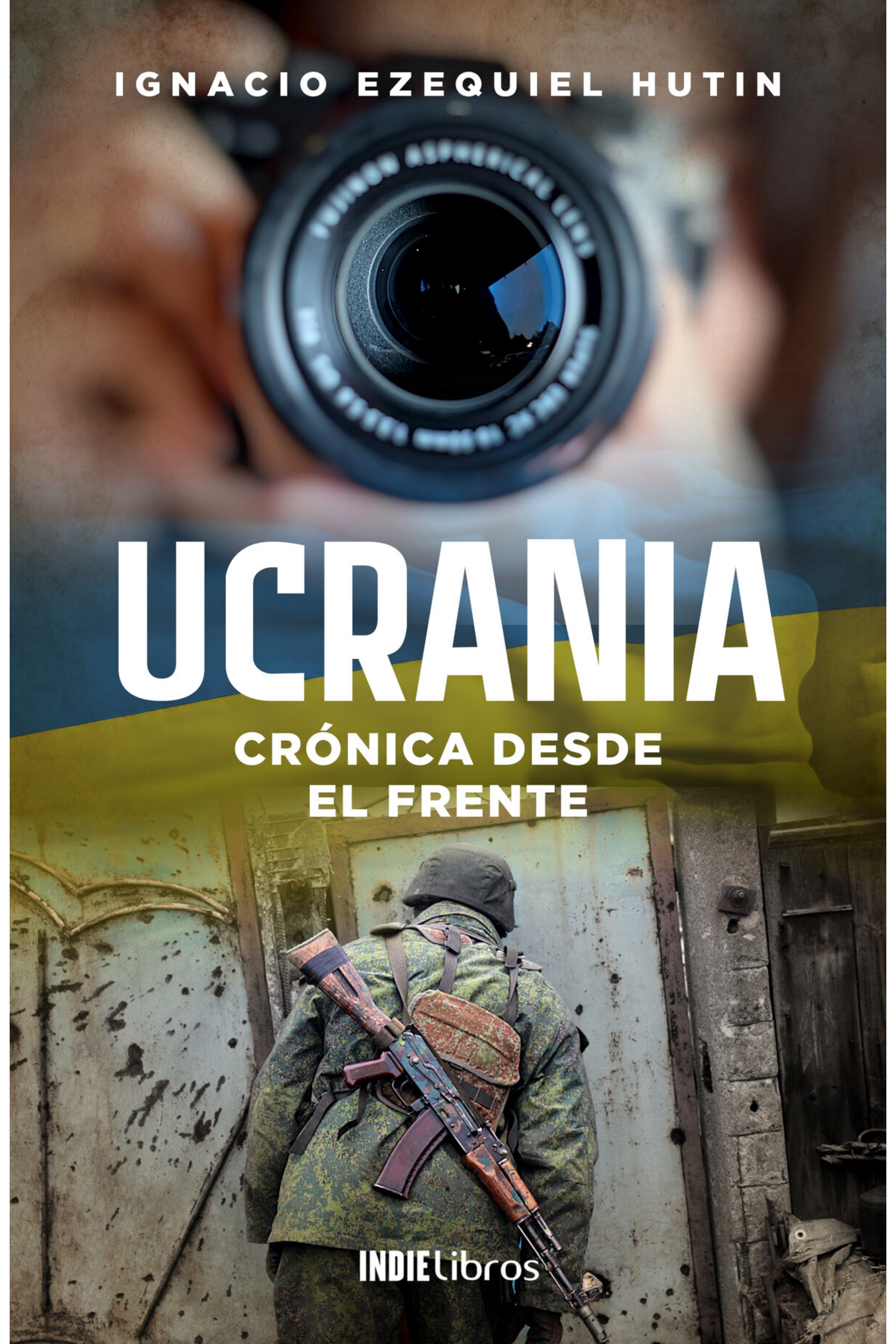

IGNACIO EZEQUIEL HUTIN
UCRANIA
CRÓNICA DESDE
EL FRENTE
INDIE Libros

Ignacio Hutin

Ucrania

Crónica desde el frente

INDIE libros

Hutin, Ignacio
Ucrania : crónica desde el frente / Ignacio Hutin. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Vi-Da Tec, 2021.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-799-333-2

1. Crónicas. I. Título
CDD A863

Conversión digital: Libresque

INDIE Libros

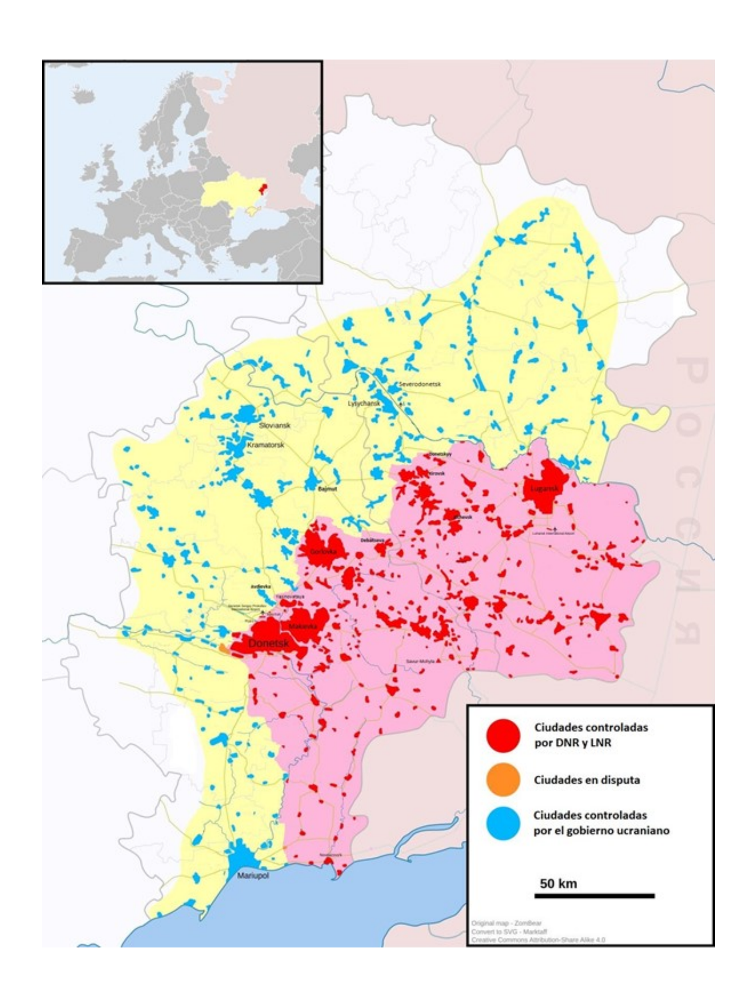
Acerca de *Ucrania*. Crónica desde el frente

Un periodista argentino, apenas escudado detrás de su pasaporte y una acreditación de prensa, se mete en el corazón de uno de los conflictos más dolorosos de nuestro tiempo: la guerra civil en Ucrania. De un lado y de otro, ve sufrimiento, decadencia, ideales que se sostienen contra toda adversidad, combatientes de lugares tan lejanos como América latina, y hasta declaraciones amargas: “A veces disparan pero no para derrotar al otro sino porque los días en que hay disparos se cobra más”. Un relato humano y político y hasta una duda: “¿Para cuántos esta guerra no era más que una buena excusa para subir fotos y videos a redes sociales?”.

Quién es Ignacio Hutin

Ignacio Hutin (Castelar, 1989) es magíster en Relaciones Internacionales (USAL, 2021), licenciado en Periodismo (USAL, 2014) y especializado en Liderazgo en Emergencias Humanitarias (UNDEF, 2019). Es especialista en Europa Oriental, Eurasia postsoviética y Balcanes, consejero consultivo para esta región en el Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL), docente y coordinador del área de investigación joven en el Centro de Estudios Estratégicos de Relaciones Internacionales (CEERI). Becado por el Estado finlandés para la realización de estudios relativos al Ártico en la Universidad de Laponia (2012). Trabajó en zonas de guerra y ha colaborado con medios gráficos, radiales y televisivos de Argentina, Chile, Uruguay, España, Serbia, Venezuela, Rusia, Estados Unidos y Bulgaria, entre ellos, *Infobae*, *Página/12*, *Clarín*, *Perfil*, *Tiempo Argentino*, *Sputnik*, *CNN*, *Muy Interesante* y *Muy Historia*. Es autor de los libros *Saturno* (2009) y *Deconstrucción: Crónicas y reflexiones desde la Europa Oriental poscomunista* (2018).

Índice


Severodonetsk
Lysychansk
Sloviansk
Kramatorsk
Bajmut
Lugansk
Debaltsevo
Gorlovka
Avdievka
Makeevka
Donetsk
Mariupol
Россия
Ciudades controladas
por DNR y LNR
Ciudades en disputa
Ciudades controladas
por el gobierno ucraniano
50 km
Original map - ZomBear
Convert to SVG - Marktaff
Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0

I.

El 24 de agosto de 2017, día de la independencia de Ucrania, amaneció soleado y con Kiev intransitable. Hubo un desfile militar extenso, con toda la parafernalia nacionalista: las banderas, las armas, los gritos, los aplausos. El chauvinismo tan de moda por aquellos días en buena parte de Europa. A lo largo del kilómetro y medio de la avenida Jreshchátyk la multitud vivaba a brigadas y a batallones; muchos sostenían retratos de soldados muertos, otros levantaban girasoles, la flor nacional de Ucrania; algunos vestían uniformes militares con medallas, otros lucían atuendos tradicionales. Un espectáculo colorido pero algo ridículo, una exageración de patriotismo barato, digno de un país en guerra o quizás de uno que celebraba por entonces tan sólo su 26° aniversario de independencia.

Poco antes de su final, Jreshchátyk se abría y todo era color. La revolución en el pecho al saberse rodeado por el paisaje tan conocido a través de fotos, de videos. La Plaza de la Independencia, más conocida como Maidán, es el centro neurálgico de Kiev y de Ucrania. La avenida la atraviesa, así que el transeúnte desprevenido se topa de improviso con la monumentalidad de la historia. Ya no había francotiradores en los edificios estalinistas que rodean parte de la plaza, pero las marcas de los disparos aún eran visibles en paredes, en rostros. Todo lo que es hoy Ucrania había comenzado en Maidán. La Columna de la Independencia, con su alta figura alada que corona un monumento erigido en 2001, fue en mi

mente referente absoluto de todo lo que me habían contado televisores y sitios web. Recordaba la columna rodeada de nieve, de fuego, de cuerpos, de armas, piedras, pánico. ¿Había pasado tanto tiempo? ¿Qué había cambiado en esta plaza en menos de cuatro años? ¿Qué tan distintas eran las personas, qué tanto podría diferir el país? Maidán fue el principio de la guerra. Y también el final de la Ucrania postsoviética.

En el extremo norte de la plaza se encuentra el enorme edificio ruinoso y oscuro de lo que alguna vez fuera la Federación de Sindicatos de Ucrania. Fue incendiado durante Euromaidán, en el invierno de 2014. Ahora estaba cubierto por un manto, un *banner* con la imagen de cadenas rotas sobre un cielo celeste espolvoreado de pequeñas nubecitas blancas como la nieve. Sobre las cadenas, letras mayúsculas rojas, pesadas, que en inglés anunciaban “¡LA LIBERTAD ES NUESTRA RELIGIÓN!”.

Desde Maidán seguí a un grupo de militares que se dirigió colina arriba por la calle Mijailovska hasta la plaza homónima frente al monasterio de San Miguel, a unos seiscientos metros. En ese breve recorrido al fin dejé de prestar atención a las estoicas formaciones que marchaban por la avenida hasta hacía apenas minutos, y me fijé en los demás, en esos que estaban vestidos de soldados pero no marchaban, no al menos igual que los de Jreshchátyk. Por primera vez vi la bandera negra y roja, y no tardé en notar que era un símbolo más popular que la nacional, la amarilla y azul.

Por esos días, Kiev se me figuraba una incógnita caótica y heterogénea, un cúmulo de ingredientes sueltos en forma azarosa que no parecían combinar en absoluto. Mil ciudades en una que, como muchas otras ex ciudades soviéticas, estaba

aprendiendo a lidiar con el pasado. Y lo hacía como podía, como le salía: transformaba, ocultaba, reciclaba, olvidaba los restos de lo que alguna vez fue.

Mientras el visitante era recibido por el enorme monumento de la Madre Patria, con su espada y escudo soviético, también aparecían cientos de vendedores de recuerdos que ofrecían a los turistas papel higiénico con hoces y martillos o con la cara del presidente ruso Vladimir Putin. Todos hablaban ruso pero todos parecían odiar a Rusia y ni siquiera había vuelos directos entre ambos países desde 2015. Para la nueva Ucrania, esa que quería desprenderse del pasado soviético mirando a la Unión Europea y a la OTAN, Rusia y los rusos eran un grano molesto en la nariz.

La Revolución Naranja de 2004 y las manifestaciones conocidas como Euromaidán, de 2013 y 2014, expulsaron del poder a Víktor Yanukovich, un presidente cercano a Rusia proveniente de la región oriental del país, en donde se habla más ruso que ucraniano. Los dos eventos fueron el inicio de un largo proceso de despertar nacionalista acompañado por un profundo sentimiento antirruso y antisoviético. O tal vez se tratara en realidad de una intensa hostilidad hacia todo lo que no fuera blanco, heterosexual, cristiano y ucraniano. El neonazismo proliferó a partir de entonces y al final no fue más que un gran círculo vicioso: la región oriental, conocida como Donbass, se levantó en armas contra la expulsión de Yanukovich, se formaron cada vez más agrupaciones paramilitares de ultraderecha para combatir a los separatistas prorrusos y cada vez más civiles del oriente se unieron a las brigadas separatistas para luchar contra las agrupaciones neonazis. Los que clamaban por una Ucrania para los ucranianos no veían a los rusoparlantes de oriente como sus

compatriotas y el sentimiento no tardó en volverse recíproco.

El resurgir nacionalista significó el renacer de un símbolo olvidado, ese viejo estandarte partido al medio en forma horizontal, con una banda superior roja y una inferior negra. Era la bandera del Ejército Insurgente Ucraniano (UPA), una agrupación paramilitar fundada durante la Segunda Guerra Mundial con la idea de luchar por una Ucrania independiente frente a la URSS, incluso colaborando por momentos con el nazismo y participando activamente en la aniquilación masiva de judíos europeos. El UPA era el brazo armado de una de las facciones de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN), nada menos que un cúmulo de nacionalismo violento, racista, antisemita, homofóbico y profundamente antisoviético y anticomunista. El más importante de los numerosos líderes de la OUN fue Stepan Bandera, un hombre que se alió a los invasores nazis y promovió el asesinato de polacos y judíos. Fue asesinado en 1959 por la KGB. La otra figura primordial del nacionalismo ucraniano es Román Shujévych, líder militar del UPA, con antecedentes muy similares a los de Bandera, aunque, a diferencia de éste, Shujévych no sólo se alió a los nazis sino que se incorporó a su ejército. En nombre del nacionalismo, la independencia y la segregación, masacró junto a sus seguidores a varias decenas de miles de polacos al noroeste de Ucrania.

El día de la independencia marcharon por el centro de Kiev decenas de grupos de extrema derecha con la enseña rojinegra e imágenes de Stepan Bandera, entre ellos Sector Derecho, Aidar, Azov, Tryzub. Organizaciones que nacieron o se potenciaron durante las protestas de 2013 y terminaron guerreando en el oriente ucraniano, que crecieron con el aval del gobierno y que al mismo tiempo alcanzaron bancas en el

Parlamento Nacional como partidos políticos. Muchos de ellos, incluso utilizando abiertamente simbología nazi.

Algunas semanas más tarde, en una base militar de la República Popular de Lugansk, un comandante separatista me dijo que la guerra del Donbass no enfrentaba a grupos de derecha y grupos de izquierda, sino a nazis y a personas comunes que no querían vivir en un Estado nazi. "Gente ordinaria, taxistas, granjeros, doctores… vieron a grupos armados avanzar hacia sus casas levantando retratos de Bandera, de Shujévych y de otros nazis. Aquí todos recuerdan la Segunda Guerra Mundial, todos tienen familiares que murieron luchando contra el nazismo. Yo tengo a mis dos abuelos, por ejemplo. Cuando la gente del Donbass vio a los nazis entrando otra vez en su tierra, los identificaron como enemigos. Y los ucranianos hicieron todo lo posible para ratificar esta opinión: mataron a civiles en Odesa y en Mariupol, mataron a policías en Kiev y gritan abiertamente que su objetivo es liberar *sus* tierras de población rusa". En su escritorio, Alexey Markov, comandante de la brigada Prizrak, tenía un pequeño busto plateado y antiguo de Iósif Stalin.

La procesión avanzó lentamente en subida hacia el monasterio. Era una escena abrumadora, con cientos de hombres y mujeres uniformados, levantando banderas e insignias, enseñando imágenes de sus héroes muertos, algunos recientemente y otros, como Shujévych, hacía décadas. Hasta donde alcanzaba la vista se acumulaban rostros serios o embravecidos, pasos militares resonando pesadamente sobre el asfalto, como marcando territorio.

Si el desfile en la avenida Jreshchátyk parecía un espectáculo colorido apto para toda la familia, esta procesión bajo una repentina lluvia de verano no podía ser más que

para un público muy específico. No era una exhibición sino un grito de furia contenida durante demasiado tiempo, la rabia desatada por perder parte del país en manos del gran vecino oriental. Pero también eran ansias de venganza contra todos aquellos que llevaron a Ucrania por un camino a contramano del nacionalismo. ¿Y a favor de qué? ¿De la OTAN? El nacionalismo expresaba su enojo ante el callejón sin salida marchando ruidosamente, lanzando gritos al aire y levantando banderas. El resultado final estaba lejos de ser un colorido desfile como el de Jreshchátyk y más cerca de constituirse como un terrible y urgente llamado a luchar, a morir.

Los soldados finalmente se detuvieron frente al monasterio. Desde un improvisado escenario, una cantante interrumpía regularmente su presentación para gritar “¡GLORIA A UCRANIA!”. “¡GLORIA A LOS HÉROES!”, contestaba la multitud. La joven entonces continuaba: “¡GLORIA A LA NACIÓN!”. “¡MUERTE A LOS ENEMIGOS!”, respondía la muchedumbre y alzaba banderas nacionales y rojinegras por igual. Las dos banderas hacia el cielo y los fusiles hacia el este. Gloria. Gloria al pasado que se enlaza con el presente, a la independencia y a los genocidas de ayer y de hoy. Gloria a Bandera y Shujévych. Gloria al odio, a la violencia, al racismo. Gloria a Ucrania. Gloria a nuestros héroes.

II.

Por esos días me alojaba en casa de Aleksandr, al otro lado del río Dniéper. No tardé mucho en hacerle la misma pregunta que hacía a todo el mundo: ¿cómo se puede ir a Donetsk y a Lugansk? Aleksandr me pidió un momento para responder porque antes quería comunicarse con un amigo

suyo que había participado de la guerra. La conversación telefónica en ruso fue breve y la respuesta final, tajante: "Se puede ir a Donetsk, pero corrés riesgo real de ser secuestrado por los terroristas. Es una pésima idea". Muchas semanas después recordé esa frase conversando con José, uno de los supuestos terroristas, un voluntario andaluz que luchaba del lado separatista contra el ejército del gobierno de Kiev. Se rió con ganas.

Antes de dejar Kiev visité el punto final de Euromaidán: la mansión que Yanukovich abandonó para huir a Rusia y ya no regresar. La gigantesca y megalómana Mezhyhirya, residencia personal del ex mandatario, se había constituido en un extraño símbolo de victoria, como el bastión del enemigo conquistado, el estandarte caído. El predio era hermoso y tenía cientos de fuentes, decenas de lagunas y césped tan prolijo y tan verde que podría albergar la final de un mundial de fútbol. Por todos lados había parejas tomándose fotos de bodas y familias paseando en bicicleta o dándoles de comer a los animales del zoológico. El acceso no dependía del Estado sino que lo controlaba Petro Oliynyk, Señor de Mezhyhirya y amo de llaves supremo de la mansión del depuesto presidente. Y también héroe de las tropas del Bien.

Estaba prolijamente afeitado y vestía un chaleco tradicional, oscuro pero repleto de pequeños y coloridos objetos. Llevaba a modo de capa sobre los hombros la bandera rojinegra del UPA. Petro se mostraba orgulloso de terminar de guiar a un grupo de ucranianos por la casa de Yanukovich hablando únicamente en ucraniano. Quizás sus aires de superioridad moral y su bandera a modo de capa se debieran a que efectivamente se sentía un héroe de la revolución. Sin dudas había tenido un rol importante durante

Euromaidán, ¿por qué no permitirle autoatribuirse un supuesto heroísmo?

La historia que cuenta es que tenía 32 años cuando decidió viajar desde su Lviv natal hacia Kiev con la idea de participar de las protestas que terminarían expulsando del poder a Yanukovich en febrero de 2014. Pero todo había empezado en noviembre de 2013. Para entonces el presidente contaba con poco apoyo, ya no sólo en Occidente sino también en su propio y natal Oriente. La corrupción y el autoritarismo se habían vuelto moneda corriente durante su gestión y el presidente decidió suspender la firma de un acuerdo de asociación entre Ucrania y la Unión Europea, acercándose de hecho a Rusia. Las protestas se volvieron masivas casi inmediatamente y llegaron a contar con alrededor de medio millón de participantes en Maidán para principios de diciembre.

Los enfrentamientos violentos, no sólo entre policías y manifestantes sino también entre aquellos que apoyaban al presidente y quienes reclamaban su salida, se extendieron más allá de Maidán y más allá de Kiev. El centro de la capital se volvió un campo de batalla. Cundieron el pánico y la desesperación, una espiral de violencia a lo largo del crudo invierno europeo. El fuego y la sangre con la nieve como escenario parecían hasta hollywoodenses y todo era caos, incertidumbre. Cuando el sentimiento antirruso se potenció y las primeras víctimas materiales fueron los monumentos a Lenin, aparecieron los grupos nacionalistas: Sector Derecho y otras organizaciones que se levantaron en armas para enfrentar a un gobierno que sólo parecía capaz de responder con una represión cada vez más violenta. El primer día de 2014 estos grupos llevaron adelante una marcha de antorchas para celebrar el cumpleaños de Stepan Bandera, asociando de

esta forma a todo el movimiento de Maidán con la extrema derecha. Aunque aún seguía siendo un sector minoritario en el marco de la inmensa protesta, por acción u omisión, la alianza ya estaba conformada.

Ese mismo mes Yanukovich abandonó Kiev esgrimiendo razones de seguridad y el día siguiente el Parlamento votó destituirlo y formar un gobierno de coalición encabezado por Oleksandr Turchynov. Tanto Estados Unidos como la Unión Europea felicitaron al presidente provisorio. Al mismo tiempo, comenzaban manifestaciones Anti-Maidán en la península de Crimea. Fue el inicio de un proceso que culminaría con la anexión rusa de la región.

Ya sin habitantes ni protección alguna, la mansión de Yanukovich fue tomada por cientos de manifestantes, entre ellos Oliynyk, el del chaleco con objetos coloridos. Una de las primeras cosas que hicieron al ingresar al predio fue colocar la bandera rojinegra sobre la entrada, como si fuera el Ejército Rojo haciendo flamear el estandarte soviético en el techo del Reichstag. El enemigo había caído.

Oliynyk afirmaba que Petro Poroshenko, presidente de 2014 a 2019, quería expulsarlo pero que no se iría hasta que Mezhyhirya se convirtiera oficialmente en un museo del que nadie pudiera llevarse nada. Aunque tal vez le interesara más mantener su estatus de autoproclamado héroe. Al fin y al cabo, no todos los ucranianos tienen la suerte de elegir cuándo trabajar y cuánto cobrar. Y muchos menos pueden vivir en una mansión como Mezhyhirya.

Luego de Euromaidán, el crecimiento de un fuerte sentimiento anticomunista, antirruso y antisoviético significó el inicio de un proceso de *descomunización*. Entre 2015 y 2017, fueron desmantelados o destruidos miles de

monumentos del período soviético y cambiaron oficialmente de nombre más de 50 mil calles, unas cien ciudades y casi mil aldeas y pueblos. El proceso también incluyó la prohibición de utilizar o propagar simbología comunista, la proscripción de los tres partidos comunistas activos y la promulgación de una ley en honor a la “memoria de los combatientes por la independencia de Ucrania en el siglo XX”, entre ellos el Ejército Insurgente Ucraniano (UPA) y la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN).

Maidán solía llamarse plaza Revolución de Octubre y ostentaba un monumento de casi 9 metros a Vladimir Illich Lenin, hasta que la caída de la Unión Soviética en 1991 significó el cambio de nombre y el derribo de la estatua, que recién sería reemplazada una década más tarde por la Columna de la Independencia. Ése fue uno de los primeros monumentos al líder bolchevique en ser desmantelados en Ucrania; en enero de 2017 el gobierno anunció que se habían destruido las 1.320 estatuas de Lenin que quedaban en todo el país. Y las sucesivas gestiones presidenciales se refieren al Euromaidán como “Revolución de la Dignidad”, como la vuelta de página que marcó el fin de una era. Los pesados edificios estalinistas de la capital son los restos de otras vidas u otras dimensiones: los pasados que ya no existen.

Ahí está Ucrania, deambulando entre Oriente y Occidente, entre la OTAN y Rusia, tratando de dilucidar qué ser y hacia dónde ir al tiempo que no decide cómo lidiar con su presente.

III.

Esa misma noche dejé Kiev. No fue sencillo pasar de la opulencia ridícula de la mansión de Yanukovich al tren nocturno postsoviético que se bamboleaba atravesando

campos oscuros ucranianos. Atrás habían quedado el spa, las cámaras de sal, los leones taxidermizados o el ring de box. Adelante aparecía el este.

La primera parada fue Kramatorsk, capital temporal de la región de Donetsk. Bajé del tren con la profunda incertidumbre que significa acercarse al frente de batalla, aún a decenas de kilómetros pero sin dudas mucho más a mano que estando en Kiev. Rápidamente noté las camionetas blancas de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) apostadas frente a la estación y algunos soldados que caminaban despreocupados. Desde el autobús que me llevó al centro vi que todas las torres eléctricas estaban pintadas de amarillo y azul, al igual que otras estructuras, puentes, muchos cordones de las veredas y los mismos autobuses y trolebuses. Pero también noté que no había gente en ningún lado.

En la plaza central quedaba un pedestal vacío como tantos otros en tantas otras ciudades y pueblos: el ausente Lenin no sólo había rematado la plaza hasta abril de 2015 sino que además le había dado nombre. El sitio donde se debería conmemorar o rememorar personajes, hechos, historias, hoy era hueco. El monumento a la nada. Como si el pasado se hubiera extinguido súbitamente y el futuro aún no hubiera decidido a qué y a quiénes honrar. Hoy sólo se celebraba esa nada sobre un pedestal que quizás sí tenía un sentido más allá de la visibilizada ausencia de lo soviético: la nada era el periodo actual. Después de tanto ruido, caos, fuego, balas, muertos, la nada sobre un pedestal era la paz silenciosa.

Kramatorsk fue una de las primeras ciudades que sufrieron el conflicto. La expulsión de Yanukovich significó el fin de Euromaidán, pero también el comienzo de un efecto rebote:

el levantamiento del este, de los sectores más cercanos cultural, política, histórica y étnicamente a Rusia. El movimiento Anti-Maidán se manifestaba en contra de lo que denominaban “golpe de Estado” en Kiev, pero también reclamaba por el apoyo del gobierno ucraniano a las organizaciones políticas y paramilitares de extrema derecha, que a las pocas semanas se haría aún más explícito.

En abril de 2014 fueron tomadas la central de Policía y la municipalidad de Kramatorsk; Kiev no tardó en responder y pronto comenzaron los enfrentamientos entre el ejército ucraniano y las milicias. Durante estos días el gobierno de transición utilizó por primera vez la palabra *terrorista* para referirse a los rebeldes, y ésta fue la justificación para comenzar a atacar zonas civiles. Un mes más tarde se declararon independientes la República Popular de Donetsk y la República Popular de Lugansk, DNR y LNR respectivamente, por sus siglas en ruso.

Vladimir era un muchacho corpulento, alto, con la cabeza cuadrada y algo desgarbado. Le gustaba la historia, especialmente todo lo relacionado a la Segunda Guerra Mundial. Al principio de la guerra en Donbass dejó Kramatorsk con su familia y terminó el colegio en Járkiv, pero regresó aquel verano boreal de 2014, cuando el ejército ucraniano recuperó la zona luego de dos meses y medio de enfrentamientos y de al menos ochenta muertos, once civiles entre ellos. Ahora trabajaba en un pub irlandés, uno de los pocos bares de la ciudad que no era un tugurio de vodka y humo. Cada noche y algunas tardes de las más que suficientes que pasé en Kramatorsk visitaba a Vladimir. Me interesaba como estereotipo porque odiaba a Rusia, le molestaba que su lengua materna fuera el ruso y no el ucraniano, y también ser

tocayo del presidente ruso. Para su último cumpleaños le habían regalado algo que me mostró con orgullo y profunda alegría: una bandera rojinegra. También conservaba algunos objetos nazis en su habitación, como un casco con la marca de las SS. Una noche desarrolló con entusiasmo por qué la victoria nazi en Ucrania hubiera sido mejor que su derrota en manos de los soviéticos.

Un amigo suyo era soldado y había participado de enfrentamientos en la zona de Bajmut. Un muchacho hosco y serio, de ojos apagados y cejas pronunciadas. Me dijo que luchaba contra los invasores rusos y que Ucrania estaba por encima de todo, incluso del miedo que le generaba calzarse un fusil y marchar al frente. Tuve la sensación de que se limitaba a repetir frases hechas, consignas premasticadas. Aconsejó que no fuera a Donetsk y en cambio listó una serie de ciudades cercanas a Kramatorsk que podría visitar, todas ellas controladas por el gobierno ucraniano. Las anoté minuciosamente: si no podía ir a las grandes urbes regionales, entonces iría a cada una de las ciudades y pueblos que las rodeaban. Tildé en mi lista a Kramatorsk y a la mañana siguiente tomé un autobús a Bajmut.

IV.

El avanzado otoño nos encontraba en el pequeño y tan soviéticamente gris departamento de una sola habitación en Donetsk. Bebíamos cerveza mientras trataba de sacarle algunas frases al intrincado Jon, vasco que siempre deambulaba entre el sarcasmo y la mofa. Me junté con él casi todos los días durante varias semanas y nunca terminé de descubrir cuándo hablaba en serio y cuándo no. Tal vez nunca lo hacía, tal vez él era ese cinismo que se burlaba de

todo y criticaba todo, siempre con una sonrisa nihilista y una carcajada corta, tan malvada como contagiosa. Era un tipo divertido, curioso: un bicho raro. Dima, asturiano, vivía con Jon. Compartían habitación en un segundo piso sobre la Avenida de Illich, a unos 300 metros de la céntrica plaza Lenin. Era un muchacho más sencillo, como de pueblo. Hablaba de su familia, de su comida, de su tierra, se acercaba a los niños y a los ancianos. No era difícil descubrir en él una sensibilidad que la guerra no le había robado.

Esa noche, como tantas de las que pasé en aquel departamento, Dima me mostró fotos que había subido a una red social. Tenía dos cuentas: una con su nombre real, otra con su *nom de guerre* Dmitry. En esta última había compartido tres imágenes de hacía unos pocos meses. Junto a sus compañeros se habían topado entonces con una posición militar ucraniana abandonada de apuro, como si sus ocupantes hubieran huido de algún ataque. En la primera se veía una chaqueta militar con la palabra "Zenit" escrita a mano; la segunda era del mismo Dima: sin remera, dejaba ver sus muchos tatuajes, la vista firme al frente y el fusil Kalashnikov apuntando al suelo, hacia la bandera rojinegra que acababa de encontrar y ahora pisoteaba. "Pisando la basura como se merece. ¡No pasarán!", decía el epígrafe. Uno de sus compañeros le comentó que no debía pisar "tanta basura", "que te mancharás". La bandera tenía algunas palabras curiosamente escritas en castellano: "Hasta la vista separatista". Pero la tercera foto fue la que más me impactó. En ella se veía un chaleco antibalas verde con unas cintitas azules y amarillas atadas a los lados. En el frente, escrito prolijamente con un fibrón negro, las letras grandes formaban una única palabra: Bajmut.

En ese momento caí por primera vez en la cuenta de que

había cruzado las líneas enemigas, que había cambiado de bando. Apenas unas semanas antes había deambulado por las calles de Bajmut, había tomado fotos y conversado con algunos vecinos, con militares, con vendedores; me pareció una ciudad tranquila, silenciosa. Tal vez me hubiera cruzado con algún familiar del dueño de aquel chaleco: podría haber sido quien me vendió el boleto de autobús, quien detuvo su coche para dejarme cruzar en la esquina de la plaza. O cualquier otro. Me pregunté entonces si el dueño del chaleco estaría vivo y qué pensarían sus padres de mí si me vieran conversando tranquilamente con el enemigo de su hijo. Esa noche le pregunté por primera vez a Dima qué le diría a un soldado ucraniano si pudiera conversar con él. “¡Qué buena pregunta!”, respondió. “Nunca me lo había planteado.”

No logré acostumbrarme a las *marshrutkas*[1], esos pequeños autobuses, incómodos, lentos y poco confiables que atraviesan buena parte de las viejas repúblicas soviéticas. La que me transportó a Bajmut tenía asientos de madera con pequeños almohadones, pero no llegué siquiera a acomodarme cuando el vehículo ya se había detenido por primera vez. Fue apenas salimos de Kramatorsk, a unos 2 kilómetros de la terminal: en medio de la ruta había unos bloques de hormigón coronados por una raída bandera ucraniana colgada de un palo de escoba. Un joven soldado nos indicó esquivar el primer bloque y detenernos a un costado de la ruta. Así empezó el espectáculo ridículo y extraño de los controles, proceso pintoresco que al principio me causaría nervios, algo de miedo, luego me resultaría gracioso y finalmente, a fuerza de incontables repeticiones, exasperante.

Dos soldados armados subieron al vehículo y pidieron

identificación a los pasajeros: una ojeada y no mucho más. Hasta llegar al extranjero. Por su reacción, mi pasaporte argentino bien podría haber sido el acta de nacimiento de un marciano. Me hicieron bajar del vehículo y acompañarlos a una casucha de chapa que ejercía de oficina. De las muchísimas veces que pasé por este tipo de controles, la primera fue la única ocasión en la que no tuve problemas para hablar en inglés. Me preguntaron quién era, adónde iba, si hablaba ruso, revisaron mi mochila y las fotos de mi cámara y celular, volvieron a chequear el pasaporte y finalmente me dieron una palmada en el hombro, una risa simpática y adiós, hasta luego. Al subir al vehículo todos los pasajeros me miraban como si fuera un ornitorrinco disfrazado.

Al igual que casi cada ciudad del Donbass controlado por el gobierno, Bajmut me recibió fría, nublada, lluviosa y vacía. Muchas veces escuché que desde mediados de 2014 el fin de la toma separatista había hecho regresar a miles de vecinos, pero no los veía por ningún lado. Junto a la terminal de autobuses había un viejo parque de diversiones; un poco más allá, un perro dormitaba a los pies de un obelisco soviético. Otro monumento mostraba a dos soldados y, en su base, algún niño había olvidado un camioncito amarillo de juguete. Como los pedestales vacíos de Lenin, el pequeño vehículo no era más que el recuerdo de una ausencia. Del ya no más.

Severodonetsk era la capital temporal de Lugansk y la primera ciudad que visité en la provincia. Los poco más de 60 kilómetros que la separan de Bajmut fueron tortuosos a bordo de otra horrenda *marshrutka*, atravesando caminos rurales y rutas en pésimo estado. A mi lado viajaba una muchacha con un pequeñísimo gatito gris que daba saltos incómodos cada

vez que el vehículo tropezaba. Hubo varios controles militares en el camino, todos con la misma metodología y la misma estructura: soldados aburridos, siempre fumando, siempre paseándose desde sus oficinas de chapa hacia la ruta, bamboleando sus fusiles, muchos perros que a veces ladraban, carteles que anunciaban la prohibición de sacar fotos. Todos los vehículos debían detenerse, se pedían documentos, hacían preguntas, a veces se revisaban los coches, a veces hacían bajar a todos los pasajeros de los autobuses, a veces sólo a los hombres en edad de servir en el ejército. Siempre hacían bajar al extranjero de pasaporte inverosímil. Miraban con extrañez y sospecha pero casi instantáneamente pasaban a la risa burlona, como si simplemente les resultara hilarante que un turista deambulara tan cerca del frente de batalla así sin más. Algunas veces intentaban un inglés básico; otras, utilizaban algún traductor *online*. Las respuestas nunca parecían interesarles demasiado. Y no faltaba el soldado que tan sólo devolvía el pasaporte y se alejaba al percatarse de la barrera idiomática. Demasiado esfuerzo.

Para entonces ya no me sorprendían ni los controles ni las ciudades sin tránsito y plazas sin gente, ni los pedestales vacíos ni las incontables banderas azules y amarillas. En Severodonetsk vi muchos monumentos fantasma, no sólo a Lenin sino a numerosas figuras soviéticas. Frente a la terminal de autobuses aparecía la de Kliment Voroshílov, uno de los primeros cinco mariscales soviéticos, el rango más alto del Ejército Rojo, y nacido en Bajmut. La estatua había desaparecido pero el nombre en el pedestal permanecía intacto. Exactamente lo contrario había sucedido con el monumento al escritor Maksim Gorki: dejaron el cuerpo, borraron la identidad. En el frente alguien había pintado con aerosol un corazón mitad azul y mitad amarillo. De Mijaíl

Kalinin, primer presidente del Comité Ejecutivo Central Soviético, no quedaba más que un cuadrado de cemento en el suelo de una plazoleta frente a la Universidad Estatal de Lugansk.

Desde la terraza de un edificio abandonado se veían las chimeneas de las decenas de fábricas y empresas químicas que hacían de Severodonetsk la zona más importante de Ucrania para esta industria. En las paredes del edificio, junto a una pintada que se mofaba de Putin y otra que declaraba amor por un tal Sasha, aparecía una esvástica azul y amarilla. Un grafiti más reciente respondía en ruso "ucraniano chupapija". Y un poco más allá, cerca de la Catedral de la Natividad del Cristo Santo, sobre los techos del Instituto Estatal de la Industria del Nitrógeno, se alcanzaba a ver flameando una bandera rojinegra.

Buena parte del tiempo que pasé en la ciudad hubo una intensa tormenta que anegó la mayoría de las calles, por lo que debí tomar caminos alternativos en los que encontré muchos edificios abandonados, muchas ventanas tapiadas. La calle De los Partisanos estaba bloqueada por objetos metálicos y bloques de cemento pintados de rojo y blanco. Un cartel en inglés clamaba STOP y otro, también rojo, avisaba: "Atención. Territorio de instalaciones militares. El paso de vehículos y a pie está restringido". Una garita con barrera impedía el paso de coches y unas paredes metálicas cumplían la misma función sobre las veredas. Parte de la ciudad de Severodonetsk estaba completamente cercada. Una calle como cualquier otra en una ciudad controlada por el gobierno, en donde vivían más de 100 mil civiles, con edificios tan comunes como los miles de edificios cuadrados y grises dispersos por la vieja URSS, con vecinos que iban al mercado, al trabajo, a la iglesia. Y en medio de todo eso, una

calle bloqueada.

Al otro lado del río Donets, a 8 kilómetros de Severodonetsk, se encuentra su hermana melliza: Lysychansk. Nada extraño por aquí: más estatuas de soldados con ramos de flores a sus pies, más calles vacías, más edificios abandonados, más pintadas contestándose unas a otras, un grafiti con el escudo del batallón Azov, algunas casas visiblemente dañadas por enfrentamientos de años recientes y el mismo Lenin ausente. Pero esta vez el bolchevique no había sido ni destruido ni desmantelado, sino que simplemente había sido cubierto por una caja metálica pintada de azul y amarillo. Si no lo veo no existe, si no lo veo nunca lo he visto. Por detrás se levantaba una construcción que simbolizaba decenas de banderas con los colores nacionales. Todo eso se veía nuevo, como si la principal función del Estado ucraniano fuera la reconversión de símbolos y no mucho más, aun por encima de la necesaria reconstrucción tras los enfrentamientos.

Lysychansk fue tomada en mayo de 2014 por la brigada Prizrak ("Fantasma") de la naciente República Popular de Lugansk, y las batallas se sucedieron en la zona hasta julio. El 23 de ese mes las fuerzas ucranianas lograron recuperar el control de la zona y expulsar a las milicias, pero en el proceso sufrieron algunas bajas, entre ellas la del coronel Aleksandr Radievsky, muerto a los 44 años en el puente sobre el Donets. Ahora se levantaba un monumento a su memoria frente al ayuntamiento de Severodonetsk y siempre estaba cubierto de una buena cantidad de flores y banderas azules y amarillas. La Prizrak entonces retrocedió hacia Alchevsk, 70 kilómetros al sur, donde estableció su base.

Algunas semanas más tarde visité Alchevsk casi

exclusivamente para ver el monumento a Alexey Mozgovoy, comandante de la Prizrak muerto en 2015. Un joven soldado, apodado Riga por su ciudad natal, me habló mucho de Mozgovoy y de su muerte mientras deambulábamos por las calles desiertas de un pueblo en el frente; decía que era un buen tipo, que lo habían matado en un atentado, que lo querían mucho en esta zona. Lo nombraba como se nombra a un padre. Esa mañana atravesamos una ruta asfaltada por la que no circulaban vehículos civiles desde hacía años; estábamos en las afueras de Zhalabók y no había más que restos de misiles y agujeros de detonaciones sobre la calzada.

“Es la ruta 66”, me dijo Riga, “va hacia Lysychansk”. Estaba a menos de 40 kilómetros. Las memorias de Radievsky y Mozgovoy, cultivadas y protegidas por los soldados junto a los que luchaban y en los pueblos por los que morían, unidas por una ruta abandonada. Los héroes del adversario a vencer, líderes e inspiración del otro, del asesino, del terrorista, del fascista, del traidor, del invasor, del malvado, del vecino, del de al lado y del de más allá. Del pueblo que ya no corresponde ni identifica. Ya no, ya no más. Dos ejércitos enfrentados, dos monumentos en homenaje a la muerte. En el medio, el frente de batalla. Y un chaleco de Bajmut a modo de *souvenir*, robado de la posición enemiga.

V.

A Román no le interesaba, no le importaba. O sí, pero simplemente estaba cansado de todo esto, de la guerra, de las preguntas, de las fronteras. Esa noche me dijo que lo que más le gustaba de Sloviansk era esta suerte de libertad que le (y nos) permitía ir a comprar cerveza a las 11 de la noche. En su originaria Donetsk ya no era posible. Estaba harto de volver a

su ciudad y tener que responder a los policías de la DNR, harto de que revisaran su celular, harto de que lo acusaran de espía, de nacionalista ucraniano, de fascista, harto de no poder comprar cerveza a la noche. Escribía mucho y le pregunté por qué no pensaba en un libro sobre su propia experiencia con la guerra, cuando debió dejar Donetsk y radicarse en Sloviansk, pero no, simplemente no le interesaba. Por entonces trabajaba en una ONG local y había comprado una cámara; ahora viajaba casi todas las semanas a pueblos en el frente a llevar alimentos y medicinas, y aprovechaba la oportunidad para sacar fotos de las peores caras de la guerra. Pero no era más que un pasatiempo.

Sloviansk es la hermana melliza de Kramatorsk: ciudades cercanas, similares, casi parte de una misma mancha urbana pero no, porque en los 15 kilómetros que las separaban apenas si había campo abierto y algún *terrikon*, esas colinas cónicas de residuos, escoriales o escombreras, que se formaban al excavar una mina y que eran protagonistas constantes en cualquier paisaje del Donbass minero. La temprana y fresca mañana en la que me encontré con el extrovertido Román me saludó afectuosamente y pronto se disculpó por tener que dejarme solo e irse a trabajar. Me aconsejó visitar un lugar en particular: debía tomarme un autobús por cerca de media hora hasta la intersección con la E40, la ruta europea más larga. Hoy el camino se interrumpe algo más de 60 kilómetros al sur de Sloviansk, cerca de Debáltseva, bajo control separatista, y recién reaparece en Rusia.

En el cruce de rutas los camiones avanzaban raudamente, los peatones esquivaban charcos y raíces al costado de la ruta. Había allí una pequeña rotonda, un local de comida rápida, una vía de tren, un pueblito cruzando la barrera. Junto a la

parada de autobús, un letrero de cemento anunciaba el nombre de Sloviansk en ruso, no en ucraniano, aunque estuviera pintado de azul y amarillo. En la base, un escudo ucraniano rojinegro y las frases "GLORIA A UCRANIA, GLORIA A NUESTROS HÉROES" y "¡UCRANIA, POR ENCIMA DE TODO!". Las letras con el nombre de la ciudad estaban decoradas por pequeños orificios de los que emanaba sangre roja. Representaciones artísticas de agujeros de bala, rastros de la guerra expresados en forma tan obvia como eficaz.

Cruzando la ruta se alcanzaban a ver las ruinas fantasmagóricas de lo que parecía haber sido alguna vez una especie de bar, discoteca o algo similar. Todo estaba destruido, apenas si quedaban algunas letras del cartel en el frente. Al lado se levantaba una suerte de lápida cubierta de flores de plástico: algunas rosas, otras amarillas o azules. Un monumento prolijo y nuevo en el que figuraban cinco nombres, cinco militares ucranianos muertos entre abril y junio de 2014, durante las batallas por Sloviansk. Una alfombra de grava conectaba la ruta con esta especie de cenotafio. La construcción apurada de un monumento con fallidas aspiraciones solemnes resultaba en una imagen tan barata como las flores de plástico. Pareciera que en la región hubo tanta urgencia por honrar a los muertos ucranianos de la guerra como por deshonrar a todo lo soviético: se construyó tan rápido como se destruyó.

Algunos cientos de metros más allá aparecía la materialización de la guerra, quizás la imagen más concreta que había visto hasta ese momento de la violencia. El sitio que Román me había aconsejado visitar era el Hospital Psiquiátrico Regional, hoy una mole de cemento caída, una gigantesca ruina cubierta de marcas de balazos, misiles, granadas. La lluvia se colaba por agujeros que parecían pecas

en el rostro de los edificios. Demasiadas marcas en construcciones ruinosas. De las dos plantas originales del laboratorio no quedaban más que las paredes huecas que ya no sostenían ningún techo, y los espacios que debían ocupar puertas y ventanas. Aún quedaban vigas de madera y cientos de ladrillos amontonados sobre un suelo invisible. Había rastros de columnas, los vestigios de alguna puerta interna, bichos, aves, alguna chapa, restos de mampostería y plantas creciendo en medio de todo. El segundo piso había desaparecido por completo. En un edificio cercano y con similares daños sobrevivía un pequeño cartel sobre una entrada lateral que todavía anunciaba: “Tienda”.

Al fondo del camino aparecía el edificio central: cuatro plantas y un sótano. Había allí más de cuatrocientos pacientes cuando comenzó el conflicto y durante semanas permanecieron encerrados, imposibilitados de ser trasladados a otros hospitales. Los enfermos quedaron en medio del fuego cruzado y de la degradación humana que significa dispararles a los más desprotegidos, a los más vulnerables. A mediados de mayo de 2014 un misil se incrustó en el comedor del edificio principal pero no explotó, tan sólo destruyó buena parte de las paredes y el techo. Los médicos atendían a heridos mientras el hospital permanecía sitiado. Veinte días después de los primeros disparos, todos los enfermos fueron evacuados en medio de una constante balacera, mientras que el traslado de equipos y documentación se demoró algo más. Pero la mole de cemento no quedó hueca: los soldados de la DNR tomaron el hospital y lo utilizaron como refugio y base. A partir de entonces el fuego cruzado se intensificó por el uso de artillería.

A más de tres años, los ladrillos grises de este gigante se entremezclaban con las nubes. Las plantas comenzaban a

ganar territorio como alguna vez lo hicieran soldados de ambos bandos. Y el edificio estaba abierto, a disposición de ratas y fotógrafos. Aún se conservaba algo de pintura celeste en paredes que se descascaraban como un reptil cambiando de piel, lenta e impresionantemente. Había flechas rojas que señalaban salidas y algunos letreros más. Quedaban muebles destruidos que no habían sido trasladados ni robados, ropa sucia, utensilios de cocina más o menos sanos, cientos de botones coloridos que pudieron cerrar alguna camisa desperdigados por el suelo, radiografías de tórax o piernas de quién sabe qué pacientes, cadáveres de camas o alguna camilla oxidada donde sólo descansaban vidrios rotos y polvo, techos oscurecidos por el humo, inodoros partidos y decenas de zapatos huecos, como en el campo de Auschwitz. La luz entraba por los enormes agujeros que habían dejado los misiles y casi parecía perdurar el sonido apabullante que hacen montones de ladrillos al desmembrarse y caer pesadamente muchos metros más abajo. Todo el hospital olía a podredumbre y a humedad, a gastado o a viejo. El intenso olor de algo putrefacto: el olor de la guerra.

En el último piso del segundo edificio, algo más pequeño que el primero y con tres plantas en lugar de cuatro, el techo vulnerado bloqueaba el camino y el pasillo se convertía en una virtual terraza con vistas de lujo a la región del Donbass, a su gente y a su historia. Un campo verde donde se veían colinas, árboles oscuros, cabras, minas. Ocultos, la tierra negra del humo y del carbón, los picos, el hierro. Un área tan extensa e interminable como la guerra por él.

En la plaza central de Sloviansk ya no había soldados con la cara cubierta, atrincherados en algún edificio administrativo o militar. Las fuentes salpicaban, los niños jugaban. Sobre la

entrada principal de la municipalidad un cartel con letras en amarillo y azul decía: "¡Sloviansk te saluda!". La ciudad ya no estaba rota pero tampoco había sido completamente reparada. Al fin y al cabo, la guerra continuaba a un puñado de kilómetros de distancia. Y nadie se olvidaba de los seiscientos muertos que dejaron meses de enfrentamientos. Muchos de esos cuerpos quedaron en la calle, tirados como basura que se pudre al sol del verano.

En el parque Shovkovychny, el más importante de la ciudad, una nueva construcción pequeña y en forma de lápida anunciaba: "En memoria de los habitantes pacíficos de las ciudades de Sloviansk, Nikolaevka y la municipalidad de Sloviansk que murieron durante el período de hostilidades de abril a julio de 2014". Allí no aparecían acusaciones ni odio, ni "terroristas" ni "fascistas". Sólo el dolor por las víctimas civiles, los vecinos de la zona, más allá de banderas y discursos.

VI.

Cada persona con la que me crucé en Mariupol me decía exactamente lo mismo: "No te metas al mar". Y sin embargo ahí estaban nadando unos cuantos ucranianos, al sol aún fuerte de principios de septiembre. El mar de Azov, que conecta con el mar Negro a través del estrecho de Kerch en Crimea, es uno de los rincones más contaminados de Europa. Los niveles de amonio, nitrito, hierro y derivados del petróleo son realmente muy altos. Pero el aire olía a puerto, no a químicos, había árboles, el cielo no era amarillo ni fosforescente, las gaviotas no tenían ocho ojos. En la arena y con la vista clavada en ese mar sucio al que le tenía un poco de asco aun antes de conocerlo, recordé que a apenas 20

kilómetros de allí dos ejércitos se disparaban a diario.

Si no hubiera guerra, el viaje desde Sloviansk, casi en el extremo boreal de la provincia de Donetsk, hasta Mariupol, en su límite sur, habría llevado unas tres horas. Pero con guerra no había autopista y se debían esquivar las zonas bajo control de la DNR, desviarse a través de caminos rurales y olvidadas rutas en pésimo estado. Las eternas diez horas que le tomaron a la pequeña y oxidada *marshrutka* alcanzar su destino fueron poco menos que una tortura. El viejo vehículo temblaba constantemente, se sacudía, todos se apretujaban y la cantidad de controles militares resultaba exasperante. En uno de ellos, una pequeña jauría de perros le ladró salvajemente a un niño que bajó del vehículo con su madre y se acercó a un árbol a hacer pis.

Llegamos a Mariupol por la tarde; al fin bajé de la *marshrutka* y tan sólo quería estirar extremidades, despegarme del tablón de madera que hacía de asiento y fumar. Prendí un cigarrillo en el playón exterior de la terminal de autobuses y, mientras husmeaba en un mapa virtual cómo llegar a la plaza céntrica, aparecieron dos soldados. Como si nueve controles no hubieran sido suficientes, ahora había un décimo. Preguntas que no pude responder, pasaporte extraño y gestos de "síganos".

Un soldado delante de mí, otro por detrás apurando el paso. Me condujeron a través del edificio de la terminal hasta una oficina sin ventanas donde me sentaron frente a ellos y procedieron a hacer preguntas en ruso mientras chequeaban mi pasaporte una y otra vez. Pidieron mi teléfono: querían ver fotos y contactos. Preguntaron si tenía números rusos, a dónde me dirigía, qué hacía allí. No parecían creer nada de lo que les decía, en inglés y con traductor en línea

intermediando; dudaban, husmeaban, preguntaban, escribían. Entonces, tal vez ya aburridos o cansados del lento proceso de preguntas y respuestas con traductor, me cortaron en seco. Creí que iban a acusarme de terrorista, de espía, de infiltrado, de colaborador, de mentiroso. En lugar de eso dispararon una frase simple pronunciada como si fuera la peor incriminación: “No se puede fumar en la terminal”.

Debí haberles devuelto una mirada de incredulidad absoluta porque su reacción fue redoblar la apuesta y advertirme que tendría que pagar una multa y presentarme en una corte por haber cometido un crimen grave. Los soldados parecían encantados con su nuevo divertimento, se reían de mis gestos y de mis extensas justificaciones en un idioma que claramente no entendían. Este proceso de idas y vueltas duró cerca de una hora, hasta que finalmente me dejaron ir después de repetir muchas advertencias.

Si algo me llevé de las decenas de controles militares, en ese y otros recorridos, y del extraño interrogatorio en aquella pequeña oficina sin ventanas fue la certeza de que en Donbass imperaba una mezcla de improvisación, paranoia e ignorancia. Los soldados no tenían ni idea de qué hacer con un extranjero que apenas si hablaba su idioma, no tenían pruebas para perseguirlo pero tenían demasiadas sospechas para dejarlo ir. Entonces hacían lo que fuera que se les ocurriera en el momento: trataban de asustarlo, se mofaban un poco, se divertían algunos minutos y “adiós, te estamos vigilando”. Les di la mano y me alejé camino a la plaza central donde, claro, encontré a muchos vecinos fumando.

VII.

Quizás Mariupol me resultó una ciudad tan fascinante y

encantadora porque era el primer lugar del Donbass donde veía vida. Había mucha gente en las calles, bares abiertos, movimiento, actividad, música, eventos, como si todos sus habitantes se hubieran complotado para tomarse revancha de los meses de enfrentamientos a comienzos de la guerra y de las últimas décadas de estancamiento económico. Por aquellos días de septiembre se llevaba a cabo el festival musical Chervona Ruta, así que todas las noches había conciertos al aire libre en el corazón de la ciudad, frente al teatro y en medio de la temporalmente cortada Avenida de la Paz, ex Lenin. Pero la guerra seguía allí, inocultable pese a la música y los bailes. La céntrica Plaza del Teatro, con su enorme fuente de luces y aguas danzantes y sus palomas merodeando, parecía por momentos un regimiento militar con algunos civiles invitados. A toda hora deambulaban decenas de soldados armados por la zona central de la ciudad, como para que nadie olvidara que eran menos de 20 kilómetros los que separaban a esta fiesta del frente de batalla.

El festival terminó con la celebración del Día de la Ciudad, cuando se conmemoraba el aniversario de la liberación de Mariupol tras la invasión nazi, que se extendió desde 1941 a 1943. Por la Avenida de la Paz avanzaban decenas de autos tocando bocina y enarbolando banderas azules y amarillas al grito de “¡Gloria a Ucrania!”, como si se tratara de un nuevo día de la independencia tan parecido al que me había tocado vivir en Kiev algunas semanas antes. Una pancarta en el escenario principal anunciaba que “Mariupol es Ucrania”. No era la primera vez que veía esas palabras, una curiosa reafirmación de soberanía que sólo cobraba sentido considerando la escasa distancia geográfica con las repúblicas separatistas del Donbass y la escasa distancia temporal con

los enfrentamientos a orillas del Mar de Azov. La fachada del ayuntamiento, incendiado en mayo de 2014, estaba cubierta por un inmenso *banner* con los colores nacionales que anunciaba en ruso, ucraniano, griego e inglés que “Mariupol es Ucrania”. Probablemente las consignas soberanas fueran más baratas que reparar el edificio. Aun así, Mariupol fue de las ciudades que más sufrió la guerra, quizás por su ubicación estratégica junto al mar, su enorme puerto y su importante población.

El alcalde Boichenko se presentó en el escenario frente al teatro y dijo que quería devolverle al pueblo el ánimo festivo que siempre había imperado en la zona, devolver los aires de paz. “Mariupol se ha dado a conocer en toda Ucrania como una ciudad pacífica, creativa, interesante y elegante”, dijo. Y antes de recibir muchos aplausos, cerró diciendo que Mariupol se convertiría en la carta de presentación del Donbass ucraniano restaurado. Ciertamente se trataba de poco más que un vacío discurso político, retórica sencilla para un público masivo, pero el alcalde también dejaba claro que pretendía hacer de la ciudad un símbolo del final de la guerra y la resurrección.

Mientras me alejaba, pasé junto a bares y restaurantes animados, vivos, siempre llenos de luces y gente joven. Pensé entonces en cuán irrisorio era el saberse a pasos del frente de batalla, con el sonido de los disparos lejanos y, aun así, continuar, bañarse en el mar, ir a tomar café, charlar, caminar o iniciar proyectos, abrir negocios, apostar a algo nuevo como si la inacabable guerra fuera una excusa para recomenzar. O tal vez fuera al revés y todos los cambios tan sólo significaran una forma de abstraerse y olvidarse del miedo, del agobio o del hartazgo.

Cerca de la costa había una empinada ladera que separaba el mar de la ciudad, por lo que muchos edificios se habían construido en estos barrancos para aprovechar las vistas, entre ellos un enorme prisma rectangular blanco, alto, con decenas de balcones y coronado por un símbolo metálico que incluía una rueda de engranaje y manos trabajadoras. Un resabio del inconfundiblemente pesado estilo soviético que algunas ciudades más modernas habían comenzado a olvidar. A la distancia, me resultó fascinante y me propuse encontrar la forma de alcanzarlo.

Recorrí un precario barrio de casas bajas y pequeñas cercadas por caminos enmarañados que se retorcían colina arriba y abajo. Una callejuela hacia un lado, un poco a la izquierda, una escalinata, un arroyo sucio, perros que dormitaban, una avenida y finalmente subir, subir, subir, subir. La monolítica y misteriosa construcción estaba frente a mí.

Pronto noté que el edificio debía estar abandonado, o quizás simplemente le faltara mantenimiento, algo de pintura, reparaciones varias. Pero lo que más faltaba era gente. ¿Dónde estaban todos? Parecía un hotel o algo similar, con una hermosa vista al Mar de Azov ladera abajo, con jardines amplios y una terraza semicubierta cuyos techos de material se alcanzaban a ver desde donde me encontraba. Levanté la cámara y tomé dos fotos: una al frente cuadrado y blanco; otra, desde exactamente el mismo punto, a los símbolos y carteles de la parte superior. Luego bajé la cámara y entonces sí noté las banderas, algunas rojinegras, otras nacionales, una roja con el escudo de la Infantería Naval ucraniana y muchas, muchísimas pequeñas antenas de comunicación. Desde el anteúltimo piso, me observaba un hombre uniformado que

parecía estar hablando por teléfono.

Apunté la mirada en cualquier otra dirección y me encaminé con paso apresurado en dirección al mar, como si hubiera estado allí de paseo, buscando nada más que el suave viento de la colina. A los pocos segundos aparecieron tres o cuatro hombres que me siguieron brevemente y sin mayor apuro hasta perder el interés tras algunos pasos. Esos fugaces instantes de incertidumbre y sorpresa me hicieron saber que nada debía darse por descontado en el Donbass: no todo lo que parecía pacífico, tranquilo, silencioso o vacío realmente lo estaba y cualquier edificio podía ser una base.

Los calurosos días de septiembre en los que me limité a pasear y contactar gente estaban llegando a su fin. Ya contaba con los permisos necesarios cuando decidí por fin cruzar la frontera hacia un territorio en guerra y disputa, en manos de lo que Ucrania denominaba “terroristas”. Me contacté con un chofer que llevaba pasajeros informalmente a Donetsk, en menos tiempo y por un precio menor que cualquier autobús. El calor era espantoso cuando me encaminé a la estación de tren donde me encontré con este hombre, que hablaba únicamente ruso, y con dos acompañantes más. Ahora sí era hora de conocer a esa gente que supuestamente podría secuestrarme. Era hora de cambiar de bando.

VIII.

Realmente no sabía entonces para qué quería ir a Donetsk. Tal vez era curiosidad, ansias de aprendizaje o aventuras. Quizás se trataba de engrosar mi CV sumando la experiencia de visitar territorio en guerra, o incluso tan sólo tener una buena historia para contar alguna noche con cervezas de por

medio. No lo sabía. Simplemente me fascinaba la idea de hacer algo distinto y de aprender sobre lo que tan pocos hablaban. Había seguido lo que pasaba en Maidán, especialmente tras la anexión de Crimea, había intentado comprender los primeros avances de la guerra. ¿Y después qué? El tema había desaparecido y el hambre de violencia mediática de las audiencias globales ya había sido más que saciada por la inacabable guerra en Siria, los atentados de Boko Haram en Nigeria y Camerún y el ascenso y caída de ISIS. El Donbass quedaba fuera de agenda. Ni siquiera los asesinatos de los populares líderes rebeldes Zajárchenko, Motorola y Guivi tuvieron mayor repercusión en la prensa internacional. La guerra había quedado estancada. Sin grandes avances, retrocesos, cambios ni noticias desde los Acuerdos de Minsk I y II (septiembre de 2014 y febrero de 2015), no parecía haber historias que contar. Tal vez buscaba contar esas historias.

Cuando me presenté por *email* ante el Ministerio de Información de la DNR para obtener acreditación de prensa, dije que mi objetivo era mostrar algo de la vida cotidiana en Donetsk más allá de la guerra, cómo se vivía en una república sin reconocimiento en el marco de un conflicto estancado. Quería hablar de deporte, de cultura, de actividades sociales, de transporte, ver si la ciudad se estaba levantando o si no era más que escombros de los últimos ataques unos dos años antes. Más allá de la pintoresca curiosidad de la vida rutinaria de la DNR, la posibilidad de ir al frente y ver la guerra me daba demasiado miedo. No contaba con la preparación para hacerlo, tampoco con los contactos. Y aun así, pese a mis propios pronósticos y mi decisión inicial, sucedió.

La suerte jugó a mi favor porque en el coche que me llevó

hasta la frontera viajaba un periodista llamado Mijaíl. Hablaba perfectamente inglés y me ayudó a lidiar con todas las dificultades que implicaba ingresar al territorio separatista. Fue mi primer contacto personal con Donetsk. Me contó que en la ciudad las cosas estaban bastante tranquilas, que desde 2015 no había ataques en el centro, que ningún sitio de internet estaba bloqueado, que el toque de queda comenzaba a las 23 y que algunos clubes nocturnos cerraban sus puertas a esa hora, pero permitían que la fiesta continuara siempre y cuando no entrara ni saliera nadie hasta las 5. Me resultó una forma encantadora de saltear las normas sin romperlas.

En la frontera nos despedimos del chofer: debíamos cruzar a pie y luego encontrarnos con un segundo transporte al otro lado. Ya en las oficinas rusas algunos policías me hicieron salir de la fila y solicitaron amablemente que los siguiera hacia un pequeño cuarto. Mijaíl y su amigo me acompañaron y ayudaron en la traducción. Los uniformados querían saber quién era, qué hacía, qué buscaba, a dónde iría, dónde me hospedaría, por cuánto tiempo pretendía quedarme. Nada extraño. Revisaron mi mochila y luego, tal vez cansados de la intermediación de Mijaíl, le hicieron algunas preguntas a él. Fue un proceso breve y sorprendentemente informal, después me dejaron pasar sin sellar la salida en mi pasaporte.

La entrada a la DNR no fue mucho más compleja. Esperé algunos minutos en una fila bajo el sol rabioso y frente a una suerte de cabina de peaje. Deambulaban muchos soldados, casi todos ellos mayores de 50 años, todos con identificación de la DNR. El techo de este peaje estaba pintado con los colores azul, rojo y negro de la bandera separatista, símbolos respectivamente del agua del Mar de Azov, de la sangre derramada durante la guerra por la independencia y del

carbón que alimentaba al Donbass. Tuve la sensación de que todo esto se trataba de un gran chiste, que nadie podría tomárselo en serio. Incluso me causó un poco de gracia que tantos adultos estuvieran disfrazados con los símbolos de un país inexistente. La pregunta que nunca pude resolver es: ¿por qué inexistente? Tal vez simplemente fuera una cuestión de costumbre lo que diferencia a un estandarte de cualquier país reconocido del de uno no reconocido. Poco más que una convención, algo incuestionable que nos hace normalizar ciertos símbolos patrióticos y no otros.

Cuando me tocó el turno de presentar mi pasaporte argentino en la ventanilla, la cara del policía vagaba entre la curiosidad, la sospecha, la incertidumbre y la risa inocultable. Me hizo señas para que me acercara a una oficina. Esta vez el proceso fue mucho más sencillo: una mujer sonrió ampliamente, hizo algunas llamadas, me solicitó completar un formulario de migraciones en un proceso claramente excepcional, selló con el escudo de la DNR sólo en el formulario, no en el pasaporte, y "Bienvenido" en ruso. Listo. La primera foto que tomé al otro lado de la frontera fue de un letrero que anunciaba en ruso, ucraniano e inglés: "República Popular de Donetsk". Junto a éste, entre una buena cantidad de coches estacionados, algunos hombres desatornillaban patentes ucranianas para colocar patentes de la DNR o viceversa.

Me senté en el asiento delantero del segundo vehículo y comencé a vislumbrar las curiosidades del paisaje. En cada pueblo flameaba la bandera separatista, los letreros que anunciaban los nombres de localidades llevaban los nuevos colores nacionales, había fotos de soldados en cada calle. Pensé entonces en lo que me habían dicho en Kiev: aquí podrían secuestrarme y la embajada argentina no podría

brindar ningún tipo de asistencia. En ese momento, mientras atravesaba los primeros kilómetros de las rutas separatistas, tenía tanta preocupación como ansiedad.

El coche me dejó en la parte posterior de la vieja sede del gobierno provincial, actual sede del poder político separatista. Una enorme mole cuadrada y soviética de más de 120 metros de largo, doce plantas, decenas de ventanas oscuras y muchos, muchísimos aires acondicionados. Di la vuelta al edificio notando demasiados carteles con prohibiciones varias y una sorprendente cantidad de alambre de púa. En el frente, flameaba una bandera grande de la DNR. Al policía que revisó mi pasaporte en la entrada no pareció importarle demasiado a dónde iba, mucho menos a los que pasaron mi mochila por un escáner. Los pasillos estaban cubiertos de fotos de soldados muertos.

En la oficina de prensa del séptimo piso me recibió una joven notablemente amable. Dijo estar esperándome: había recibido la información desde la frontera. Hablaba perfectamente inglés y no paraba de sonreír. ¿Esta muchacha era terrorista? Me otorgaron una acreditación civil, no válida para zonas militares, por un plazo máximo de diez días, que podría revalidarse hasta por un mes sin dificultades y siempre y cuando no violara ninguna normativa. A la salida aproveché para mirar a través de un gran ventanal el atardecer de la urbe. Más allá de los límites de la ciudad había *terrikon*[2] y chimeneas como las que había visto en el Donbass ucraniano. Conté tan sólo siete personas en la amplia plaza seca a los pies del edificio. Eran cerca de las cinco de la tarde, debía haber gente en las calles volviendo a casa del trabajo, pero no. Las calles estaban vacías. Ésa fue mi primera impresión de la ciudad: no había movimiento. Todo estaba demasiado tranquilo. Vacío. Desde el inicio de la guerra Donetsk había

perdido más del 30 por ciento de su población.

Debía esperar unas horas antes de encontrarme con Oleg, quien me alojaría, así que aproveché para caminar y explorar un poco. Mi primer punto fue el único lugar que conocía de Donetsk, al menos por televisión: el estadio Donbass Arena. Se veía algo olvidado, no más que eso. Solía ser el segundo mayor estadio de Ucrania, pero ahora no cumplía ninguna función, no había partidos ni conciertos. El Shajtar, el equipo local, se exilió primero en Lviv y luego en Járkiv, bien lejos de todo conflicto.

Junto al estadio se levantaba un edificio pequeño y cuadrado, con una amplia plaza seca que me resultó encantadora. Estaba completamente abandonado, con las ventanas tapiadas y una tela cubriendo buena parte del frente. Crucé la avenida para tomarle una foto y entonces, a apenas una hora de haber llegado a Donetsk, sucedió lo inevitable. En la vereda de enfrente varios soldados con fusiles Kalashnikov se bajaron de una camioneta y me rodearon. Mostré mi pasaporte y acreditación, revisaron presurosos mi mochila y me dieron la orden fuerte y clara de "go, go". Tan rápidamente como habían bajado del vehículo, volvieron a subir y avanzaron por una callejuela entre dos edificios que ni siquiera había visto. A los pocos días aprendí que allí había una base.

Caminé casi siete kilómetros a lo largo de la Avenida de Artyom, pasando por varios grandes hoteles abandonados y el Estadio Olímpico con su monumento al garrochista Serguéi Bubka. Decenas, si no cientos, de letreros con frases nacionalistas, imágenes de los nuevos héroes nacionales, entre ellos Arsen Pavlov "Motorola" y Mijaíl Tolstij "Guivi", dos comandantes separatistas sumamente populares y asesinados en atentados: el primero, una bomba en el

ascensor de su edificio en 2016; el segundo, en 2017, tal vez por un disparo con lanzamisiles a su oficina desde una distancia de aproximadamente 600 metros, o quizás un aparato explosivo dentro de la misma oficina. Nunca se supo. En medio de todo esto, hoces, martillos y el rostro del presidente Aleksandr Zajárchenko en cada esquina. No tardé en darme cuenta de que Donetsk vivía en un estado de propaganda permanente.

Ya era de noche cuando encontré a Oleg, que hablaba un limitado inglés y no paraba de fumar. Me contó que la ciudad había quedado casi vacía entre 2014 y 2015, pero que mucha gente había empezado a volver y muchos negocios, a reactivarse; que ya no tenían miedo de los bombardeos, que aun así mantenían la cinta adhesiva pegada a las ventanas para evitar que las vibraciones de las explosiones distantes hicieran estallar los vidrios. La guerra y la DNR le parecían ridículas, estaba convencido de que esta situación terminaría en el mismo limbo irresoluble que el conflicto en Abjasia, región internacionalmente reconocida como parte de Georgia, pero autoproclamada independiente en 1992.

"¿Escuchás?", me preguntó. Por más tiempo del que me gustaría admitir pensé que se trataba de fuegos artificiales y hasta me pregunté en silencio qué estarían festejando. La estación de trenes, junto al departamento de Oleg, estaba a algo más de 2 kilómetros del extinto aeropuerto: uno de los puntos de conflicto más próximos al centro de Donetsk. Cada cinco o seis minutos se escuchaban las explosiones, algunas más cercanas, otras más distantes. A veces con mayor frecuencia, como si fueran el corazón latiendo de una guerra que se negaba a morir. Para el local los ruidos no eran algo relevante sino casi un divertimento, una curiosidad con la que entretener e impresionar al extranjero. Al principio él sí tenía

miedo, cuando la guerra parecía llevarse consigo a Donetsk. Pero entonces pasaron los meses y los bombardeos dejaron de alcanzar el centro de la ciudad, los enfrentamientos se minimizaron, la guerra se estancó. “A veces disparan pero no para derrotar al otro sino porque los días en que hay disparos se cobra más”, dijo Oleg. “Los soldados se conocen muy bien, entonces arreglan cuándo van a dispararse y listo.”

Por la mañana Oleg me acompañó al centro, pero antes pasamos por un supermercado abandonado, cerrado y con visibles cicatrices de enfrentamientos en su cara oriental, en las veredas, vidrios y muros. El pasto había crecido mucho, pero en la entrada principal aún se veían anuncios de ofertas y horarios. “¿Ves? Dispararon en este sector, pero la primera línea está hacia allá”, Oleg señaló hacia la parte posterior del edificio. “No tiene sentido, es imposible. ¿Sabés qué significa? Que los soldados disparan a los edificios de su propio lado. Así pueden hacer propaganda contra Ucrania y justificar contraataques.” Pensé entonces que era más lógico suponer que los daños en la cara oriental del edificio se debieran a esquirlas dispersadas tras algún impacto. Incluso podía tratarse de las secuelas de un ataque con bombas de racimo. Está comprobado que Ucrania utilizó este armamento en Donetsk al menos hasta octubre de 2014, y en la región del Donbass al menos hasta febrero de 2015. Pensé en otras alternativas más allá de las ideas de Oleg. Pero no dije nada.

El trolebús número 2 nos llevó al centro siguiendo la Avenida de Artyom. En plaza Lenin, saqué del bolsillo un viejo celular rojo que había comprado hacía varios años de segunda mano en Riga y que aún conservaba fotos y contactos en ruso de su dueño anterior. Instalé una tarjeta sim y comencé a hacer llamados. Ahora sí era hora de trabajar.

IX.

Janus Putkonen. El apellido seguramente era finlandés y yo recordaba un puñado de palabras en ese extraño idioma nórdico que me negué rotundamente a aprender cuando estudié en Laponia; ahora, por primera vez, podrían servirme. Llamé. “¿Janus?”; alguien del otro lado contestó con un seco “da”. “Hyvää päivää, mitä kuuluu?”, lo saludé y le pregunté qué tal, esperando caerle simpático. Y efectivamente funcionó. Mucho tiempo después, el vasco Jon me dijo que había sido una buena idea hablarle en finés a Putkonen, que le había causado gracia.

Hacía algunas semanas me había topado con el sitio en internet de DONi News, la agencia de noticias oficial de la DNR. Me pareció particularmente interesante que ofreciera información en muchos idiomas, incluyendo castellano y, claro, finés. Decidí enviar un correo para explicar mi intención de hablar de deporte, de cultura, de actividades sociales, de transporte y del día a día en la DNR, y solicitar una reunión. Putkonen respondió casi enseguida: se presentó como director y editor en jefe de DONi. Pese a la simpatía que le había causado mi saludo, dijo que estaba muy ocupado y se limitó a facilitarme un contacto vía mensaje de texto, un número de teléfono de alguien que hablaba castellano y que podría ayudarme. No me dijo su nombre.

Llamé a ese contacto. La misteriosa voz masculina al otro lado de la línea sonaba apresurada, en un cerradísimo acento español que me costó mucho esfuerzo entender. Acordamos encontrarnos a la noche siguiente y, antes de colgar, me pidió que volviera a llamarlo en algún momento para recordarle la cita.

Estaba llamando a la universidad cuando tres soldados se me acercaron a paso rápido y firme. Uno de ellos puso cara de malo e hizo algunas preguntas en ruso que no supe responder, me limité a mostrar mi pasaporte y acreditación, que llevaba siempre en el bolsillo, y el efecto fue más que curioso: el joven soldado con cara de malo, con ambas manos sobre un oscuro fusil y bandera separatista en el uniforme, cambió instantáneamente; como si hubiera ocurrido un pequeño terremoto en su interior, la sospecha dio lugar a una curiosidad sumamente infantil. Dejó de lado su fusil y se sentó junto a mí en un banco a ver fotos de mi celular. Me pidió ver imágenes de Argentina, así que le mostré las últimas que me habían enviado amigos y familiares: un asado, un grupo de personas comiendo pizza, un tren subterráneo detenido por problemas técnicos y otras imágenes igualmente irrelevantes para un soldado en época de guerra. Pero el joven parecía fascinado. Se quedó sentado a mi lado en un banco de plaza al menos quince minutos, hasta que finalmente me dio la mano y se alejó con sus compañeros.

Aproveché el puñado de horas libres para explorar el centro de la ciudad, bonito, prolijo, impresionantemente limpio. No se veía ni un papel en el piso. Claro que el día anterior había comprobado que no hacía falta alejarse demasiado para ver que no toda la ciudad era así. Pero el centro sí. En la plaza Lenin me topé con un letrero en ruso que decía “yo amo a la DNR”, con un corazón rojo entre *yo* y *DNR*. Un poco más allá, otro decía simplemente “Rusia”, acompañado de un nuevo corazón. Las imágenes de soldados heroicos se repetían, a veces eran hombres famosos recientemente muertos en combate, pero no faltaban las figuras inventadas, una suerte de paradigma de soldado separatista ideal: un hombre fuerte, decidido, sonriente, que miraba hacia el cielo como quien

mira esperanzado un porvenir venturoso.

Pasado el mediodía me dirigí hacia una de las sedes de la Universidad Técnica Nacional de Donetsk (DonNTU), donde me encontré con Serguéi Dzhura, director de la Oficina Internacional de la universidad. Tenía 53 años y un bigote canoso, los ojos pequeños y camisa de manga corta. Su sonrisa era tan pequeña como sus ojos, algo tímida o avergonzada. Su historia con la universidad no era muy distinta a la de tantos otros docentes de muchas instituciones educativas en Donbass: en septiembre de 2014 un grupo de hombres armados tomó la sede de la Universidad Nacional de Donetsk, un mes más tarde el gobierno ucraniano ordenó al personal abandonar los edificios, dejar la DNR y mudar las instituciones a ciudades controladas por Kiev. Esto significaba dejar a zonas civiles sin escuelas, sin universidades, sin guarderías. Muchos, como Dzhura, se negaron a marcharse y permanecieron en sus puestos, aun después de que el Estado dejara de enviar fondos. El gobierno ucraniano interpretó esto como una muestra de apoyo al separatismo y acusó a decenas de profesores de ser terroristas. A comienzos de la guerra se mudaron dieciséis universidades y diez institutos de educación superior, y con ellos, cerca de 40 mil estudiantes y más de 3 mil profesores. Sin embargo, al mismo tiempo las universidades siguieron funcionando y ofreciendo clases en sus sedes originales de Donetsk, bajo la órbita de la DNR y sin reconocimiento del Estado ucraniano. Claro que la informalidad y el conflicto significaron una importante merma en la cantidad de estudiantes, de al menos la mitad. DonNTU, la importante universidad en la que alguna vez estudiaron el líder soviético Nikita Jrúshchov y el ex presidente ucraniano Yanukovich, pasó de contar con

alrededor de 25 mil estudiantes a cerca de 7 mil.

Algunas semanas más tarde conocí a Tatiana Arjipova, directora de la escuela 28. Me dijo que “los niños entienden qué está pasando. Aquí sólo queremos paz. Pero vinieron algunos fascistas, destruyeron nuestras vidas y ahora dicen que somos terroristas por vivir aquí, por cuidar de los niños. Yo no parezco terrorista, ¿no?”, preguntó antes de lanzar una fuerte carcajada. “Nosotros nos reímos de eso. Somos gente normal. Chicos, maestros, nada más. Es increíble que Kiev nos quiera dañar si no hacemos daño a nadie.”

Dzhura abrió una puerta que conectaba con otra oficina, mucho más amplia y luminosa, y rápidamente se acercó a saludarme, en un castellano marcado por el suave acento colombiano, Angélica. Tenía poco más de 30 años y una sonrisa enorme que no paraba de exhibir con orgullo; me saludó con una informalidad a la que los rusos no están acostumbrados. Dzhura sonrió conforme y se recluyó en su oficina.

Le pregunté a Angélica cómo era vivir en la DNR siendo extranjera, pero me interrumpió para aclarar: “Yo no soy extranjera. Soy rusa”. No sólo su acento y su forma de hablar o sus gestos, todo en ella gritaba “Colombia”. Pero efectivamente había nacido cerca de Donetsk, hija de madre rusa y padre colombiano. Opinaba que la DNR ahora ofrecía estabilidad, que se podía vivir tranquilamente porque los bombardeos ya no llegaban al centro de la ciudad. Decía que las pensiones eran bajas pero sin dudas mejor que nada y que, pese a todo, “estamos mejor que si siguiésemos siendo parte de Ucrania”.

X.

Elena tenía 30 años, era alta, rubia, formal y prolija. Casi un estereotipo de rusa. Pero no, era ucraniana, aunque hablara ruso. Fue la primera persona con la que me topé en Donetsk que me mostró un claro e inocultable disgusto con la situación. También fue la primera que me pidió no publicar su nombre real.

Nos encontramos en plaza Lenin y nos encaminamos a un café en parte construido en un muelle sobre el río Kalmius. "Yo soy ucraniana y amo a mi país. Odio todo esto", dijo más de una vez. Le molestaba la propaganda constante en contra de Ucrania y a favor de un país "inexistente", el arreglar el centro de Donetsk rápidamente para que nadie recordara que había una guerra y la reiteración incesante de que Ucrania no era más que nazismo. Pero, por encima de todo eso, le molestaba que su país hiciera lo mismo: "Para Ucrania, en el este somos todos terroristas. Lo dicen todo el día en televisión. Que en Donetsk somos separatistas, terroristas, criminales, que odiamos a todos los ucranianos. Lo único que logran es separar familias, enemistarnos. No entienden que acá somos prisioneros, que vivimos en un estado de paranoia y control permanentes. Los ancianos son los que más apoyan este régimen y es justamente porque lo asocian con la Unión Soviética, con sus símbolos de heroísmo y enemigos nazis. Pero pienso en los chicos en las escuelas y me aterroriza lo que puedan estar diciéndoles".

Le remarqué las diferencias culturales y políticas entre el oriente y el occidente y cómo había sido una de las causas de la guerra. Respondió que sí, que esas diferencias existían pero que nunca habían sido un problema. Recordó la Eurocopa de 2012, que Ucrania coorganizó junto a Polonia. Entonces el Donbass Arena de Donetsk albergó cinco partidos, incluyendo dos de la selección local. "Éramos 50 mil personas cantando

todas juntas el himno, con la bandera y alentando a nuestro equipo. No fue hace tanto, ¿y ahora todos odian a Ucrania? No tiene sentido. Hoy todo eso parece muy lejano y yo no puedo cantar mi propio himno.”

Dijo que muchos vivían hoy del contrabando y pensé que el estar en un territorio cercado, donde los salarios promedio rondaban los 50 euros mensuales, tal vez llevara a eso. O a sumarse al ejército. En Donetsk había servicios extraordinariamente baratos, como el transporte, pero los productos de primera necesidad eran caros y los impuestos aún más, considerando los salarios.

Elena vivía en Yasinovataya, a 20 kilómetros de Donetsk y frente a Avdievka, en manos ucranianas. Es decir, Elena vivía en un frente. “Tenemos un sótano donde nos refugiamos cuando hay ataques. El año pasado bajábamos todos los días, pero ahora todo está más tranquilo. Sigue siendo un frente de batalla aunque el gobierno se esfuerce en hacerla parecer una ciudad normal. Durante el día es bastante tranquila, pero no a la noche. Sólo disparan de noche porque hay menos control de la OSCE.”

Le pregunté por qué no se iba, por qué prefería quedarse en una ciudad controlada por un gobierno al que detestaba. Era joven, tenía formación académica: todo a favor para irse. “Intenté irme pero no es fácil. Viajé a Lviv y me comuniqué con el gobierno para informar mi situación. Supuse que el Estado ucraniano nos ayudaría al menos temporalmente. Pero no. Sólo me ofrecieron 800 grivnas. Le pedí a mi país que me ayudara y mi país me dejó de lado”. Los 26 euros que le ofrecía el gobierno eran apenas una limosna. “Y acá puedo ayudar a mis padres. Pero ellos dicen que es estúpido quedarme.”

Elena no podía ser la única ucraniana que se sintiera

atrapada en la DNR. Con la guerra estancada tras los dos Acuerdos de Minsk, lo que se consiguió fue la estabilización y la normalización de lo que debería estar lejos de ser normal. Había pocos disparos ahora, pero no se vislumbraba un final. Por eso muchos vecinos habían regresado a sus casas tras intentar, como Elena, mudarse al occidente ucraniano.

Quizás ése fuera el mayor problema de esta guerra: que no había suficientes muertos como para aparecer cada día en el noticiero de la noche ni suficiente paz como para vivir una vida estable. Donetsk era una ciudad bonita, con cafés modernos y vecinos paseando y plazas y árboles. Ésa no era la imagen más popular de las guerras. ¿Dónde estaba el terror o las balas o la destrucción o la muerte? No en el centro de la ciudad. Incluso tampoco en las afueras. Pero eso no significaba que la vida fuera sencilla.

Algunas semanas después Markov, comandante de la brigada Prizrak, me dijo que parecía que Kiev estaba haciendo todo lo posible para soltar estos territorios, como si no quisiera que fueran parte de Ucrania ni sus habitantes, ucranianos. “Es extraño, pero es así. Primero prohibieron el uso de grivnas, entonces la gente empezó a usar rublos rusos, luego hubo problemas con las comunicaciones y los gobiernos locales crearon sus propias compañías de telecomunicación y sus propias redes, más tarde dificultaron obtener cualquier tipo de documentación y las repúblicas empezaron a hacer sus propios documentos. Esta separación no fue una idea local, fue una imposición de Kiev. Están recortando al Donbass paso a paso, alejándolo de Ucrania. Los locales no tienen más alternativa. Por eso creo que este territorio no volverá a ser ucraniano, porque hoy no hay casi nada que lo conecte con Ucrania. Y eso es lo que quería Kiev.”

Ese mismo día tuve la suerte de conocer a Tania, una especie de contracara de Elena. Habíamos intercambiado mensajes antes de mi llegada y se había mostrado muy atenta, me había dado todo tipo de consejos. Hablaba con un entusiasmo contagioso, casi infantil. “Siempre soñé con esto”, me dijo. “Estaba harta de que los ucranianos nos odiaran, de que nos echaran la culpa de todo. Una vez fui a Kiev y en un bar me acusaron de robar cosas, les pregunté por qué y me dijeron que porque era de Donetsk. Nos odian, no sé por qué. Desde entonces cada noche recé para que pasara esto, para separarnos de esa gente. Somos distintos, ellos no quieren vivir en el mismo país que nosotros y nosotros no queremos vivir en el mismo país que ellos.” Hablaba rápidamente, como si el entusiasmo le atropellara las palabras y las ideas. “Los ucranianos no nos respetan a nosotros, los rusos. Creen que somos animales salvajes, que somos estúpidos. Por eso celebré el principio de la guerra, ¡por fin nos iban a dejar libres!”

En este clima de eterna tensión y equilibrio frágil, lo que lograba mantener a flote a la DNR y a la LNR parecía ser una suerte de entusiasmo popular vinculado al todo por hacerse, a las utopías. En aquellos primeros días me preguntaba qué tan real sería el apoyo de los ciudadanos locales a esta extraña aventura que es declarar una independencia unilateral, emprender una guerra y cambiar por completo el estilo de vida construido a lo largo de casi un cuarto de siglo. ¿Nadie planteaba propuestas menos abruptas, menos extremas?

Le pregunté qué le molestaba más de la situación actual y esperé alguna respuesta relativa a las complicaciones económicas, la propaganda permanente, las dificultades para transitar. Pero no, todos esos problemas le parecían superficiales. Lo que realmente le molestaba era que tan pocos extranjeros visitaran la ciudad. “Antes rezaba para

separarnos de los ucranianos, ahora rezo para que lleguen turistas, para que vean cómo vivimos acá y que no somos animales salvajes ni somos estúpidos, que somos amables y acogedores. Quiero conocer gente, llevar turistas a pasear, ¿por qué es tan difícil? ¿Por qué no los dejan venir?" Para ella, la solución consistía en presionar para que la ONU eventualmente reconociera la independencia de Donetsk, pero creía que esto iba a demorar. "Me parece que la guerra va a durar por lo menos cinco años más."

XI.

Durante esas primeras noches no podía dormir. Tal vez fuera por el hipnótico e irregular sonido lejano de las bombas o quizás por el calor. Pensaba en muchas cosas mientras miraba el techo oscuro en casa de Oleg, en la gente con la que debía reunirme, cuánto tiempo me quedaría en Donetsk o si alguna de las lejanas explosiones se acercaría eventualmente. Pensaba en los próximos pasos. Todo era incertidumbre. El preguntarse constantemente por el riesgo que implicaba estar allí, por las consecuencias, por el trabajo. Pasaba las noches dando vueltas en la habitación, deambulando de la ventana que miraba hacia el centro de la ciudad al celular para rechequear alguna información. Del entusiasmo al miedo, de la sorpresa a la tranquilidad de saberse en una ciudad que se asemejaba tanto a cientos de ciudades.

Las horas se hacían largas esperando quién sabe qué. ¿Que las explosiones se acercaran y debiera huir? Tal vez al menos así mi historia sería más interesante. A veces imaginaba que estallaba una vez más la peor cara de la guerra cuando yo estaba allí, uno de los pocos periodistas occidentales en Donetsk. Me imaginaba corriendo cámara en mano entre

edificios que se desmoronaban, explosiones, esquirlas, pánico. Pero la guerra estancada significaba atenerse a otra realidad y a otro tipo de historias, a la estabilidad siempre a punto de quebrarse que era esta zona gris, en guerra pero no. Entonces se sucedían las preguntas sin respuestas y los planes incorrectos, como si todo esto fuera demasiado y al mismo tiempo, insuficiente. Fue recién en el tercer día que las cosas empezaron a tener sentido.

Por la tarde debía encontrarme con aquel misterioso contacto español que me había facilitado Putkonen. Ya estaba oscuro cuando finalmente los vi y las poquísimas luces de la plaza no ayudaban a dilucidar quiénes eran. Eran tres figuras, una muy alta, una segunda más pequeña pero corpulenta. La tercera se adelantó y habló con ese apresurado y cerrado acento español: “¿Ignacio? Mira, tengo que ir a por unas cosas y luego vamos”. Cruzó la calle y se metió en un edificio. Me quedé observando a las otras dos personas. “¿English?”, pregunté. El más alto dijo que sí. En la oscuridad se me figuró un muchacho serio, de ojos apagados y pocas palabras. Dijo que era de India y se presentó como Rav. El más corpulento hizo un gesto que interpreté como que prefería no hablar y no insistí. Finalmente el español volvió: “El Janus me dijo que hablara contigo, debes de haberle caído bien. Venga, vamos”. Hizo un gesto con la mano y pronto nos encaminamos calle abajo, hacia el río Kalmius.

Es curioso cuánto cambió mi perspectiva esa noche. Había llegado hacía un puñado de días con la ingenua idea de simplemente ver qué pasaba en la región, de qué se trataba el separatismo o si la DNR era un país viable. Quería saber si la ciudad se estaba levantando o si no era más que escombros de los últimos ataques. Nada más. No pensaba correr el riesgo de

ir al frente de batalla. En realidad no sabía bien qué hacía en Donetsk, quizás simplemente buscara que las historias me encontraran a mí como por accidente. Y eso fue exactamente lo que pasó esa noche en un bar cualquiera de una república separatista.

Nos sentamos los cuatro a la mesa. Rav era alto y de ojos oscuros, pelo corto y una sonrisa que cada tanto se le escapaba aunque él pareciera evitarlo. Habló muy poco esa noche. El muchacho corpulento estaba casi completamente rapado, tenía la cara redonda, aniñada, pestañas largas y ojos claros. Su rostro parecía desentonar con las decenas de tatuajes de demonios, calaveras y armas. Pronto descubrí que su actitud afable y relajada cuadraba mejor con su rostro que los tatuajes.

El español se sentó de mi lado. Era muy flaco, bastante alto y tenía ojos grandes, como si siempre estuviera sorprendido de algo. Me dijo que se llamaba Jon, que así se hacía llamar pero que cambiaba de apodo cuando se aburría. Le pregunté por su nombre real y me miró como se mira a un niño que pregunta por Papá Noel. "Joder, ¿qué quieres?", me preguntó. Su actitud me resultaba llamativa y me generaba algo de desconfianza, nunca parecía decir nada en serio, hablaba rápidamente y miraba hacia todos lados, pero no como si fuera sigiloso sino como si hubiera consumido una buena cantidad de cocaína.

—¿Tienes casco? ¿Chaleco?

—No, pienso quedarme en zonas civiles, contar cómo se vive en la República Popular de Donetsk —respondí, intentando entender el tono de la pregunta.

—¿Pero qué haces aquí entonces? Si tu idea es quedarte en la burbuja, ¿para qué has venido? ¿A contar qué? Si vienes a una zona de guerra para contar que en la ciudad no hay

guerra… pues no estás contando nada. Venga, ¿qué es lo que quieres ver?

Tenía razón. El centro de la ciudad era una burbuja de paz, y mantenerla probablemente fuera un gran logro del gobierno local. Así todos los vecinos podían pretender que no sucedía nada, que nadie disparaba a nadie a escasos kilómetros de plaza Lenin. Nadie veía la guerra y a nadie le importaba. Las explosiones tenían tanto en común con la vida cotidiana como la guerra en Siria con la rutina de un porteño cualquiera. Las muertes se leían en el diario y quedaban allí, porque en el mundo real, en las calles de Donetsk, todos los habitantes procuraban mantener el hechizo: que la burbuja que separaba guerra y mundo no reventara. Jon me recomendó alejarme del centro de la ciudad si lo que me interesaba era contar algo relevante.

El muchacho corpulento escuchaba en silencio la conversación. Hasta que finalmente habló. En castellano. Preguntó si realmente era periodista y pidió que no tomara fotos. Luego volvió al silencio. El locuaz Jon habló otra vez: "Es cierto, ¿eres realmente periodista? No sé, tío. He visto muchos improvisados por aquí, pero tú… es como si hubieras caído a jugar. Esto es una guerra. Invéntate un seudónimo. Cualquier cosa que publiques desde aquí se sabe en Ucrania, cualquier posteo en Facebook o lo que sea. Si firmas con nombre real probablemente tengas problemas en el futuro para entrar a Ucrania".

Como luego siguió mofándose de mi improvisación e ignorancia, decidí cambiar de tema y preguntarles qué hacían. Jon no quiso explicar demasiado y sólo se limitó a decir "organizo cosas". El otro muchacho, sentado frente a nosotros, habló más. Se presentó como Dima, de Asturias, y dijo que no daba entrevistas porque sus familiares no sabían

que estaba allí, que se los había ocultado para protegerlos. Sólo algún amigo estaba al tanto. Era soldado y acababa de volver del frente. Ahora esperaba la documentación necesaria para irse a casa. Era comunista: “Me la paso bien aquí, lucho por mis ideales y mis convicciones contra el fascismo. Pero no descarto ir a combatir a otro lado, como a Venezuela quizás”. Ahora que las milicias informales del Donbass habían sido reemplazadas por un ejército regular asalariado, Dima cobraba 15 mil rublos, algo más de 200 euros.

“Venga, vale”, interrumpió Jon, como si quisiera terminar con el tema, “yo tampoco doy entrevistas, pero puedes hablar con Alexis y José, el sevillano. Te caerán bien. Hay también un chileno, creo que se hace llamar Jeremías, Isaac o algo así, algo bíblico. Y debes hablar con Godwin… Godwin, como la ley. Recuérdame que le llame para ver qué puede hacer. Tal vez puedas visitar el orfanato o alguna escuela, déjame hablarlo. Si quieres algo de las universidades debo hablarlo con la secretaria, no con Godwin ¿Te interesa ver el cuartel de bomberos? Quizás también puedas visitar alguna de las fábricas reabiertas”.

Pronto llegó la novia de Rav con un pequeñísimo perro blanco y peludo llamado Márvin. Los cuatro se pusieron a conversar de cualquier otro tema y yo releí una y otra vez las anotaciones que había tomado apresuradamente. Pasadas las 22, y considerando el toque de queda, me pidieron un taxi y acordamos vernos al día siguiente.

Esa noche, la última que pasé en casa de Oleg, casi no dormí. Envié un nuevo *email* a la oficina de prensa para extender mi acreditación, busqué información y tomé nota de muchas de las cosas que los dos españoles habían contado pero no me habían permitido escribir.

Por la mañana me mudé a un hostal casi vacío propiedad de un colombiano. De hecho, durante buena parte de mi estadía fui la única persona alojada allí. La habitación tenía una cama individual, una mesa de luz y una ventana a la calle junto a la que puse, en un jarroncito, la bandera de la DNR que había comprado el día anterior. Como para quedar bien con los transeúntes. A partir de entonces los días se volvieron algo más rutinarios y se hicieron comunes las caminatas de algo más de un kilómetro y medio hasta el apartamento de Dima y Jon, en la Avenida de Illich, cercano a la plaza Lenin. Durante esos primeros días conocí un bonito bar subterráneo al fondo de un callejón donde tocaban bandas alrededor de las 19.30; otro bar cerca del río donde la novia rusa de Rav se enojó con nosotros por pedir cerveza y no vodka; o el café Four Friends, en la esquina de la plaza Lenin, al que volví muchas veces a lo largo de las siguientes semanas, las suficientes como para que la joven de la barra supiera qué iba a pedirle aún sin decir palabra. Aprendí a reconocer las canciones patrióticas que sonaban en las radios, me acostumbré a que algunos días simplemente no hubiera agua ni señal telefónica en toda la ciudad y a que la información oficial siempre responsabilizara por ello a algún ataque ucraniano. Natalia, la muchacha que trabajaba en el hostal, me llamó las primeras noches para recordarme que debía regresar antes de las 23, pero luego dejó de hacerlo: yo solía llegar dos o tres minutos antes de que se iniciara el toque de queda. De todas formas, descubrí que algunas tiendas y bares permanecían abiertos de noche para los soldados que patrullaban la ciudad.

Una noche fui a un bar donde locales y extranjeros se juntaban a bailar salsa y bachata. A pocos kilómetros continuaban disparándose irregularmente cada noche, pero

acá, en la ciudad, dentro de la burbuja, acá se bailaba. La guerra estaba lejos, al otro lado, en otro continente, en otro universo. No acá. La guerra era como esos famosos que salen siempre en las noticias pero nunca se los ve en la calle: existen, seguro que existen, y quizás no estén tan lejos, pero acá no están. Acá las rusas imitaban a las latinoamericanas de los videos, acá el colombiano del hostal era la estrella del baile y lanzaba esporádicos aullidos en castellano que divertían a todos en el bar. Acá había cerveza y vodka y música.

"Si tu idea es quedarte en la burbuja, ¿para qué has venido? ¿A contar qué?", me había dicho Jon.

Esa primera semana cambió el clima. Sopló un viento feroz durante todo el día y, para cuando amainó, no sólo se había escabullido el intenso calor sino que le había cedido el lugar a un clima frío que ya no abandonaría la ciudad. Mis planes entonces cambiaron casi tanto como el clima. Ahora no quedaba más que salir de la burbuja.

XII.

Un alfiler pequeño y puntiagudo finalmente pinchó la burbuja. Fue un acto rápido, instantáneo, fugaz, efímero, luego la burbuja fue reconstruida y Donetsk volvió a la normalidad. Pero por algunas horas todo fue extraño. Las dos explosiones en el centro de Donetsk apuntaron a Aleksandr Timofeyev, más conocido como "Tashkent", ministro de Ingresos y Tasas de la DNR, viceprimer ministro. Era la mano derecha del presidente Zajárchenko, su hombre de confianza y padrino de sus hijos. Tashkent no murió esa mañana, pero sí resultó herido. Apenas dos días después habló en la televisión de la DNR y culpó a Ucrania: "Hoy Ucrania es un

país de terroristas", dijo. Zajárchenko habló casi una semana más tarde tan sólo para informar que habían detenido a "varias" personas. Luego dijo que había secreto de sumario y no se habló más del tema. La burbuja ya estaba reconstruida.

Al día siguiente del atentado conocí a Alexis, un colombiano de 29 años. Llegó vestido con uniforme militar y boina, lucía varias medallas y estaba en silla de ruedas. La explosión de una mina antipersonal hacía algo más de un mes le había roto las piernas. Pensé en la curiosa coincidencia de encontrarme con él apenas horas después de que dos bombas hirieran a un ministro, como si las tres explosiones provocaran la destrucción de una burbuja. No de la burbuja que separaba al vecino civil de la guerra, sino de la que me separaba a mí del conflicto hasta ese momento.

Apenas llegó me miró con una expresión seria y seca, pero luego noté que pasaba en un instante a la sonrisa fácil y luego a una actitud burlona y sarcástica. Pensé que tal vez esos cambios bruscos fueran algunas de las secuelas de la guerra, el ser serio y alegre al mismo tiempo, una forma de lidiar con todo lo vivido, con las armas, la muerte o la mina que lo había dejado en una silla de ruedas. Pero quizás Alexis simplemente fuera así.

Se hacía llamar Alfonso por Alfonso Cano, líder de las FARC hasta 2011, cuando fue muerto por las fuerzas militares colombianas. Pero, a diferencia de Dima o Jon, Alexis, "Alfonso", sí solía dar entrevistas, mostraba la cara y no era extraño que revelara su nombre real. No era una persona a la que le interesara ocultarse ni simular. De hecho se casó en Donetsk y su boda apareció en medios rusos. Algunas semanas más tarde conocí a Oskar, de Kazajistán, quien también había llegado como voluntario y ahora estaba casado.

Cuando una guerra se extiende tanto comienza a entremezclarse con la vida que continúa. No es una pausa ni un paréntesis, sino que es parte de la rutina, de los eventos especiales, de las reuniones familiares, del trabajo, de las citas. Está ahí, como un elemento más. Alexis, el colombiano que fue a combatir en una guerra que poco tenía que ver con él, se casó en una iglesia ortodoxa rusa y tuvo un hijo en Donetsk. Y pronto su relación con esa tierra y con su gente se profundizó, se complejizó. La guerra también es esa construcción de nuevos lazos y aferramientos, el agarrarse de algo mientras los tiros parecen llevarse todo puesto. Cuando la vida anterior es una etapa terminada y la guerra se convierte en un nuevo mundo, una familia, un trabajo, una estabilidad, un futuro, entonces no hay ningún sentido en ocultarse.

Alexis se arrimó a la mesa y habló con una voz clara que entremezclaba el acento colombiano con el español. A los 10 años había llegado a España y durante la adolescencia se acercó al comunismo, luego pasó por el ejército español y fundó un movimiento comunista en Murcia. “Vimos cómo empezaron a matar gente en Maidán. Vimos que los que mataban eran extranjeros, de la OTAN, y al mismo tiempo proliferaban símbolos de extrema derecha. Por eso empezamos a organizar manifestaciones antifascistas y se crearon comités para difundir lo que estaba pasando. Después pasó lo de Odesa.”

El 2 de mayo de 2014 se enfrentaron en el centro de Odesa los grupos Anti y Pro-Maidán, mayormente con palos y piedras, hasta que alguien disparó un arma de fuego. Desde el sector prooccidental destruyeron el campamento rival y obligaron a los manifestantes a huir y refugiarse en el cercano Edificio de Sindicatos. Lo que siguió fue una masacre. No es

seguro quién provocó el incendio, cuál de todas las bombas molotov inició todo. Las puertas bloqueadas impidieron que los manifestantes escaparan y los manifestantes estorbaron el trabajo de los bomberos. Algunos de los que lograron salir del edificio fueron atacados. Al final del día, habían muerto treinta y dos personas calcinadas, diez intentando escapar y seis por armas de fuego. Al final, tras decenas de acusaciones cruzadas, todo quedó en la nada. Pero Odesa fue un punto de quiebre: pronto Sector Derecho[3] se uniría a la guerra en Donbass y, a partir de octubre, Alexis también.

"No podíamos quedarnos sentados mientras los nazis de Sector Derecho bombardeaban ciudades y mataban a civiles", dijo Alexis. En octubre viajó a Rostov del Don, Rusia, y allí recibió entrenamiento por parte de Esencia del Tiempo, una organización comunista rusa que incorporaba elementos del cristianismo ortodoxo. Luego se incorporó al batallón Vostok, que, según él, contaba con más de 3 mil personas, y participó como francotirador en la batalla del Aeropuerto[4], probablemente la más dura de la guerra.

En agosto de 2017, al norte de Gorlovka, una explosión lo dejó en silla de ruedas. "Estaba con mi comandante Domovoy reconociendo el lugar. Nos explotó una mina a tres metros. Los ucranianos nos hicieron una emboscada, pero mis compañeros fueron rápidos y nos sacaron de ahí. A mí se me rompieron las piernas, pero eso es muy poco comparado con lo que le pasó a Domovoy, que murió por el ataque el mismo día. Desde que estoy aquí han muerto cuatro de mis comandantes."

Si su especialidad era ubicar minas y marcar el camino correcto, algo debió de haber fallado ese día como para sufrir un incidente de tal magnitud. Le pregunté cuál había sido el problema, si hubo un error o sucedió algo particular. "No voy

a responder eso. Creo que te he contado lo que te he podido contar.” Luego, como si diera el tema por cerrado, dijo que en unos meses estaría de vuelta de pie. “Ahora me quedo aquí hasta el final de la guerra. Eso será muy pronto. Apenas termine la guerra en Siria esto también se termina. Entrarán los Cascos Azules y el Donbass va a pasar a ser una región autónoma dentro de la Federación Rusa.”

La conversación se cortó en seco porque ese domingo había acordado encontrarme con Elena en Yasinovataya. Me iría caminando hasta la terminal de autobuses mientras Alexis quedaba allí en su silla de ruedas. No es que sintiera pena por él, de hecho él se mostraba decidido, se reía de la silla y sabía que la necesitaría por poco tiempo. Lo que sentía era una especie de desconcierto, una desesperación por mi incapacidad de entender cómo alguien tan lejano elegía involucrarse. ¿Cómo se resuelve ir voluntariamente a matar o morir a una guerra ajena? Nunca dejé de preguntarme si ésa era una decisión válida o simplemente estúpida. Eventualmente entendí que la única forma de ir a luchar en una guerra ajena es haciéndose parte de ella y de los que, quieran o no, participan, identificándose con los locales, con su historia, sus miedos, sus calles, sus esperanzas.

Pero no puede olvidarse que las guerras son más que dos grupos disparándose entre sí, que unirse a un ejército significa formar parte de un conflicto grande, que involucra a diversos Estados y organismos internacionales. Entonces la pregunta pasa a ser si aun así vale la pena, sabiendo que estar dispuesto a morir allí en realidad significa ser poco más que un peón en un gigantesco tablero político en el que aparecen etiquetas como “terrorista” o “invasor”. Es demasiado sacrificio a favor de una causa ambigua, por la que combate gente con principios tan disímiles, desde comunistas hasta

ultranacionalistas rusos, desde antifascistas de izquierda a derechistas anti Unión Europea. Entonces volvía a preguntarle a cada soldado extranjero que conocía: ¿ha valido la pena? Y no encontré ni uno que dijera que no.

XIII.

Pagué al conductor 27 rublos por el viaje a Yasinovataya, unos 35 céntimos de euro, y me senté al fondo del vehículo, junto a una ventanilla. Elena me había dado indicaciones muy precisas de dónde debía bajarme, pero aun así pasé buena parte del viaje chequeando el recorrido en mi celular. En verdad tenía miedo. No llevaba siquiera una semana en Donetsk y era la primera vez que me alejaba tanto de la ciudad para acercarme al frente. Y lo hacía solo, con un ruso limitado y una acreditación de prensa civil en el bolsillo como única defensa. El punto entre Yasinovataya, controlada por la DNR, y Avdievka, controlada por Kiev, era de los más calientes en la etapa posterior al segundo Acuerdo de Minsk. Apenas 2 kilómetros separaban a ambas ciudades.

No sabía bien con qué me encontraría allí, tal vez con una ciudad sitiada por soldados listos a interrogarme, o con aquellas lejanas explosiones que escuchaba desde el apartamento de Oleg. Quizás con un cúmulo de ruinas y destrucción, o simplemente con otra burbuja como la de Donetsk. En eso pensaba mientras me alejaba de la ciudad atravesando barrios grises e industriales, con poca gente pero muchos edificios cuadrados. A menudo subían soldados con fusiles y casco, pero se bajaban a los pocos minutos. Yo procuraba no mirarlos demasiado. Durante el recorrido abandonamos la zona urbana tan sólo por momentos, para realizar un desvío y evitar carreteras destruidas o zonas

potencialmente riesgosas. En el campo abierto había chimeneas de viejas fábricas oxidadas, vías y decenas de *terrikon* aquí y allá, imponiéndose como el componente más característico de estas llanuras oscuras.

Todo me parecía gris, como si la tierra no fuera más que carbón y hierro, como si los árboles fueran de acero y las aves, humo. Una industrialización que se había devorado los verdes o los celestes. Si hasta el cielo estuvo gris durante buena parte de mi tiempo en Donbass. Todo confluía hacia una curiosa armonización que me resultaba tan hipnótica y encantadora como estereotípica. Las guerras deben tener destrucción, abandono y mucho, mucho gris. Me era más difícil imaginar una guerra bajo un sol radiante, con un mar transparente y plantas coloridas junto a una bonita playa. Quizás no hubiera visto tantas imágenes de la guerra en Somalia y sí muchas más de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, me gustaba imaginar la guerra del Donbass como una nueva Guerra Mundial. No por los actores sino por el escenario. Al fin y al cabo esta región había jugado un papel importante en los 40, cuando la disputaron soviéticos y nazis.

Ahora, aun sin pretensiones de crear regímenes comunistas o socialistas, desde la cúpula de la DNR se reivindicaban la simbología y la terminología soviéticas, especialmente a la hora de hablar de la guerra. Las medallas que se otorgaban a los “Héroes de la DNR” eran muy similares a las que recibían los “Héroes de la Unión Soviética” y, al igual que en la URSS, había “ciudades heroicas”. Probablemente no fuera más que una forma de asociar el pasado heroico de la Gran Guerra Patria con el presente bélico y de emparentar a ambos enemigos, nazis y ucranianos, en las narraciones populares. Como si aquel ejército terrible que invadió y asoló las tierras setenta años atrás hubiera regresado con sed de venganza. Y

el discurso funcionaba.

Una hora más tarde bajé del autobús en una zona alejada de la ciudad, frente a una fábrica abandonada. Intenté llamar a Elena pero no pude: no había señal en Yasinovataya, las antenas de la región habían sido destruidas. De todas formas, ella no tardó mucho en llegar y juntos atravesamos la ciudad desde sus confines al noreste, cerca de donde se luchó intensamente durante la primera etapa del conflicto, hasta sus límites occidentales, hacia el lado de Avdievka, donde aún había enfrentamientos. Apenas si nos cruzamos con vecinos, como si toda la ciudad estuviera abandonada.

Al norte se ubicaba Zorka, un barrio de fábricas y edificios cuadrados donde el ejército ucraniano había mantenido posiciones durante el verano de 2014, cuando los separatistas atacaron. Casi no hubo enfrentamientos en las calles sino misiles disparados de un lado al otro. El resultado fue terrible para los vecinos de Zorka; la mayoría de los edificios sufrió daños, muchos eran ahora completamente inhabitables y estaban cubiertos por chapas que impedían el acceso. Había agujeros en las paredes y las marcas oscuras del humo se veían en casi cada construcción. Aun así muchas personas habían permanecido allí simplemente por no tener alternativa.

Avanzamos hacia el sur a lo largo de la avenida Leningrado. La Casa de la Cultura local estaba adornada por un colorido *banner* con la bandera de la DNR y muchas fotos en celebración por el 70° aniversario de la fabricación de la primera maquinaria minera en Yasinovataya. En el centro de la ciudad había una plaza seca, un monumento plateado a Lenin y un pequeño escenario. Nada más. No se veía gente por ningún lado. Elena me dijo que solía haber algunas

personas más, aunque ahora probablemente muchas estuvieran almorzando o descansando, considerando que era domingo. Insistí: no podía ser que no hubiera nadie en la calle. Ella se encogió de hombros y respondió que muchos vecinos se habían ido, algunos a Donetsk, otros hacia el oeste ucraniano. Los que se quedaron fueron los ancianos, los que no tenían ni la fuerza ni los recursos materiales para empezar de nuevo en otra ciudad.

Mientras caminábamos le pregunté qué opinaba del ataque a Timofeyev y si sabía algo. “Eso es habitual, pasa casi todos los meses”, respondió. “Siempre hay alguien que quiere matar a alguien y puede hacerlo porque tiene poder y aquí no hay ley ni control. Después terminan culpando a infiltrados ucranianos o algo así. Eso no se lo cree nadie.”

En el mercado no había ni un solo puesto abierto. Era un playón casi completamente cubierto de estructuras metálicas preparadas para que se instalaran puestos de productos diversos, pero no había productos, ni puestos, ni vendedores, ni nada más que esas estructuras metálicas y algunos agujeros en el suelo, heridas de algún bombardeo. Saqué mi celular y estaba tomando fotos cuando una señora muy mayor, con bastón y la cabeza cubierta por un pañuelo, se me acercó con tono agresivo, parecía enojada. Elena se entrometió y trató de calmarla, hablándole suave pero firmemente. Al alejarnos miré hacia atrás: se había quedado parada y nos miraba fijamente con los ojos entrecerrados.

—¿Qué le pasaba? —le pregunté a Elena.

—Nada, no le des importancia. Solamente no quería que tomaras fotos. Dijo que eras un espía ucraniano.

—¿Y qué le dijiste?

—Que eras periodista, que ibas a sacar fotos igual, que no molestara. Y que de todas formas yo soy ucraniana y no estoy

espiando a nadie.

Finalmente llegamos al final de la ciudad, al punto en el que repentinamente la civilización terminaba y comenzaba un campo. La calle moría como si se hubiera alcanzado el límite del universo conocido y más allá sólo existiera vacío. Era como pararse a la orilla de un mar embravecido, sólo que todo era demasiado sutil, las olas enormes y las aguas torrentosas no se veían desde la superficie. Nos separaban de un bosque unos quinientos metros de campo abierto, de pastizales secos. "Éste es el lugar que usan para disparar. Y hacia allá, hacia el bosque, no se puede ir por las minas. Está lleno de minas este camino, así nadie puede utilizarlo, solamente los que disparan y conocen la ubicación. Si avanzás un poco más en aquella dirección, ya están las primeras casas ucranianas. Acá termina la República Popular." Y ahí empezaba la guerra, al borde de ese abismo hasta donde llegaba la vida civil. Más allá, campo, pastizales, algún pequeño animal deambulando y algún lanzamisiles esperando a que oscureciera para comenzar otra noche de enfrentamientos.

Era curioso el saberse allí. Desde donde estaba, yo era un enemigo más de los soldados ucranianos, un colaborador de terroristas. Claro que Elena, tan orgullosa de ser ucraniana, también lo era. Estábamos al otro lado de la línea de contacto, con las armas ucranianas apuntando hacia nosotros y con una profunda sensación de vértigo invadiendo todo el cuerpo. El sentimiento que provoca pararse al borde del precipicio, sólo que en este caso la caída no era hacia abajo sino hacia adelante. Hacia el frente.

Retrocedimos en dirección al centro de la ciudad y pasamos por un bar, un antro oscuro que, pese a ser primera tarde de un domingo, era de los pocos lugares en los que se veía gente.

“Aquí es donde vienen los soldados cuando se aburren. Por eso está abierto también de noche. No importa el toque de queda.” Junto a la estación de trenes había una gran sucursal del supermercado estatal Primer Republicano, con el logo comercial más patriótico: con los colores de la bandera y el águila bicéfala rusa.

Camino a su departamento, Elena me pidió que no publicara su nombre real. “Si vas a escribir algo sobre lo que hablamos o sobre mi ciudad, elegí otro nombre. Creo que es lo mejor para evitar problemas. Aquí nunca se sabe. Me pueden acusar de traidora, pueden molestar a mi familia. Mejor lo cambiás y listo.” Algunos días más tarde, mientras escribía mi tercer artículo desde la región, le pregunté cómo querría llamarse, si tenía alguna preferencia, pero me dijo que no. Que le bastaba con que pareciera un nombre ucraniano. Y quedó Elena, que también podría ser ruso.

Comenzaba a oscurecer cuando al fin llegamos, yo dormiría en casa de mi anfitriona y ella se iría a casa de sus padres. Era un edificio antiguo, probablemente de mediados de los cincuenta, al que se ingresaba por la parte posterior. El departamento estaba en la planta baja, al nivel de la calle. Tenía puertas de madera viejas y pesadas, las bisagras chirriaban. Las ventanas dobles con sus cortinas alicaídas, los muebles de madera, un armatoste por sofá que era también cama. Todo el lugar parecía haber sido extraído de una película soviética en blanco y negro. Su abuela había vivido allí y ahora Elena había tomado su lugar, aunque pasaba muchas noches en casa de sus padres, especialmente durante épocas de intenso fuego cruzado. “Hay algo que no te dije, espero que no sea un problema”, soltó antes de irse. “El edificio de al lado es una base. Hay un batallón que se llama Vostok. No va a pasar nada, sólo lo digo por si se escucha

mucho movimiento de noche. Estarás bien.” Luego me dio algunas instrucciones para lidiar con la electricidad y el gas, dijo que pasaría a recogerme por la mañana y se despidió.

Cuando era adolescente, me gustaba mucho el cuento “Mis vecinos golpean”, de Abelardo Castillo. Era un relato ambiguo, abierto, en el que el narrador hablaba de un edificio contiguo al suyo, rodeado de jardines y limitado por un paredón. Los habitantes golpeaban las paredes medianeras, se comunicaban con el protagonista a través de sonidos que no siempre eran iguales: a veces eran una especie de tanteo y otras, se convertían en un llamado violento. Sólo él podía oírlos, aunque recordaba que cuando era niño su madre también los oía. Hasta que un día se la llevaron. Él sentía la necesidad de responder a los golpes, a esos llamados, porque le parecía inhumano no hacerlo y porque entre los que llamaban podía haber un ser querido. Pero como no quería oír, el narrador hablaba fuerte y reía y gritaba hasta que sus amigos lo miraban tristemente y lo dejaban solo. Había una referencia a que el edificio de al lado era un manicomio, pero no podía descartarse que la habitación del narrador fuera una más dentro del edificio y que quienes lo miraban tristemente en realidad no fueran sus amigos.

Esa noche mis vecinos golpearon. No los muros del viejo departamento soviético en el que me alojé, pero sí golpearon algún punto al otro lado de la línea de contacto. Cuando anocheció completamente apagué las luces y me acerqué a la ventana que daba a la calle, pegué mi nariz al vidrio gélido como si fuera un chico de viaje y vi pasar los vehículos pesados y oscuros transportando un puñado de gente hacia quién sabe qué sitios de la oscuridad. A intervalos irregulares llegaba un vehículo y se iba otro. Algunos trasladaban

materiales, barriles, cajas, otros llevaban soldados. Vi pasar varias veces vehículos lanzamisiles, aunque no sabría decir si en realidad era el mismo. Y cerca de medianoche escuché los golpes ya no sofocados por cierta distancia como en Donetsk, tampoco estallidos ensordecedores que hicieran vibrar los vidrios y temblar las piernas. Eran sonidos potentes pero, de alguna extraña forma, no invasivos, como si hubiera un manto pesado que los alejara de todos nosotros y disipara el fragor hasta hacerlo tolerable.

Pensé que tal vez yo fuera como el narrador de aquel cuento, porque nadie más en la ciudad parecía preocuparse por los golpes, nadie se asomaba a la ventana, nadie escuchaba o a nadie le importaban. O quizás ellos, todos aquellos que dormían en la ciudad, fueran los que actuaban como el narrador de aquel cuento y simplemente hablaran más fuerte, rieran, gritaran o subieran el volumen del televisor para olvidarse de que allí, al otro lado de las ventanas, mis vecinos estaban golpeando. Entonces avanzaba la noche fría y lenta, mientras me preguntaba si no sería inhumano quedarse sin responder los golpes de uno u otro lado. Tal vez entre los que golpeaban también hubiera un ser querido.

XIV.

Fue una larga noche en la que casi no dormí por el frío y la incertidumbre. Elena llegó temprano, nuevamente luciendo su profesional formalidad, tan distinta a la apariencia dominguera y relajada del día anterior. Me preguntó si había dormido bien y le dije que sí, que claro, que había sido una noche tranquila. En el pequeño autobús hacia Donetsk descubrí que efectivamente había gente en Yasinovataya,

personas que ahora, lunes, debían ir a trabajar. Eran casi todos adultos mayores de 50 años.

Ya en la ciudad, me despedí de Elena y me dirigí a Four Friends. No había tiempo de volver al hostal, solamente podía esperar a la hora señalada para encontrarme con Godwin, el hombre que debía autorizarme a visitar lugares de mayor importancia estratégica, desde fábricas a trincheras. Mientras esperaba recibí un mensaje de texto de Jon: "No puedes escaquearte esta reunión".

Nacido Ruslan Baklan, "Godwin" solía hacerse llamar Daniil Bezsonov o Cormoran. Era el responsable de prensa de las fuerzas armadas de la DNR, pero raramente daba entrevistas, apenas si se limitaba a informar en conferencias de prensa sobre alguna situación particular.

Jon llegó al café cerca de las nueve y media. Hacia las diez recibimos por mensaje de texto la dirección a la que debíamos dirigirnos una hora más tarde: un café en el *boulevard* Pushkin, a unos 400 metros de plaza Lenin. "Acabamos el café y vamos, prefiero esperar allí", dijo. El segundo café del día lo bebimos en Pushkin, en una mesa en la parte exterior y esperando a un tal Godwin, que no llegó a la hora acordada sino unos treinta minutos más tarde. El que sí llegó fue Rav, a quien hacía varios días que no veía, se sentó junto a nosotros por algunos minutos, pero luego decidió que no querría estar allí una vez que llegara Godwin y se cambió de mesa. La espera se hizo larga, larguísima. Finalmente apareció. Era un hombre de 33 años, de pelo muy corto, vestía uniforme militar. Nos vio a la distancia, hizo un gesto minúsculo y se sentó tranquilamente en otra mesa junto a tres personas a fumar un cigarrillo. Algunos hombres armados esperaban fuera del café.

Miré a Jon tratando de encontrar una explicación, pero él

no me miraba. Permaneció algunos minutos en silencio, con la vista clavada en algún punto aleatorio del café y bebiendo sorbos de agua a intervalos irregulares. El hombre al que esperábamos continuaba fumando tranquilamente. Miré la hora: 12.45. Los hombres armados apostados en la vereda vigilaban en todas direcciones; me pareció que no prestaban mayor atención, que simplemente giraban la cabeza de aquí para allá. Godwin pidió un café, nos daba la espalda. Jon ahora sí lo miraba fijo, esperando que sucediera algo. Pero no. Godwin apagó su cigarrillo y bebió un par de tragos de café. Entonces, como si hubiera recibido una información importante, se levantó repentinamente y se acercó a nosotros. Se paró en la punta de la mesa, nos dio la mano mientras Jon soltaba algunas palabras apresuradas en inglés. Nunca lo había visto así a él, generalmente tan locuaz e irónico, ahora estaba nervioso y serio, aunque mantenía los ojos bien abiertos y el habla rápida, como siempre. Godwin apoyó ambas manos sobre la mesa y se agachó levemente. “Bien, bien”, dijo en un inglés con fuerte acento y sin entusiasmo alguno, “de Argentina, ¿no? Qué bien, me gusta Argentina. Bien, ¿qué es lo que quieres?”. Le respondí con la mayor confianza y seguridad de la que fui capaz listando los sitios que quería visitar, tal como Jon me había recomendado: las fábricas, el cuartel de bomberos, la posibilidad de acceder a los restos del aeropuerto o el cercano barrio de Spartak. “Parece bien, pero estoy ocupado ahora. No tengo tiempo. ¿Acreditación militar?” Le respondí que la había solicitado, que debía ir a recogerla esa tarde. “Avisame cuando la tengas y arreglo todo”. Luego nos dio la mano y sin decir más volvió a la mesa con las otras tres personas, continuó bebiendo el café que había dejado allí y prendió un segundo cigarrillo. La reunión, tan importante, había durado menos de 3 minutos.

Rav y Jon me acompañaron a la cercana administración; en el séptimo piso de la vieja sede del gobierno provincial me informaron que las acreditaciones se firmaban tan sólo una vez por semana, los miércoles. Lo hacía Eduard Basurin, secretario de Prensa del Comando Militar de la DNR. Como no estaba sucediendo nada particularmente interesante en una guerra estancada, no había muchas solicitudes. Me pidieron que volviera el miércoles por la tarde y hasta luego. No tuve que esperar mucho: al día siguiente me confirmaron que había sido denegada la acreditación. No había explicación ni se podía insistir. Tema cerrado. Más tarde Jon sugirió que raramente entregaban acreditaciones militares a quien visitaba la zona por primera vez y sin el respaldo de un medio importante. Mi tan premeditada reunión con Godwin había sido en vano y ahora sólo restaba buscar nuevas alternativas que finalmente aparecieron.

Esa tarde conocí a José, de Andalucía. Tenía 31 años y vivía con su novia a pocas cuadras de plaza Lenin. Ella, Anastasia, era una muchacha muy joven, con rasgos eslavos, ojos claros y sonrisa fácil. Él tenía el pelo corto y tan oscuro como sus ojos, era notablemente flaco y vestía una remera roja con el escudo de la Unión Soviética. Ella lo miraba con un amor tan intenso como evidente. En un estante había una foto de José con uniforme militar montando un vehículo blindado, sobre ella había pegado un corazón rojo que decía en castellano: "Mi defensor".

Me pareció un hombre inteligente, locuaz y, sobre todo, expresivo, como si meditara la mejor forma de decir y demostrar lo que pensaba. Cada pocos minutos soltaba alguna frase que podía encabezar cualquier tipo de artículo, una crónica, un perfil, lo que fuera. Parecía un político en

campaña, entrenado por profesionales para soltar títulos en cualquier entrevista, frases listas para viralizarse en redes sociales. Sólo que para José no era algo impostado. Él simplemente era así.

"Mi nombre de guerra es José Díaz porque él era el secretario del Partido Comunista Español durante la Guerra Civil. Y además era de Sevilla, mi tierra. Era panadero y fue íntimo amigo de Stalin, incluso murió en Georgia." Rápidamente le hice la pregunta que más me intrigaba y que hacía a todos los extranjeros que conocía: ¿por qué viniste?

"Al principio parece que esta guerra no tiene nada que ver conmigo, pero los soviéticos nos ayudaron en la Guerra Civil, desde entonces tenemos una deuda. Y yo vine a devolver esa ayuda. Vine a pelear por un país con mejores condiciones, en contra de los fascistas y en el bando correcto: el popular. Vine sabiendo que podía morir y no debes pensártelo mucho porque nadie quiere morir, pero vale la pena luchar para mejorar la vida de la gente, ¿sabes? A veces pegar tiros es una forma de ayuda humanitaria. Además, yo vivo en la Unión Europea y veo cómo ha avanzado el fascismo en todo el continente. Si dejamos que triunfe aquí llegarán también a España grupos como Sector Derecho."

Antes de la guerra se dedicaba a la gastronomía y nunca había tocado un arma, pero eso no le daba miedo. Para él, igual que para Alexis, Odesa fue un punto de inflexión. Sintió que no podía quedarse leyendo mientras moría gente. Sin pensarlo demasiado, se marchó de Sevilla y llegó a Donbass en agosto de 2015 gracias a una persona que había conocido a través de redes sociales. Pronto se unió como explorador antitanques del batallón Jan. Allí conoció a Alexis, que ya para entonces hablaba ruso y lo ayudaba con las traducciones. Empezó dedicándose a lo que más sabía: la

cocina. Recién al año siguiente fue por primera vez al frente y sólo por un día, cuando la explosión de una mina lo obligó a regresar. “He visto muertos, he visto heridos. Todos tenemos asumido que el que está aquí puede morir, que es una posibilidad concreta. Por eso yo no tengo miedo, ya asumí que puede pasar desde el día en que llegué. Nunca me he asustado, es como si me hubiera criado en el frente. Y sé que estoy luchando contra algo tan concreto como es el fascismo. Claro que vale la pena el riesgo.”

Formó parte del ejército hasta octubre de 2016; para entonces el estrés, la falta de descanso y la mala alimentación lo habían dejado agotado. La guerra ya había quedado estancada y no tenía sentido seguir sacrificándose. Pasó a la vida civil, encontró trabajo como traductor y ya no volvió al ejército. “Quería conocer la república por la que había peleado y casi no había visto. No sabía qué era este país. Todo era nuevo entonces, había cultura en todos lados, filarmónica por un euro, teatro. La gente aquí vive en forma muy sencilla y me he hallado muy bien, me gusta ver símbolos soviéticos en la calle o hablar de ‘plaza Lenin’. Eso tiene un contenido político y social. Me siento integrado, como si fuera de aquí. Me han acogido muy bien, en especial los mayores. Ellos valoran mucho que vengas a ayudar a cambio de nada. Te quieren abrazar, ¿sabes? Y eso no tiene precio, no se compara con nada. También hay algunos que no entienden por qué vinimos o qué hacemos aquí. Suelen ser los más jóvenes, los que se criaron después de la caída de la Unión Soviética y no saben lo que es ayudar al prójimo.” Se detuvo y sonrió nuevamente antes de agregar que sí, que en realidad también extrañaba estar en el frente. “Es como una droga, ¿sabes? El sonido de los disparos, de las bombas. Es difícil olvidarse de eso.”

Me enseñó un imán con las fotos de los comandantes muertos Tolstij “Guivi” y Pavlov “Motorola” junto a la frase “su hazaña permanecerá en nuestros corazones”. También monedas soviéticas y viejos libros que había recogido de pueblos en el frente, de lugares abandonados. Simplemente le daba pena que todo ese material se echara a perder. Tenía también varias medallas que había ganado en el ejército, pero no le gustaba mostrarlas, lo hacían sentir incómodo, como si no las mereciera. Insistía en que no era un héroe como para recibir premios, que la guerra no lo había transformado. En cambio, sí le gustaba mostrar algo de lo que estaba mucho más orgulloso: una vieja medalla soviética que le había regalado el padre de Anastasia.

Le pregunté si sentía remordimiento al disparar al enemigo. “No”, respondió categórico, “yo no mato personas, yo mato nazis. Los prisioneros aquí han sido tratados con más respeto del que merecen. De todas formas yo no me negaría a hablar con el enemigo. Quiero saber qué piensa, por qué quiere aniquilar a un pueblo. No me sirve decir ‘está loco’ y listo. Quiero saber qué le mueve. Quizás es sólo por dinero, no lo sé. Creo que matar al enemigo es fácil, pero hay que estudiarlo, eso es lo que sirve en una guerra. Sé que no podría hacerle cambiar de opinión. Sé que piensa que somos inferiores. Pero le invitaría a ver a la gente aquí, que vea cómo se vive. Los ucranianos traen demasiada violencia, se matan entre ellos. Pero no son ni idiotas ni locos”.

Como José se identificaba como comunista, le recordé que nadie pretendía cambiar el sistema político de la DNR. Luego pregunté si aún así valía la pena luchar en esta guerra ajena. “Lo sé. Pero no importa. Porque cuando vamos hacia el frente y un niño pequeño se suelta de la mano de su padre para levantar el puño y saludarnos, ahí es cuando sé que todo ha

valido la pena.”

Muchas de las frases de José todavía resonaban en mi cabeza cuando al fin me acosté. O quizás resonaba su forma de decir las cosas, su seguridad. Se mostraba convencido de estar del lado correcto, aun cuando lo acusaran de terrorista y sabiendo que podría ir preso en su propio país. Tenía un convencimiento casi religioso, como si la lucha armada fuera el inicio de un mundo mejor. Y ese convencimiento también iba atado a un análisis maniqueo de la situación: los buenos de un lado, junto al pueblo, y los malos del otro, con su fascismo, su sed de sangre, su odio. No había otra posibilidad ni otra interpretación. Tal vez sólo esa certeza profunda, esa noción incuestionable, esa creencia casi religiosa, solamente eso pudiera hacer que un hombre sin experiencia militar tomase un arma y marchara a luchar una guerra ajena sin pensarlo dos veces. Si esto era cierto, yo prefería mantener mis dudas.

XV.

No habían pasado veinticuatro horas desde que regresara de Yasinovataya que ya estaba preparándome para partir. Habíamos acordado encontrarnos con Jon en Four Friends, desde allí tomaríamos un taxi hacia la terminal de autobuses de Trudovska, unos 22 kilómetros hacia el oeste de plaza Lenin, en el extremo occidental de la DNR. A poco más de un kilómetro se encontraba Marinka, controlada por Kiev. Jon me pidió que pasara por el supermercado a comprar repelente y comida para llevarles a los ancianos del búnker que visitaríamos. La última vez que él había estado allí el lugar era espantoso, no había electricidad, todos estaban enfermos. Así que no estaba mal llevar algunas cosas, como alimentos

perecederos a los que era más difícil acceder en Trudovska. Nos encontramos con José, Jon, Dima y Natalia, la joven instructora de ruso de Jon que sería mi traductora durante el día. Dima no nos acompañaría, los otros tres volverían por la tarde y yo pasaría la noche en el búnker. Jon me había traído su chaleco, casco y un cuchillo. “Por las dudas”, dijo.

El primer taxista se negó. No le importaba si la terminal de Trudovska era zona civil, no le importaba que fuera de día. Insistimos, ofrecimos algunos rublos más pero no hubo caso. No. El segundo no parecía estar muy seguro de a dónde nos dirigíamos, entendía que era cerca de los confines de la DNR, pero no más que eso. Algo resignado, se calzó los anteojos oscuros y arrancó sin decir palabra, mientras Jon, en el asiento delantero, trataba de recordar cómo llegar y Natalia, a mi lado, traducía indicaciones.

El camino era bastante sencillo, una vez fuera del centro debíamos continuar por la misma calle. Por momentos parecía una carretera rural, rodeada de bosques espesos y silenciosos, luego ingresaba a barrios de viva actividad comercial para finalmente perderse entre fábricas abandonadas y edificios destruidos. Tras unos treinta minutos de viaje, el taxista pareció darse cuenta de que se dirigía a una zona insegura, se quitó los anteojos y bajó la velocidad. Preguntó varias veces si faltaba mucho, si sabíamos bien a dónde íbamos. Sospechaba que el frente estaba demasiado cerca y no se veía nada contento, como si hubiésemos traicionado su confianza.

La calle moría repentinamente a unos 100 metros al oeste de la terminal. Tan sólo bloques de cemento cerrando el paso y un grupo de soldados parapetados detrás de ellos, cargando fusiles, fumando, rodeados de alambres de púa. Era el fin, la frontera infranqueable para la vida civil de la república

separatista. Más allá, sólo el ejército enemigo. De este lado quedaban algunos peatones que apenas si miraban a los soldados al final de la calle. Y una terminal de autobuses que se veía tan moribunda como el resto de los edificios de la zona.

Doblamos en la última calle antes del bloqueo y nos adentramos en un barrio de casas bajas semidestruidas. Casi todas estaban deshabitadas. Había marcas de explosiones y restos de misiles clavados en el asfalto, algunas minas sin estallar y cientos de pequeñas esquirlas metálicas. El único edificio que se veía en condiciones era una pequeña iglesia que había sido utilizada como refugio durante la peor etapa del conflicto, luego había sido reparada y ahora oficiaba servicios religiosos aun a pasos del frente.

El camino alcanzó un campo abierto, un altísimo *terrikon* a la derecha y otro más lejano hacia la izquierda. Había ropa colgada entre dos árboles y, junto a éstos, en improvisados bancos de madera, se sentaban tres mujeres mayores que se levantaron entusiasmadas al vernos llegar. Tal vez fuera porque al fin algo rompía su rutina, quizás porque les traíamos comida. Pero también podía ser que simplemente se alegraran como se alegraría cualquier abuela que recibe a sus nietos.

Jon me había hablado de Lena que, con 50 años, era la más joven entre los residentes del búnker: "Es proucraniana y le gusta figurar, quiere demostrar que no apoya a la DNR, aunque después coja todo lo que le traen de la administración. Es la que más querrá hablar contigo". Efectivamente, fue ella la primera en acercarse. Tenía el pelo oscuro recogido hacia arriba, como un hongo nuclear. Durante todo el día mostró una expresión preocupada y se mantuvo alejada de los demás habitantes del búnker, como si

temiera que pudiéramos verla junto a otras personas y pensáramos que apoyaba al régimen separatista. Prefería alejarse antes que despertar cualquier sospecha.

Pronto nos encaminamos al refugio: una pequeña casucha de chapa, cubierta de decenas de orificios de balas y esquirlas camuflaba una escalera que descendía unos 5 metros por debajo del nivel del suelo. Al final, esperaban dos puertas blindadas que permanecían abiertas incluso de noche, en caso de que alguien necesitara refugiarse huyendo de disparos. Un corto corredor y el habitáculo se abría: era un recinto rectangular, de unos 15 metros de ancho y unos 60 de largo, otros 4 o 5 de alto, donde todo olía a humedad. La oscuridad era tan insistente como los mosquitos. Bajar por la escalera había sido como viajar en el tiempo hacia la Guerra Fría, hacia esa época de paranoia en la que el mundo entero temía el estallido inminente de un nuevo conflicto planetario y la única solución era refugiarse y enaltecer el patriotismo.

Tan sólo iluminaba la tenue electricidad, débil como el aire bajo tierra. Las paredes tenían viejos dibujos de plantas, animales o personajes infantiles, también imágenes religiosas, íconos de santos. Había un viejo reloj, un almanaque del partido oficialista República de Donetsk, advertencias e instrucciones de tiempos soviéticos. Por encima de todo, casi rozando el techo, imágenes de soldados valientes y poderosos, como una forma de transmitir seguridad y fuerza frente a las adversidades que hubieran llevado a los civiles a refugiarse en el búnker. El recinto, largo y amplio, estaba dividido por paneles de aglomerado que formaban habitaciones.

El primer espacio era el más decorado, incluso pintoresco. Allí se acumulaban cajas de Unicef y de la Cruz Roja. Había algunas mesas y bancos cubiertos por mantas pesadas que ejercían de camas; había ollas, platos, camperas y bolsas con

ropa sobre el piso o acumulados en algún rincón. El suelo era frío y tenía viejas baldosas plásticas de distintos colores que se despegaban dejando a la vista espacios de cemento. Era un sitio precario donde nadie debería vivir en forma permanente. Y sin embargo casi todos llevaban más de tres años allí.

Lena ofreció un rápido recorrido por el lugar. A medida que avanzábamos se acercaban otras mujeres a hablarnos, entusiasmadas porque nuestra visita rompía una rutina que solía variar entre jugar a las cartas, limpiar y no hacer nada. Una de las primeras en acercarse y hablar fue Valentina. Mijailova. Repitió muchas veces su apellido, como si le resultara importante que yo lo retuviera y publicara, como si quisiera dejar en claro que no tenía nada que ocultar. Estaba maquillada y bien vestida para demostrar que ni vivir bajo tierra podía cambiarle las formas a una estoica señora rusa.

Valentina Mijailova llegó al búnker en el verano de 2014, junto con otros vecinos de Trudovska. En un principio nadie los ayudó, estalló la guerra y rápidamente descubrieron que su barrio se había convertido en un frente de batalla, en una de las principales zonas de choque entre dos ejércitos. La casa de Valentina fue destruida completamente y su hijo murió en combate. Ella quedó sola y no tuvo más alternativa que refugiarse en aquel viejo búnker que llevaba años abandonado, que estaba sucio, lleno de ratas y bichos. Nadie la llevó allí, nadie la ayudó, ni a ella ni a sus vecinos.

Como muchos de los habitantes de Trudovska que habían trabajado en la mina de carbón cercana, Valentina recordaba los frecuentes entrenamientos que recibían durante la Guerra Fría, las instrucciones en caso de ataque aéreo. Había pasado 35 de sus 64 años en la mina, se había jubilado poco antes del inicio de la guerra y de pronto lo había perdido todo. El primer año llegaron a vivir en el búnker más de doscientas

personas en un completo hacinamiento, sin ningún tipo de calefacción en invierno y sin agua potable.

Ucrania dejó de pagar jubilaciones y en Trudovska debieron esperar un año y medio para recibir algo de la administración de la DNR. Ahora cobraban 2.600 rublos mensuales, algo más de 35 euros, pero ningún tipo de indemnización por la destrucción de sus casas. La comida ya no escaseaba tanto como al comienzo de la guerra y se podía salir de día e ir a la tienda de la terminal de autobuses, la única que continuaba abierta. El búnker ahora sí tenía electricidad y agua, incluso alguien había traído un televisor, un reproductor de DVD y algunas películas y documentales. Todavía había muchas ratas, así que bajo tierra había siempre dos o tres gatos. Y de las más de doscientas personas bajo tierra quedaban sólo dieciséis, casi todas ellas mujeres jubiladas, aunque a veces se sumaba alguien, dependiendo de cómo estuviera la situación en la superficie.

Interrumpió Galina, de 75. Tenía el pelo corto, los brazos cruzados y mucho abrigo, parecía desesperada por hablar, tal vez producto del aburrimiento y la monotonía. Nos dijo que el gobierno les propuso distintas alternativas a casi todos, en general cerca del centro de Donetsk. Nadie aceptó. “Para mí es importante ver lo que queda de mi casa, me sirve para saber que un día voy a poder volver y reconstruir las paredes, rearmar mi vida”, explicó.

Lena sí quería irse. Estaba harta del encierro, del riesgo y de que nadie la visitara. Le ofrecieron mudarse en 2015, pero el problema era su madre: con 79 años, no quería moverse. La necesidad de proteger el hogar estaba clavada profundamente en la moral de los habitantes de la zona: la tierra no se abandona y no hay sangre ni fuego que pueda convencerlos de dejarla, especialmente a los mayores, a aquellos que

habían vivido toda su vida en el mismo lugar. Ninguna guerra iba a cambiarles los planes de morir en la calle de siempre. Antes de continuar el recorrido del búnker junto a Lena, Valentina soltó un suspiro de resignación: “Sólo tenemos la esperanza de que haya paz, queremos volver a casa, ver a los vecinos, volver a la vida normal. No nos importa cómo termine la guerra, sólo queremos que termine”.

El segundo habitáculo era el más grande, una especie de pasillo ancho donde se encontraba el televisor, un baño con un único inodoro y más mantas sobre bancos de madera. Había una sala de viejos generadores que ahora se usaba para bañarse con palanganas y una escalera que conducía a dos niveles más abajo, completamente anegados. Hacia el final había dos habitaciones más: una vacía y completamente a oscuras; a la otra, cerrada, volví más tarde. Luego, un pesado portón de hierro daba acceso a una rampa para vehículos. Afuera, al salir por la rampa, había una letrina que ya no se utilizaba desde hacía unos años, cuando alguien recibió un disparo allí.

Es curioso cuán rápido se acostumbran los ojos a la oscuridad y el cuerpo al frío bajo tierra, y apenas puede percibirse eso al entrar o salir. El primer encontronazo con la luz del sol tras haber pasado algunos minutos en el búnker fue sorprendentemente placentero, como cambiarse las medias mojadas tras una tormenta. Nuevamente adentro, todo parecía demasiado oscuro y frío.

Cuando volvimos a entrar nos topamos con Andréi. Jon me había hablado de él en nuestro primer encuentro: lo describió como un borracho al que había que alejar con un cuchillo si comenzaba a molestar. Andréi tenía los ojos levemente desorbitados y un fuerte olor a alcohol. Caminaba inclinado hacia un costado. No se veía violento, incluso sonreía mucho,

pero nadie le prestaba demasiada atención. Por su forma de hablar y moverse, supuse que ya había superado ese punto en el que ebriedad y sobriedad son estados claramente distintos. Afirmaba tener 29 años, pero tranquilamente podían ser muchos más, tal vez 40. Dijo que era albañil, que a veces trabajaba reparando alguna de las casas de la zona y que la suya había sido destruida. Luego me mostró una tarjeta personal que le habían dejado con el nombre de Nelly Shkolnik, diputada adjunta del Sóviet Nacional. Dijo que esa mujer había traído medicamentos.

Muchos nombraron a distintas personas y ONGs que visitaban el búnker casi todos los meses y traían cajas con alimentos o productos higiénicos. Aparecieron la Cruz Roja, Unicef, una institución cristiana de la cual nadie recordaba el nombre. Un hombre de la administración solía ir cada tanto y a veces también aparecían soldados con donaciones. En algún momento se inició un debate en el búnker sobre quién había traído qué, qué organización había venido la última vez, que los que trajeron alimentos no eran los mismos que los que trajeron agua, que alguno venía cada dos meses pero traía más cosas que aquel que pasaba más a menudo. Pero al final la única conclusión era que recibían alimentos y que en el búnker podía no sobrar nada pero no se pasaba hambre.

Finalmente golpeamos aquella puerta cerrada al final del refugio. Allí dormían Víktor y su madre: ella era una mujer muy anciana, pequeña y encorvada, que miraba hacia todos lados con mala cara; él no parecía prestarle mayor atención y se limitaba a fumar. Hablaba con la voz rasposa y sonreía siempre con mucha ironía, como burlándose. Tenía 51 años y estaba postrado en la cama desde que una bomba destruyera su casa a mediados de 2015 y le causara graves heridas en una pierna. Decía que había formado parte del ejército ruso,

que había nacido en Karelia, que había sido minero durante veinticuatro años, y que ahora Zajárchenko no le permitía ir a una residencia en la ciudad pero no sabía por qué. Quería volver a su casa y no le importaba si era peligroso porque, de todas formas, el búnker no era mucho más seguro. “No habrá paz en mucho tiempo”, me dijo, “porque al ejército ucraniano no le interesa la paz sino destruir. El Sector Derecho dice que la guerra sólo terminará cuando la DNR caiga. Y aquí apoyamos al Donbass, no a Ucrania, no a Rusia. El Donbass es nuestra patria, es nuestra identidad. Por eso yo quiero un Donbass independiente. Pero no lo van a permitir y la guerra durará mucho más”.

Cuando salí de la habitación, José conversaba con un hombre que acababa de bajar las escaleras. Quise acercarme para saber quién era, pero se enojó, dijo que no, que no quería hablar. José me contó que se llamaba Vladimir, estaba reparando su casa y no quería vivir en el búnker por temor a contagiarse tuberculosis. Prefería vivir en una casa destruida antes que bajo tierra.

Mientras mis compañeros se despedían, Natalia anunció que yo pasaría la noche allí y se produjo un pequeño vitoreo a modo de respuesta. Camino a la terminal nos detuvimos por algunos minutos en la única tienda de la zona, con sus ventanas cubiertas por decenas de bolsones de arena, y compramos un vodka y algo más de comida. “Come de esto, no comas nada de lo que te den si no quieres contagiarte cualquier cosa”, dijo Jon antes de subir al autobús. Ahora me tocaba quedarme solo, en una zona cercana al frente, sin señal de teléfono y sin poder comunicarme con las únicas personas que me rodeaban. Por qué no, qué podría pasar.

De regreso nos sentamos con Lena junto a aquellos dos árboles entre los que colgaba ropa, y recordé lo que había

sucedido con los soldados en mi segundo día en Donetsk. Saqué mi celular y le mostré fotos de Argentina y de mi familia. Ella señalaba y preguntaba en ruso: “¿Tu mamá? ¿Tu papá? ¿Hermanos?”, y yo señalaba y respondía en ruso: “Mi mamá, mi papá, mis hermanos”. Y Lena sonreía. Luego me hizo señas de que la siguiera escaleras abajo, ya estaba oscuro y no era conveniente quedarse afuera.

En el primer habitáculo mostré el vodka esperando una reacción positiva, pero todas las mujeres hicieron gestos reprobatorios excepto Valentina, que agarró la botella y la llevó a la habitación de Víktor, que, claro, seguía fumando en la cama. Me senté junto a ellos y brindamos algunas veces. Pronto Valentina estaba cantando y compartiendo vasos y besos con Víktor. Él seguía con la misma actitud socarrona de antes, pero ella ya no tenía la voz apagada. Cantaba a un volumen altísimo y su voz retumbaba en los rincones oscuros del refugio; Víktor sonreía y fumaba, su madre permanecía en silencio con la misma expresión de disgusto, Lena bebía de pie. Entre los dos bancos que hacían de cama Víktor había colocado cuatro vasos y algunas uvas. Luego se me acercó y comenzó a contarme muchas cosas sobre su vida, el ejército, el búnker, la guerra. Me pareció que el vodka lo volvía más agresivo, así que me levanté, dejé la botella y salí de la habitación.

Volví al primer espacio, donde las más ancianas jugaban a las cartas mientras varios gatos deambulaban de una punta a la otra. Ya no se escuchaban los cantos de Valentina, sólo silencio, el sonido de las cartas, los pasos lentos y el eco apagado dentro del recinto. Pronto ya no habría nada que hacer. Algunas mujeres se prepararían para dormir, otras charlarían de lo mismo una y otra vez. Era parte de la espera, de las largas noches de tediosa paciencia y rezo constante

para que ningún misil golpeara demasiado cerca.

Luego fueron los ladridos. Los *spetsnaz*, aquellos soldados que avanzan más allá de las líneas enemigas para ubicar posiciones e informar a la artillería hacia dónde apuntar, salen de noche. Y la señal de que algún *spetsnaz* merodeaba la zona eran los ladridos constantes de perros callejeros. Era el comienzo de la noche más verdadera en el frente, extraordinaria para mí y desesperantemente rutinaria para los habitantes del búnker. Para entonces, el frío era realmente intenso y se colaba por la escalera un fuerte viento. Entonces se escucharon las explosiones, claras pese a la tierra y hormigón que nos separaban de la superficie. Repetitivas, irregulares. Pero, igual que en Yasinovataya, nadie prestaba demasiada atención a los sonidos que retumbaban suavemente en las entrañas del refugio ni al eco que bajaba como un intruso por las escaleras. No eran más que una molestia pasajera que la costumbre había llevado a naturalizar. Los ruidos y los que vivían bajo tierra convivían a diario como dos vecinos que se profesan una cortés e indiferente antipatía. Nadie se entromete y punto. Fin de la historia.

Cuando intenté asomarme a la escalera, Galina me llamó e hizo un gesto negativo con la cabeza. Luego dijo: “Argentina” y me pidió que la acompañara hacia el televisor. Me mostró con orgullo la caja de un DVD documental sobre el Che Guevara, señaló la caja y a mí. “Da”, contesté, “Argentina”. Pronto los sonidos de la superficie fueron acallados por discursos del Che y Fidel Castro en blanco y negro a todo volumen, mientras la espera acumulaba cada vez más horas largas, lentas, frías, en el submundo del refugio.

XVI.

La noche en el búnker fue fría. Las tablas de los bancos sobre los que me acosté resultaban más duras de lo que esperaba y Andréi pasó largas horas deambulando sin rumbo. Cada vez que pasaba cerca, me sobresaltaba y apretaba el cuchillo, que mantuve siempre en mis manos, oculto bajo las mantas. Estaba demasiado incómodo y preocupado como para dormir, pero no podía quedarme despierto.

Cuando finalmente la fresca brisa matinal se coló sin golpear, salté de la cama apurado por irme de allí lo antes posible. En la superficie había terminado una noche más, pero bajo tierra no importaba: no era de día, nunca amanecía ni había sol ni lluvia. Sólo existía la tenue luz eléctrica, constante como la humedad, los mosquitos y las imágenes de soldados soviéticos casi rozando el techo. Sólo la espera rutinaria, los montones de horas que matar hasta que terminara la guerra y ya no hubiera que matar nada. Una desesperante acumulación de tiempo vano, la zona gris que es vivir en medio de la destrucción y no querer irse por el obstinado amor a la tierra.

Eran poco más de las 6 cuando me despedí. Subí al autobús con el cuchillo en el bolsillo y el casco en mi mochila, y me alejé de la destrucción de Trudovska en dirección al centro de Donetsk pensando en lo afortunado que era de volver a la ciudad. Esta noche yo dormiría en una cama, tendría ducha, cocina. Las horrendas horas en el búnker pasarían a ser una anécdota, nada más. Pero ellas, las dieciséis personas que vivían bajo tierra, quedarían allí y cada hora y cada noche serían igualmente horrendas por tiempo indeterminado, acumulando día tras día de una espera ridícula y agobiante.

Finalmente logré ubicar al rabino local, a quien buscaba desde el día de mi llegada. Me invitó a celebrar con la

pequeña comunidad judía la fiesta de Sucot, que recuerda el deambular del pueblo hebreo por el desierto del Sinaí. Me recibió Igor, un hombre hosco que hablaba un inglés básico y me enseñó la sinagoga, la *mikve* (donde se realizan baños rituales) y el patio donde habían construido la *sucá*, el refugio que simboliza las viviendas precarias utilizadas durante los cuarenta años por el desierto que siguieron al éxodo de Egipto.

Hasta 2014 Donetsk era hogar de unos 15 mil judíos, pero ahora quedaban tan sólo unos 2 mil. De ellos, sólo cien participaban activamente de la vida comunitaria. A principios del conflicto el rabino local, Pinjas Vishedski, marchó a Kiev acompañando a muchas familias y fue reemplazado por Ari Shvartz, un hombre muy joven proveniente de Odesa. Fue para esa misma época, alrededor de Pascua, que comenzaron a circular folletos firmados por Denis Pushilin, entonces presidente del Parlamento de la DNR, en los que se exigía a los judíos de Donetsk registrarse ante las autoridades. De no hacerlo podrían ser deportados. Pushilin afirmó desconocer esa orden y negó cualquier tipo de responsabilidad. Finalmente los folletos quedaron tan sólo como un mal recuerdo y ahora, según Igor, "el gobierno no nos apoya pero tampoco nos ataca".

Al finalizar la ceremonia, nos juntamos en las dos largas mesas ubicadas en el patio, bajo el techo de la *sucá*: una mesa para hombres, otra para mujeres. Entonces comenzaron a beber vodka. Muchísimo. Brindaban, bebían y volvían a servir. Mientras tanto, el rabino hablaba y debía hacer comentarios jocosos porque a menudo todos reían. "No importa si no entendés, comé tranquilo que sos nuestro invitado", dijo Igor. Luego me tradujo opiniones de los comensales. Algunos comentaban que los jóvenes se iban de

Donetsk porque no había futuro. “No hay aeropuerto, no hay trenes, no hay pasaporte. Aquí no somos libres, cuando voy a Ucrania sí me siento libre, puedo ir a cualquier lado y a cualquier hora. Acá me controlan todo el tiempo, me paran por cualquier cosa. Antes de la guerra teníamos una de las comunidades más grandes y más activas de Ucrania, hasta teníamos una empresa de productos kosher: *UkrKosher*. Pero hoy tenemos que traer todo de Kiev. Es muy difícil y muy caro, a veces nos sacan cosas en la frontera o nos piden mucho dinero. Hay demasiada gente viviendo del contrabando. Por eso la guerra no termina, porque están ganando mucha plata”, afirmó Igor.

La mayoría de los miembros de la colectividad estaba dispuesta a quedarse con la misma lógica que había conocido en Trudovska: ésta era su tierra y no había motivos para abandonarla, aunque la situación no fuera buena. Hacia las 20, luego de comer y beber más vodka del que me gustaría admitir, todos nos levantamos, buenas noches y hasta luego. Mientras caminaba de regreso al hostal y el viento frío me hacía desviar en la vereda, pensaba en el quedarse por amor y continuar a fuerza de emparchar una situación compleja. Quizás la mejor forma de continuar pese a todo fuera pasando desapercibido, hablando sólo lo justo y necesario como para no comprometerse, no ofender ni arriesgarse. Eso sucedía en la comunidad judía: desde el principio sus miembros se protegían entre ellos y habían conformado un pequeño círculo de confianza que se mantendría sin importar cómo avanzara la guerra.

XVII.

Dima solía decirle “fachas” a Dani, un catalán franquista

que nunca quiso contarme demasiado. Tan sólo me dijo que había llegado para trabajar en la reparación del Jardín Botánico de Donetsk, que había traído semillas. "Joder, nadie viene a una guerra a plantar semillas", me dijo Jon cuando le pregunté si esto era cierto. En realidad era médico y había llegado en enero de 2015, cuando aún había bombardeos en el centro de Donetsk. Conocer a Dani me sirvió para entender que había muchas razones y objetivos distintos entre los extranjeros en Donbass, no sólo el antifascismo o el comunismo. También había mucha extrema derecha: rusos nacionalistas, muy ligados a la Iglesia ortodoxa, que llegaban con la idea de ampliar territorio, de recuperar las viejas tierras del Imperio. Y entre los occidentales había gente como Dani, de derecha, no necesariamente extrema, que veía en Donbass una barrera a la Unión Europea y a la OTAN. Nunca logré entender cómo combatían del mismo lado la extrema izquierda y la extrema derecha, ni dejaba de preguntarme qué pasaría con estos inusuales aliados una vez que la guerra terminara. Dima solía decir que "de momento son un mal necesario. Pero espero que a su debido tiempo todas estas personas sean expulsadas, por el buen funcionamiento de la república".

Volví a ver a Dani un sábado lluvioso en las cercanías de la estación de tren. Junto a Dima y Jon queríamos visitar la Terminal de Autobuses Occidental, construida poco antes de la Eurocopa 2012. Estaba a apenas 4 kilómetros de Pisky, aldea bajo control ucraniano cuya población había bajado de 2 mil habitantes a dieciocho luego de la batalla en el aeropuerto a comienzos de 2015. Dani vivía cerca de allí, pero no tenía ganas de perder todo el sábado deambulando por caminos cercanos al frente, así que todo terminó en un simple paseo y algunas cervezas en un bar que se asemejaba

demasiado al estereotipo de tugurio ruso: cubierto por una alfombra sucia y decoración kitsch.

Al día siguiente volvimos a intentar encontrar la terminal. Cruzamos las vías del tren a través de un puente sin tránsito mientras el viento fuerte y la fría llovizna nos hacían temblar a cada paso. Al otro lado, parecía tierra de nadie, nada más que abandono, una estación de servicio semidestruida, con partes de un letrero colgando de cables eléctricos y varios bloques de cemento para clausurar el ingreso desde la avenida. Muy cerca, otra estación de servicio estaba aún en peores condiciones, y apenas si se alcanzaban a ver restos del techo. A partir de allí nacía la Avenida del Ejército Rojo, que a algunos kilómetros al oeste de Pisky empalmaba con la ruta E50 en su camino hacia Eslovaquia. Había pequeñas fábricas, otras estaciones de servicio, talleres mecánicos. Todo destruido, abandonado. Cerca de la terminal había algunos edificios con las puertas bloqueadas. La zona había sido afectada durante la batalla del Aeropuerto, la más devastadora de la guerra en Donbass, que estalló apenas tres semanas después de la firma del primer Acuerdo de Minsk, en septiembre de 2014, y se extendió hasta enero del año siguiente. Murieron unas ochocientas personas, entre soldados de ambos bandos y civiles. De lo que había sido alguna vez uno de los aeropuertos más grandes del país, ahora apenas si quedaban ruinas oscuras.

“Silencio”, dijo Dima mientras avanzábamos por la avenida vacía, con bosques espesos de un lado y edificios abandonados, del otro. “Por aquí pueden andar *spetsnaz*.” Estábamos cerca de Pisky, bajo control ucraniano, y, aunque fuera de día, no habría sido extraño que fuerzas especiales del ejército de Kiev se adelantaran más allá de los puestos de control para ubicar objetivos de ataque. Avanzamos en

silencio, lentamente, preguntándonos si alguien continuaría viviendo en esos edificios al borde del camino. En ellos se veían las marcas de los enfrentamientos, agujeros, vidrios rotos y un evidente estado de abandono. Si alguien continuaba allí, no debía preocuparse demasiado por el mantenimiento.

Pasando esos edificios el espacio se abría y ya no quedaban bosques ni *terrikon* que se interpusieran entre el viento frío de mediados de otoño y nosotros. Lo primero que vimos fue una construcción circular hueca, como un vaso ancho, rodeada de pastizales altos que se escabullían entre el cemento del suelo. Del lado que miraba a oriente, hacia los edificios, todavía resistían restos del techo original e incluso parte del moderno diseño; pero hacia el otro lado, hacia Pisky, la destrucción era casi total. Tan sólo permanecía en pie una carcasa circular de dos niveles, columnas y vigas de hierro, un piso superior de cemento, algunas estructuras metálicas que hacía tanto tiempo habían sostenido ventanales.

Adentro había mucha agua estancada y escombros, lana de vidrio húmeda que aportaba lo suyo para que todo el lugar, incluso estando completamente abierto, apestara. Algunas estructuras metálicas se retorcían y los trozos de vidrio crujían bajo nuestros pies. Muchas heladeras con publicidad de gaseosas o cervezas estaban tiradas junto a más ladrillos, vidrios y restos de un techo metálico bajo el que alguna vez esperaron pasajeros. El suelo alfombrado con los restos de la Terminal de Autobuses Occidental.

A pocos kilómetros de las ruinas de la terminal nos topamos con una *marshrutka* decrépita que nos acogió en medio de la lluvia y nos llevó hasta la estación de trenes. A medida que nos alejábamos de la zona de riesgo y la línea de contacto quedaba detrás de nosotros, pensaba en los

habitantes de esos edificios ahora vacíos, en los pasajeros fantasma esperando a que algún día llegaran vehículos, a que se habilitara el paso hacia el oeste. Las fallidas expectativas y los bloqueos camino a Pisky no eran únicos. El cadáver de la terminal de autobuses era tan sólo uno entre miles de restos putrefactos, atrapados en el penetrante olor de la humedad y la destrucción, de lo viejo, lo oxidado, lo gastado, lo agotado, lo muerto y lo olvidado. Miles de edificios envueltos en el intenso e ineludible olor de una guerra estancada.

XVIII.

Isaac era de Santiago, un muchacho de barba y bigote, con ojos caídos y mirada seria. Llevaba un gorro militar y un ramo de claveles rojos en las manos. Hablaba de la unidad latinoamericana, del comunismo, de la lucha contra el fascismo, y fue el primer latinoamericano en obtener el pasaporte de la DNR. Lo conocí acompañando a Dima al cementerio cuando se cumplió un año del asesinato de Motorola. Ése era el sitio en el que se fundaba la nueva historia de un territorio que quería mutar, donde se mitificaban los muertos y nacían los héroes sobre los que alguna vez se leería en las escuelas, que utilizarían generales para infundir valor a los soldados. Las gestas patrióticas necesitan héroes, pero más necesitan mártires. No puede haber valor sin adversidad ni puede haber triunfos sin dolor; para eso están los relatos de nacionalismo fervoroso: para forjar unidad en base a una historia de lucha y sacrificio común. Poco importa la veracidad, si al final lo único que queda de las fábulas son las moralejas. Y en este caso las muertes de Guivi y Motorola dejaban una lección simple: el terrible enemigo estaba al otro lado de la línea y podía matar

a cualquiera, incluso a aquellos que contaban con mayor protección. Por eso no había más alternativa que levantarse en armas y contraatacar, para proteger lo que debiera protegerse, para defender a la población, para honrar a los mártires. Mensajes simples, directos, sencillos e incuestionables. Así se construye la historia. Así se construye un país.

Siempre me fascinaron los monumentos y la forma en la que se honra a distintas personas y eventos a lo largo de la historia. Claro que en un mismo país y con el pasar de los años y las generaciones, muchas veces los héroes se convierten en villanos y las proezas en crímenes. Los miles de pedestales vacíos en los que alguna vez se honró a Lenin eran un buen ejemplo de esto. En Maidán se habían levantado rápidamente letreros informativos y santuarios a la memoria de los fallecidos durante las protestas que acabaron con el gobierno de Yanukovich. No sería extraño que pronto se construyeran monumentos más perdurables a los héroes de aquella gesta del occidente ucraniano.

Estábamos solos en el cementerio. El viento frío de la tarde hacía flamear las banderas de la DNR y de los batallones Sparta, de Motorola, y Somalí, de Guivi.

Una vieja tradición rusa obliga a llevar flores en números pares a los muertos: una para el difunto, otra para Dios. Y no respetar esta costumbre puede ser considerado una grave falta de respeto. Por suerte Isaac estaba al tanto. Apoyó su bolso sobre el banco frente a la lápida y colocó sobre la mesa los claveles rojos que había comprado. Lenta y parsimoniosamente separó las flores en cinco grupos con cantidades pares, luego las unió utilizando una cinta con los colores naranja y negro de san Jorge. Parecía llevar adelante

un rito profundamente sagrado.

“Compañero”, me dijo, “¿puedes?”. Y me dio su teléfono para que grabara. Se colocó junto a la tumba de Guivi con un par de claveles en las manos y la misma actitud seria y solemne de antes. Luego habló lentamente mirando a la cámara, con aire compungido, bajando la vista intermitentemente como quien pronuncia palabras muy dolorosas: “Estamos acá, en el cementerio Mar de Donetsk, donde reposan los comandantes Guivi y Motorola. Hace un año atrás se produjo un acto terrorista que acabó con la vida del comandante Arsen Pavlov, más conocido como Motorola. Hoy en día, en forma muy humilde, venimos a dejarle estos claveles para honrar su memoria. A nombre de todos ustedes, le dejo estos claveles primero al comandante del batallón Somalí Mijaíl Serguéyevich Tolstij, más conocido como ‘Guivi’”; miró hacia la lápida, apretó los claveles que llevaba en la mano y se dirigió nuevamente a la cámara. “Para honrar su memoria.” Luego se paró firmemente frente a la tumba, se quitó la gorra verde militar que llevaba, llevó el puño derecho al pecho y bajó la cabeza, volvió a ponerse la gorra e hizo la venia antes de retirarse.

Pasó a la tumba de Motorola, miró a la cámara y habló nuevamente con el mismo tono compungido y dos claveles unidos por una cinta de san Jorge en las manos. “Acá estamos en la tumba de nuestro hermano, de nuestro comandante, Arsen Pavlov, más conocido como ‘Motorola’. A un año de su ruin asesinato, nosotros, en forma humilde, con estos claveles, venimos aquí a rendirle un homenaje, a honrar su memoria y por supuesto a continuar con su lucha.” Echó una ojeada a la tumba antes de continuar. “Debo admitir que las muertes de Guivi y de Motorola me causan un dolor que no había sentido desde que murió el comandante Hugo Chávez. Para mí estas

pérdidas fueron lo que más me ha impactado en forma personal. Como internacionalista, como hijo latinoamericano, vengo aquí a rendirle honores al comandante Motorola." Luego se quitó la gorra y repitió el mismo gesto solemne que había hecho frente a la tumba de Guivi. "Muchas gracias, compañero", me dijo mientras le devolvía el teléfono con el que había grabado toda la escena.

Sus movimientos aparatosos y excesivamente formales me resultaban algo ridículos, impostados. Aun así Isaac se mostraba orgulloso. Los videos que me solicitaba grabar terminarían en alguna red social y le significarían al chileno reconocimiento entre sus pares. ¿Cuánto habría de artificio, de impostado, de falso o exagerado en esta lucha? Desde el ultranacionalismo de Sector Derecho a la reivindicación al comunismo soviético, ¿para cuántos esta guerra no era más que una buena excusa para subir fotos y videos a redes sociales?

Hasta entonces Dima se había mantenido alejado. Frente a las tumbas de los dos comandantes, se había persignado y había bajado la cabeza. Al pasar lo escuché murmurar en ruso "muchas gracias". El asturiano, ateo, orgulloso comunista, honraba la memoria de un ruso promonárquico mediante una acción litúrgica cristiana. Así de curiosa era esta guerra en la que gente tan diferente entre sí peleaba del mismo lado sólo por tener un enemigo en común.

XIX.

A medida que nos acercamos a la frontera entre la DNR y la LNR por el distrito de Shajtarsk, cada vez eran más las ruinas. Finalmente nos detuvimos en Nikishine, una diminuta aldea que antes de la guerra contaba con menos de mil habitantes.

Era lo peor que había visto hasta entonces, nada más que destrucción donde alguna vez hubo gente. Bloques de hormigón en el camino, una pequeña caseta de chapa, muchos soldados, perros. Un hombre armado subió al vehículo y pidió documentos; al ver el mío preguntó en ruso: "¿Periodista?", respondí que sí y le enseñé mi acreditación de prensa de la DNR. Nos hizo bajar, muchos se apresuraron a prender cigarrillos y otros usaron de baño el único muro que había sobrevivido de una pequeña casa. A nuestro alrededor había un tanque y un vehículo blindado quemados, inutilizables, abandonados, cientos de casquillos de balas y restos de misiles, algunos trozos de cajas verdes de madera donde se guardan municiones y ladrillos, escombros, restos de lo que alguna vez fue un pueblo y que ahora tan sólo era un *blokpost*, barricada y puesto de control, rodeado de muros sueltos con marcas de balas. No había más que eso y una insistente llovizna. Si quedaban habitantes en Nikishine, estaban refugiados del frío y los ataques.

"¡Periodista, eh!", me llamó uno de los soldados levantando en el aire mi pasaporte. "¿A dónde? ¿Lugansk?", me preguntó en estricto ruso, contesté que sí, le enseñé una vez más mi acreditación y pareció resultarle suficiente. Volvimos al autobús y pocos minutos más tarde cruzamos una línea blanca pintada sobre la ruta en medio de más vehículos militares abandonados. Ahora sí estaba en la otra república.

Antes de abandonar Donetsk, Dima me había dado un papel con instrucciones y un mapa simple para llegar a la comandancia de la brigada Prizrak en Kirovsk, donde debía encontrarme con el comandante Markov. Me interesaba particularmente conocerlo porque la Prizrak tenía una impronta comunista, fuertemente ligada a la Unión Soviética,

y buena parte de los voluntarios extranjeros que había conocido hasta entonces habían formado parte de esta brigada.

Al llegar a la comandancia se me acercó un soldado con fusil en mano. Me presenté como periodista argentino, le dije que venía a ver al comandante Markov. Me pidió el pasaporte, hizo una llamada y abrió la reja pocos segundos después sin preguntar más. Una puerta de hierro, un afiche con la foto del comandante muerto Mozgovoy y la frase "Viviremos por siempre", un pasillo corto, una pequeña sala, una imagen de la Virgen, fotos de soldados muertos, una bandera de la brigada protegida por un vidrio como si fuese una pieza de museo, una *Biblia* sobre una mesa y, junto a una pila de diarios *República*, folletos con información militar y geográfica, y, al final, un comedor largo, con seis mesas con manteles floridos, una pizarra y mucha más información militar pegada a las paredes. En un extremo del comedor estaba la oficina del comandante. Me recibió uniformado, con el rostro serio, un apretón de manos y poquísimas palabras en inglés. No me dejó hablar, parecía muy apurado e inquieto, daba instrucciones a gente que entraba y salía de la oficina mientras respondía al teléfono. Se veía ajetreado y cansado, como si el estrés llevara años jugándole una mala pasada. Me dio la bienvenida sin prestarme mayor atención y explicó que en pocos minutos saldríamos hacia una zona despoblada para una prueba de tiro; me pidió llevar la cámara pero aclaró que debía preguntarles a los soldados que viera si podía o no tomarles fotos. Luego me pidió que aguardara en el comedor y solicitó a una de las cocineras que preparara un almuerzo para mí. A los pocos minutos me entregaron una sopa, dos panes, un vaso de jugo de naranja y un plato con *salo*, una especie de panceta cruda y gruesa que forma parte de la

gastronomía tradicional rusa.

El batallón Prizrak se formó en mayo de 2014 a partir de un grupo de manifestantes Anti-Maidán. Inicialmente operó en Lugansk, lideró la toma de Lysychansk y las batallas en la ciudad hasta julio, cuando retrocedió hacia Alchevsk. Prizrak destacó desde un comienzo por su impronta comunista y retórica antifascista e internacionalista, aunque también contó con miembros ultranacionalistas rusos. Estas divisiones internas llevaron a que se crearan distintas unidades, entre ellas la InterUnit, organizada por el italiano Nemo, donde combatió Dima.

Según Markov, a Mozgovoy, el difunto comandante de la brigada, le gustaba dar entrevistas y solía recalcar su deseo de crear en la región un Estado que tendiera al socialismo. “Muchas personas lo escucharon y decidieron venir a nuestra brigada a ayudar”, me dijo Markov, “por eso hoy tenemos muchos extranjeros. Tenemos buenas conexiones con grupos comunistas en Europa y muchos voluntarios llegan de países como España o Italia, pero también de América Latina y de lugares más distantes aún. Claro que mantener a un grupo de extranjeros tiene muchas desventajas, como el idioma. También que vienen con una idea de la guerra como si fuera una película: como algo muy activo, con disparos todo el día. Pero en el mundo real la guerra es muy aburrida. Día tras día te la pasás sentado en una trinchera, mirás al enemigo, quizás disparás un poco y eso es todo. El año pasado tuvimos treinta voluntarios extranjeros. De India, Chile, Francia, España, Finlandia y otros países. No se quedan mucho tiempo y no sé bien por qué, pero yo tengo un profundo respeto por todos los extranjeros que dejan sus hogares para venir aquí y pelear hombro con hombro junto a nosotros. Son realmente las mejores personas que he conocido”.

Algunos días más tarde le pregunté si creía que la impronta comunista de la Prizrak era la principal razón por la que tantos extranjeros habían elegido unírsele. Me respondió que sí, por supuesto. "Nosotros mostramos abiertamente y con orgullo nuestras banderas rojas y tanto el comandante anterior, 'Arkadich' (Petr Biriukov), como yo somos comunistas. Eso no significa que todos los soldados de Prizrak lo sean, tenemos gente con distintas ideas. Pero sí, muchos son comunistas, y siempre es mejor luchar junto a quienes comparten tus ideas. Mucha gente nos apoya porque comparte nuestras ideas de no sólo vencer a la junta de Kiev, sino también de establecer un nuevo tipo de sociedad. Entiendo que parezca una utopía en medio de la guerra. Pero todo pasa alguna vez por primera vez. Hoy vemos que muchos rusos comparan cómo era vivir en la Unión Soviética y cómo es vivir en la Rusia capitalista y extrañan los viejos tiempos. Puede que ahora mismo no exista la oportunidad de iniciar un cambio, pero quizás sí dentro de algunos años."

Markov finalmente salió de su oficina. "Vamos", dijo. Fuera del edificio nos esperaban dos Lada Niva con el escudo de la brigada en las puertas, me senté en el asiento trasero junto a una muchacha joven de anteojos que llevaba una cámara en la mano. La camioneta aceleró y marchamos hacia Donetskyy, a unos 10 kilómetros de Kirovsk. Prizrak tenía allí su base más cercana al frente y mantenía las posiciones de artillería apuntando 3 kilómetros al norte, donde se encontraba la posición ucraniana. A lo largo del trayecto el pésimo estado de las rutas hacía que el Lada se zarandeara, al igual que el pequeño retrato de Mozgovoy que colgaba del espejo retrovisor.

La muchacha que tenía sentada a mi lado se señaló a sí

misma y dijo “Natalia”, luego a mí. “Ignacio, de Argentina.” Luego señaló mi cámara, su rostro y negó con la cabeza. “No rostro”, pronunció en un inglés suave, “familia. Otro lado”. Sonrió. Le pregunté en ruso si ella también iba a disparar y respondió en el mismo idioma que no, que su tarea era registrar para que el comandante analizara y pudiera sacar conclusiones de las pruebas.

Mientras saltábamos y mi casco golpeaba contra el techo del Lada Niva pensaba en la chica que saltaba al lado mío, aferrada a su cámara con una mano y a una manija con la otra. Era muy joven, probablemente de unos 20 años, no muchos más. Tenía familiares al otro lado de la línea de contacto y temía que pudieran ser castigados si una foto suya circulaba en internet. Si los empleados públicos de la DNR y LNR eran considerados terroristas por Kiev, Natalia lo era aún más por formar parte de una brigada. Una muchacha joven, aferrada casi con temor a una manija dentro de un vehículo inestable. ¿Eso era el terrorismo? Pensé que tal vez Markov hubiera puesto adrede a Natalia al lado mío para que yo me llevara una buena imagen de la brigada. En lugar de un soldado alto, grandote, armado y con cara de malo, estaba esta muchachita joven con rostro inocente y una cámara. Quizás Markov efectivamente lo hubiera pensado, ¿por qué no? Al fin y al cabo, no era de sorprender que quisiera mostrarse ante un periodista internacional como líder de una unidad agradable y cordial con los civiles. Por otro lado, parecía tan extenuado y agotado que probablemente no hubiera tenido tiempo siquiera para pensar en algo así.

Finalmente llegamos a un descampado. Cuando bajamos del vehículo me percaté de que nos seguía un pequeño convoy de vehículos militares, incluyendo un BTR, un blindado soviético de transporte de infantería. Contaba con

un cañón de 30 milímetros que se veía diminuto al lado del imponente tamaño del resto del vehículo. Lo seguía un viejo camión verde con un cañón automático doble en la parte posterior, un arma antiaérea de 23 milímetros de calibre. Completaban la marcha varios automóviles, todos ellos con patente ucraniana. Un total de quince hombres y Natalia, la única mujer.

Tal vez Markov tuviera razón y yo, igual que tantos otros, estuviera demasiado influido por el cine. Pero de alguna forma injustificable, creía que la guerra y el sonido de las muchas explosiones que escuché esa tarde, que me sorprendieron, me asustaron, me dejaron las piernas temblando mientras intentaba registrarlo todo, desde las resonantes e individuales a las cortas y repetidas, todos los estallidos conjugaban mejor con este clima lluvioso y frío. La guerra en un campo abierto, ventoso, nublado, algo árido, con poca vegetación, viejos casquillos de balas oxidados semienterrados en el barro y los hoyos en la tierra que dejan las explosiones, como las huellas de un animal al que se persigue. Así la imaginaba. Y sin embargo ese tipo de conflictos tan cinematográficos ya no existen. Las guerras modernas casi nunca enfrentan a dos ejércitos uniformados en un campo de batalla concreto sino que privilegian los ambientes urbanos. Y quienes participan de los enfrentamientos no suelen llevar uniforme sino que se esconden entre la población civil. Un enemigo invisible y ubicuo. Donbass, con sus trincheras, sus nazis y comunistas, era un viaje en el tiempo.

XX.

Regresé en el viejo vehículo que transportaba aquel cañón

doble antiaéreo junto a Riga, un soldado oriundo de la capital letona. El viento y los múltiples ruidos metálicos del camión bamboleándose por los caminos de barro hacían imposible cualquier conversación, por lo que me limité a saludar al muchacho báltico y a su compañero, un barbudo proveniente de la siberiana Yakutsk. Nos detuvimos en Donetskyy frente a un edificio grande de ladrillos a la vista, tres plantas y con las ventanas bloqueadas. Los largos pasillos eran gélidos y oscuros, pero apenas pude echar un vistazo al interior antes de que Natalia me llamara desde afuera. Mientras me indicaba subir al Lada Niva, dijo "*souvenir*" y me entregó tres casquillos de distintos armamentos.

En Kirovsk, el kazajo Oskar me llevó en su coche al lugar donde me alojaría sin dirigirme la palabra en todo el camino. Salió del vehículo, subió los diez escalones que separaban la vereda de la entrada principal de un edificio de una sola planta y golpeó. Se abrió la puerta, detrás había una reja y, al otro lado, una mujer mayor. Su imagen de abuela tranquila y bondadosa chocaba con el uniforme militar y las pesadas botas que llevaba puestas. El muchacho me guió hacia una pequeña habitación sin ventanas, con una planta artificial. Luego me enseñó un espacio ubicado a pocos metros: un área amplia con una piscina interna, dos lavarropas y un sauna. "No hay duchas, pero podés bañarte aquí." Tomó un balde metálico, lo cargó sumergiéndolo en la piscina y lo colocó encima del horno del sauna. "Así tenemos agua caliente. Si querés comer algo, le avisás a ella. Mañana paso a buscarte a las 8." Me dio la mano y se fue sin decir más.

Quedé allí solo, sin nada que hacer y sabiendo que no podría salir del edificio. Mi habitación estaba en medio de un cúmulo de pasillos que confluían en un espacio de luces azules con decenas de cables colgados de clavos

improvisadamente. Un poco más allá había un espacio oscuro con el techo repleto de lucecitas verdes, azules y rojas que conectaba con una sala con alfombras, más luces coloridas y un pequeño escenario con un caño metálico en medio. En el extremo más alejado de la puerta principal había una barra. Nadie se había molestado en quitar el antiguo logotipo comercial de *Sheriff*, esta extinta mezcla de bar, discoteca, *spa*, cabaret y probablemente prostíbulo que se había convertido en hogar de soldados separatistas.

Por primera vez en mucho tiempo me reí de todo lo que me rodeaba, preguntándome si los soldados comunistas bailarían alrededor del caño. Quizás Dima se hubiera pasado sus buenos días detrás de la barra sirviendo un 7° Regimiento a la memoria de la URSS y el chileno Isaac podría haber disfrutado de esa pista de baile y de sus lucecitas de colores. De fondo podría sonar pop ruso o alguna versión bailable de Katyusha, y después todos juntos a la piscina y al sauna, como buenos camaradas. ¿O a las habitaciones, como más que buenos camaradas? Ah, la guerra nunca deja de sorprender. Imaginé el título en la portada de un diario sensacionalista: “Terroristas ucranianos viven en un cabaret”. Y me reí solo en medio de la oscuridad del Sheriff.

Pero no, la realidad era tremendamente aburrida. El lugar era tranquilo y nunca había más de dos o tres personas. Sólo podía pasar las horas en el sauna, jugar con una gatita blanca que paseaba por ahí, deambular por los pasillos y acostarme temprano completamente agotado de no hacer nada.

Recién cuando llegó Oskar y abrió la puerta me percaté de la oscuridad y el aislamiento que inundaban Sheriff aun durante el día. Afuera había una luz intensamente blanca, cegadora, y no pude evitar soltar unas palabras en castellano,

que sonaron fuerte y nacieron de la sorpresa, el alivio, la extrañeza y tantos otros sentimientos entremezclados que son el estar lejos de todo, en tierra extraña, en tierra armada: “¡Mierda! ¡Está nevando!”.

“¿Qué?”, preguntó el muchacho en inglés y sin prestar atención. Con expresión seria y seca me indicó que subiera al auto. Partimos a mucha velocidad mientras los copos de nieve golpeaban el vidrio y no tardé en descubrir que el limpiaparabrisas de este viejo vehículo no funcionaba. “¿Ves algo?”, le pregunté. Respondió que no hacía falta, que conocía el camino.

El interior de la base en Donetskyy estaba cubierto de humo denso, como si algo hubiera explotado. Por un segundo pensé eso, que había habido un ataque o un accidente, pero la gente allí se veía muy tranquila. Al final de un largo pasillo con ventanas tapiadas y sin ningún tipo de ventilación, dos mujeres cocinaban en una vieja caldera que soltaba columnas de humo intermitentemente. Un cachorro negro se me acercó moviendo alegremente la cola y pronto una joven uniformada vino a recogerlo, me dio la mano y se fue con el perrito en brazos. Apareció entonces Riga: “Buen día, me ordenaron acompañarte”, dijo. Ahora tenía un guía asignado por la brigada, como un turista que recorre las capitales europeas tomando fotos de monumentos y siguiendo a alguien con paraguas colorido y megáfono. Casi igual. Pero en guerra.

“¿Ves? Allí”, Riga señaló agujeros en un portón metálico, a través de ellos se veía una casa semidestruida, con el techo desplomado. “Esto fue en junio. Nos apuntaron a nosotros, a nuestra base, pero fallaron por unos metros y destruyeron una casa civil.” A medida que recorríamos el pueblo, el soldado me mostraba decenas de marcas de los últimos

enfrentamientos en edificios, en árboles, en el suelo. De la oficina de correo apenas si había quedado el anuncio sobre la entrada. En el pequeño mercado había un puesto abierto y tres mujeres que deambulaban por los restos de esta ciudad muerta. “No entrar, peligro”, decía una pintada en la puerta de un edificio de cinco plantas completamente abandonado. Todas sus ventanas habían sido destruidas. Detrás de la construcción se estacionaban algunos pesados vehículos de combate. “Nada de fotos a esto, por favor”, dijo el letón.

En las rejas que circundaban un terreno alguien había colocado un par de flores de plástico. El soldado me contó que allí funcionaba un jardín de infantes, el único de Donetskyy, pero había sido destruido el verano pasado.

Finalmente nos detuvimos. “No podemos avanzar más”, señaló una pequeña vivienda al final del camino, a unos 500 metros y dijo: “Desde esa casa seríamos muy visibles y el enemigo está cerca”. A 2 kilómetros se encontraba Novotoshkivske, el primer asentamiento bajo control ucraniano al otro lado de la línea de contacto.

Camino al centro de Donetskyy nos desviamos hacia el sur por una zona de campo abierto. Pequeños carteles advertían sobre la presencia de minas y un cable negro se extendía a lo largo de todo el recorrido. Pregunté qué era ese cable, suponiendo que debía ser de comunicación. “No puedo decirlo.” Finalmente llegamos al sitio que quería mostrarme el soldado: la tercera posición, donde se establecía la artillería apuntando a las líneas ucranianas, unos 3 kilómetros al norte. Una caseta semienterrada y cubierta de tierra era el destino final de aquel cable negro. Allí adentro estaba el barbudo siberiano que el día anterior había acompañado a Riga, me estrechó la mano y me invitó a pasar al diminuto recinto como quien recibe a un amigo en casa. El sitio era gélido y

había muy poco espacio para moverse; había una mesa, una pequeña e improvisada cucheta, algunos libros y revistas, una salamandra y una débil lamparita que casi no iluminaba. Toda la posición se me figuró como una pequeña aldea de *hobbits*, con diminutas casitas semienterradas, caminos ladera arriba y abajo, todo oculto y agreste. En un pozo y cubierto por redes verdes estaba el armamento. “Sin fotos, por favor”, repitió Riga.

Regresamos a la base y esta vez pude explorar. Era una escuela, o al menos lo había sido. Aún quedaban algunos pupitres amontonados en las aulas, pero todo el sitio había sido acondicionado para albergar a decenas de soldados. Las ventanas se habían tapiado y las aulas se habían convertido en habitaciones y una sala grande en un extremo era depósito de municiones. El comedor seguía funcionando como tal, sólo que ahora se cocinaba en los pasillos y todo se llenaba de humo y del pegajoso olor a *grechka*, el trigo sarraceno que se comía prácticamente a diario. Riga vivía en una vieja oficina, casi sin luz, con un pequeño espacio de la ventana que no había sido bloqueado y por donde entraba aire.

El letón estaba harto de esto, del encierro y de la guerra. Había llegado hacía tres años y desde entonces no veía a su familia, nadie sabía que estaba allí. El salario mísero que le pagaba el Estado de la LNR apenas le alcanzaba para vivir, no había forma de que pudiera usarlo para viajar a Letonia. Además no tenía suficientes días libres como para viajar. Siempre faltaba personal para mantener las posiciones, entonces la situación se convertía en un círculo vicioso: como había menos gente, los que quedaban debían trabajar más, se cansaban más y terminaban desertando también.

Le pregunté si era comunista, como buena parte de los soldados de la Prizrak. Dijo que no, que el comunismo no

sirvió, pero que el sistema actual también estaba agotado. “Necesitamos cambiar nuestra forma de pensar como sociedad y crear un sistema nuevo. No sé cuál es. Pero no tiene sentido seguir discutiendo si comunismo o capitalismo.”

Finalmente sonó su teléfono, alguien le avisó que un vehículo de la brigada había venido a recogernos y nos llevaría a Kirovsk. Cuando bajábamos las escaleras me dijo: “Sé que hablás con el comandante. Me gustaría que le preguntaras por qué no podemos descansar, por qué se están yendo todos”. Se detuvo a mitad de camino y por primera vez noté en él aquella misma expresión de agotamiento y recelo que tenía Markov todo el tiempo. Pareció a punto de decir algo más, pero se contuvo y salió a paso firme del edificio.

XXI.

Finalmente llegó el día en que iría a la primera posición, en el frente. Sabía que era una época bastante tranquila, casi sin enfrentamientos ni disparos. Pero. Cientos de “peros”. Todo podía pasar en las trincheras con el ejército enemigo a pocos metros. A esa distancia yo era uno más, con casco, oculto en un pozo de metro y medio de profundidad. Que en la mano tuviera un arma o una cámara era irrelevante y mi improvisación excesiva, patética e ingenua, significaba que no tenía ningún tipo de marca que me identificara como periodista. Había caído allí, casi por accidente. La curiosidad me llevaba a cometer la impericia de ir al frente así sin más, con la desfachatez de saberme indestructible simplemente porque sí, porque no me pasaría nada. Todo estaría bien. Eso al menos me repetía en el vehículo militar que me llevó por la mañana sólo a mí hacia Donetskyy. Recordaba también las palabras que me había dicho el andaluz José una noche en su

casa: “Cuando vayas al frente, si escuchas pepinazos… baja la cabeza”. Eso haría, bien fácil. Bajar la cabeza si empezaba la balacera.

Riga me recibió en la escuela de Donetskyy con un entusiasmo contagioso. Parecía contento de llevarme a Zhalabók; quizás le resultara más entretenido que pasarse el día haciendo nada en la base. Subimos en la caja trasera de un camión junto a otro soldado, un hombre de rostro anguloso, serio. El letón cerró la cortina de la caja para que yo no pudiera ver el camino. Avanzamos hasta que eventualmente el camión se detuvo en medio del barro y no quedó otra alternativa que bajarse e intentar liberar las ruedas con un par de palas. No me fue permitido bajar sino hasta que todos concluyeron que no podríamos avanzar más. Eventualmente llegó un nuevo camión, más pequeño que el primero con el que pudimos continuar viaje, sólo que esta vez lo hicimos en la cabina. “Nada de fotos, por favor”, dijo Riga. Son apenas 2 kilómetros en línea recta desde Donetskyy hasta el ¿ex? pueblo Zhalabók, pero demoramos más de una hora en llegar allí.

Bajamos en la intersección de un camino de tierra y la ruta 66, donde una bandera roja de la Prizrak flameaba sobre los muros de lo que alguna vez fue una pequeña casa. El asfalto de la ruta estaba repleto de marcas de explosiones, restos de misiles, balas, plantas que crecían entre los agujeros de las ruinas. Algunos trozos de hierro impedían el paso, pero tal vez no fueran necesarios: hacía por lo menos dos años que ningún vehículo circulaba por allí. Era un camino muerto, tan muerto como todo lo que lo rodeaba. El cielo estaba nublado y los restos de lo que había sido un pueblo ahora se desperdigaban en el suelo: los cacharros, juguetes, muebles. Cada casa era una ruina, el cuerpo sin alma, un cadáver

pudriéndose a la intemperie e imposible de ser velado. ¿Dónde estaban los dolientes de Zhalabók, aquellos que no habían podido despedirse de su tierra antes de marchar? Todo lo que fue y nunca más sería, allí, convertido en guarida de los mismos soldados que habían asesinado al pueblo.

En el límite norte estaba la posición principal, algunas construcciones de ladrillos y bolsones de arena, mesas gastadas con *Biblias* y tazas, muchos perros. En una casa cercana, destruida, funcionaba una improvisada cocina al aire libre, junto a un pequeño caballo de juguete al que le habían colocado un casco en la cabeza. Por las dudas. En medio de este basural de barro y abandono aparecían las raíces infectadas de la guerra: un laberinto de trincheras prolijamente cavadas en una tierra oscura que se iba aclarando con la profundidad. Cientos de metros de recorrido enmarañado, de excavaciones hasta aproximadamente el pecho de los soldados. Al final del camino había dos estantes de madera empotrados en la tierra para conservar municiones junto a una *Biblia* y un ícono de Cristo. Asomé la cabeza más allá de los estantes. “Allá”, señaló Riga. A unos 200 metros, al otro lado de un descampado y donde comenzaba un bosque, había unos bolsones blancos de arena cubiertos por algo de vegetación. Sobre ellos flameaba una bandera ucraniana. “Ése, ¿ves? Ése es el enemigo.”

No estaba armado, no iba a disparar, no venía a combatir. Y aun así allí estaba, cara a cara con otro ejército, enfrentado a quienes me habían llevado hasta ese punto. No tenía nada en contra de aquellos hombres al otro lado de la línea de fuego, no podía tenerlo. Quizás hubiera visto a alguno de ellos o a sus familiares, como quizás me hubiera cruzado a familiares del dueño de aquel chaleco de Bajmut que Dima había robado hacía algunos meses. No me enfrentaría a ellos,

no era ése mi propósito. Y sin embargo allí estaban ellos y allí estaba yo. Ése es el enemigo. Allí. A 200 metros o menos. A un disparo de distancia, a una bala, a apretar el gatillo e iniciar cada día un nuevo final para todos. El extremo de esa trinchera era un acantilado desde el que saltar hacia el fin del mundo. Más allá, la inundación.

Pasé allí algunos minutos en silencio, mirando hacia la posición ucraniana y preguntándome quién me estaría mirando al otro lado. ¿Qué vería en mí? ¿Qué pensaría de mí? Tal vez le era irrelevante y aquel soldado ucraniano asentado al otro lado estuviera tan aburrido y cansado como los soldados separatistas: "Día tras día te la pasas sentado en una trinchera, miras al enemigo, quizás disparas un poco y es todo". Pero tal vez no fuera así, no ese día, ¿cómo saberlo? Cualquiera podría hastiarse del aburrimiento y comenzar a disparar simplemente porque sí. "Vamos", dijo Riga, "quiero mostrarte algo".

Avanzamos por la única calle hacia el otro extremo del pueblo, a unos 600 metros. En el camino nos detuvimos en una casa tan repleta de marcas de balazos como las demás. "Acá vive la última vecina de Zhalabók, es una anciana que no quiere irse. Vive sola con su perro. La visitamos a diario para ver si podemos ayudarla con algo." Se asomó al portón metálico agujereado tantas veces y llamó a los gritos. El perro encadenado en el patio delantero comenzó a ladrar salvajemente, pero la señora nunca salió. "Quizás no nos escucha, es muy mayor y está bastante sorda." Tal vez eso fuera una ventaja durante la noche.

La última casa del pueblo tenía un cobertizo utilizado originalmente para conservar víveres, pero que ahora contaba con algunos sillones sucios, unas chaquetas militares

desparramadas y algunos objetos aleatorios, probablemente tomados de casas vecinas, tan sólo a modo de decoración. De allí salió el responsable de este lugar, el único habitante del extremo occidental de Zhalabók. Era un hombre de unos 70 años, de rostro serio y cansado, barba blanca y ojos profundamente azules. Me dio la misma impresión que aquella mujer en Sheriff: si no fuera por el uniforme militar pasaría por un viejo amable que da de comer a las palomas. Pero no. Me dio la mano y me pidió que lo acompañara.

Oculta detrás de una pila de barriles metálicos y tras un muro con la inscripción “ucraniano puto”, había una escalera que descendía bajo tierra. Me topé con muchas cosas extrañas ese día, pero nada se parecía a lo que vi en ese diminuto cuarto subterráneo: una cama, un escritorio y decenas de equipos de comunicación, radiotransmisores, cables desperdigados, lucecitas de colores y una lámpara fantasmagórica que iluminaba esta escena robada de plena Guerra Fría. Había mapas y lápices, algunas reglas, algunos compases y otros instrumentos de medición. Allí se triangulaba la información enviada desde la comandancia en Kirovsk, la base en Donetskyy, la cercana tercera posición y las trincheras en Zhalabók. Era el centro neurálgico de todo lo que sucedía en el frente, de cada ataque, de cada respuesta. Y el hombre de barba canosa vivía allí, en ese mundillo subterráneo de ruiditos irregulares. “Sin fotos”, dijo el viejo en ruso, y me empujó suavemente escaleras arriba.

Algunas horas más tarde, se extendía a nuestros pies la ruta, con sus heridas de balas y misiles. Lysychansk se encontraba a unos 40 kilómetros de allí, pero sentí que podrían ser varios años luz. La abandonada ruta 66 no unía distintos puntos en la provincia de Lugansk sino que se constituía en un agujero negro que devoraba y alejaba, un

túnel oscuro que era imposible de atravesar pero que de alguna forma conectaba con otro universo, con otras vidas. El silencio era suave, como si hombres y bestias jamás hubieran pisado esa tierra. Pero las huellas de botas y de vehículos en el barro decían otra cosa. También los casquillos sobre la calzada destruida. El silencio que percibía era circunstancial, poco más que la calma antes de una tormenta cada vez más esporádica e imprevisible. En el medio, la ruta infranqueable como símbolo de una unidad destrozada.

XXII.

La última mañana que pasé en la ciudad me levanté temprano; la señora mayor me dio paté en lata y galletas para desayunar, y pronto dejé Sheriff. Caminé a la comandancia tiritando, pensando que mi tiempo en el Donbass se había extendido demasiado y que nunca había contemplado la posibilidad de alcanzar a ver nieve. Me abrieron la reja sin hacer preguntas, entré al edificio y enseguida se acercó Oskar. “Tu cámara”, reclamó. Revisó una por una mis fotos hasta hartarse. “Mirá, sólo necesito saber una cosa: si tenés o no fotos del armamento.” Dijo específicamente qué armamento y dónde se encontraba. Respondí que no, que me habían prohibido tomar fotografías en ese sector. Luego me dio la mano y llamó al autobús de la brigada para que me llevara hacia la terminal.

Me detuve en Alchevsk con el objetivo de visitar el monumento a Mozgovoy, primer comandante de la Prizrak, muerto en 2015. La calle Gorki atravesaba el río y quizás alguna vez hubiera sido un rincón vistoso, pero las viejas fábricas soviéticas abandonadas y los edificios grises le daban

a toda la zona un aire postapocalíptico. Como si esto fuera poco, el cine de los Metalúrgicos, una construcción megalómana típica de los años 50 en la URSS, con columnas pesadas y una entrada monumental rematada por las estatuas de tres victoriosos proletarios, era sólo una ruina oscurecida por el abandono y el humo de las fábricas. La decadencia de la antigua monumentalidad es una imagen recurrente en las ex repúblicas soviéticas, pero siempre me resultaba hipnótica. ¿Qué había sido de todo eso? Monumentos decapitados, olvidados o devorados por bosques y lluvias. Los manifestantes del Donbass que se habían preocupado tanto por proteger estatuas de Lenin que el gobierno de Ucrania buscaba demoler no se habían molestado en salvar este complejo cultural en Alchevsk. Tal vez fuera menos simbólico o quizás simplemente más caro de conservar. La desidia explícita hacia este cine se asemejaba demasiado al desprecio por el pasado que los separatistas criticaban al nacionalismo ucraniano. En esta postal en blanco y negro resaltaban los colores despintados de un enorme cartel frente al río: la bandera de la LNR, el escudo de la ciudad y la frase "Te somos fieles, Alchevsk".

No muy lejos de allí se encontraba el monumento a Mozgovoy, con varios ramos de flores a sus pies; ¿cómo saber quién los había dejado ahí o qué tan real era el apoyo popular al comandante muerto? Mientras me alejaba del centro en dirección sur me topé con un letrero que me llamó la atención. Era rojo con letras amarillas y señalaba la sede del comité local del Partido Comunista. Alguien había pintado sobre las últimas palabras, como si hubiera sido necesario modificarlo porque el lugar ya no era el mismo. Y sí, efectivamente este edificio ya no era el mismo, el comité local tampoco lo era y menos aún la ciudad. Hasta aquel viejo

partido tan ligado a un país desaparecido hacía más de un cuarto de siglo había cambiado. Por eso, detrás de "Partido Comunista" alguien había cubierto rápida e improvisadamente las últimas palabras que aún alcanzaban a verse si se prestaba mucha atención: "…de Ucrania".

Fueron tres autobuses el mismo día, de Kirovsk a Lugansk, antes de continuar con la lenta peregrinación que fue mi salida del Donbass. La capital regional me recibió fría y lluviosa, como cada lugar de la zona. Lugansk fue eso para mí: un sitio frío y lluvioso. Pasé una noche más allí, tan sólo para reorganizar la estrategia de retirada, como un ejército invasor que no es derrotado pero tampoco logra aplacar al enemigo y decide marcharse antes de quedar estancado. Oculté archivos en mi computadora y borré *emails* y mensajes, desinstalé redes sociales y desactivé mis cuentas temporalmente. Sabía que en la frontera chequearían todo. Decidí también desprenderme de los casquillos que me había regalado Natalia para evitar problemas. Camino a la terminal me topé con un cartel callejero con la imagen de tres oseznos, junto a ellos y en letras con los colores de la LNR: "Estamos volviendo a casa". Para el gobierno local "casa" significaba Rusia o al menos su esfera de influencia. Para mí, el sentido era más literal.

Son 200 kilómetros los que separan a Lugansk de Rostov del Don, en Rusia, atravesando algunas de las zonas menos afectadas por la guerra, donde las carreteras se encontraban en buenas condiciones y los pueblos no eran tan sólo un cúmulo de destrucción. En la frontera un grupo de soldados subió al autobús sin saludar, recogió los pasaportes e hizo bajar a una sola persona: al extranjero de pasaporte disparatado. Me llevaron a una pequeña caseta junto a la ruta

donde ardía una vieja salamandra y hacía un calor agobiante. Así comenzaron las preguntas, en ruso, en inglés básico, amables o agresivas intermitentemente, por momentos a los gritos, todo tipo de interrogantes respecto a dónde había estado, qué había hecho, quién me había hospedado. Realmente no sabía qué tanto decir, mi expirada acreditación de prensa de la DNR les resultaba irrelevante porque "ése es otro país" y nunca había obtenido permisos en Lugansk.

Mientras dos o tres soldados se ocupaban de fotocopiar las páginas de mi pasaporte, otros tantos continuaban con las preguntas, alguno hacía llamadas, otros revisaban mi celular y uno más buscaba en internet información sobre mí. Les enseñé un artículo que se había publicado en un diario argentino sobre las curiosidades de la vida diaria en el centro de Donetsk. Era una nota de color, poco polémica. Mientras uno de los soldados intentaba traducirla, llamaron los que estaban fotocopiando mi pasaporte. "Ucrania", dijeron señalando los sellos del país. Respondí que sí, que había estado en Ucrania. "Mucho tiempo, ¿Dónde? ¿Por qué?", me acercaron un celular para que hablara en inglés y ellos pudieran leer en ruso. Dije que había ido como turista, que había estado en Kiev y Járkiv, que había visitado Chernóbil, no mucho más que eso. No me pareció acertado informarles detalladamente sobre los viajes por las ciudades del Donbass bajo control ucraniano.

La cuarta o quinta vez en que el conductor del autobús entró para apurar el trámite lo acompañaron algunas mujeres mayores que estaban más cansadas e indignadas que él. Quizás fue por ellas, por esas ancianas que entraron a los gritos a la pequeña y agobiante caseta, que finalmente los soldados me devolvieron el pasaporte y me dejaron ir después de casi una hora y media. Al subir al vehículo todos los

pasajeros me aplaudieron con ironía.

Llegar a Rostov del Don fue recordar lo que me había dicho hacía ya tanto tiempo Román en Sloviansk: que estaba hastiado de las fronteras, de las preguntas, de las acusaciones, del toque de queda, de todas aquellas dificultades que debía enfrentar cuando visitaba su natal Donetsk. Y que sentía alivio cuando regresaba a Sloviansk y podía comprar cerveza a las 11 de la noche. Yo también lo sentía. El nivel de paranoia con el que se vivía en la DNR y la LNR no era normal y no podía extenderse eternamente. Antes de visitar el Donbass me preguntaba qué tanto tiempo podrían sobrevivir estas autoproclamadas repúblicas, inmersas en una guerra interminable, bloqueadas económicamente y sin reconocimiento internacional. Pero me había ido de la zona sin respuestas concretas, con una incertidumbre que había expresado Markov: "Todavía no sabemos ni siquiera por qué estamos luchando". Muchas de las dificultades iniciales se habían resuelto con parches y gracias a la colaboración de Rusia, pero los atentados seguían ocurriendo. ¿Cuánto podía durar algo así?

En 2019 Poroshenko perdió la posibilidad de ser reelecto a manos del joven actor y comediante Volodimir Zelenski. El nuevo mandatario de Ucrania tenía por única experiencia política haber interpretado a un presidente en un *show* de televisión y su campaña fue tan espectacular que el partido político tomó el nombre de aquel *show*: Servidor del Pueblo. Aun así obtuvo más del 70 por ciento en la segunda vuelta electoral y triunfó en veintitrés de las veinticuatro regiones ucranianas.

Zelenski asumió con un discurso sencillo, remarcando que era un ucraniano común, alejado de la casta política

enquistada en el poder. A nadie, ni siquiera a él mismo, pareció importarle que proviniera de una familia judía, incluso los grupos de extrema derecha cuestionaron más su inexperiencia que su ascendencia. La irrupción del actor de tan sólo 41 años marcó un final claro para el proceso iniciado con la Revolución Naranja de 2004 y el Euromaidán de 2013-14, y tal vez también marcara el final de la guerra. Quizás de alguna forma este comediante lograra terminar con la idea de una Ucrania racista y se abriera a negociar con los sectores más moderados del Donbass. El problema es que el principal impulsor de su campaña fue Ígor Kolomoisky, dueño de la cadena televisiva 1+1, que transmitía el programa de Zelenski, y quien financió a varios de los batallones voluntarios más violentos al principio de la guerra. Quizás aún fuera posible una vuelta atrás y Donetsk y Lugansk pudieran volver a formar parte de Ucrania, pero el odio promovido por Kiev y por los gobiernos de facto era demasiado fuerte. No sería sencillo.

Finalmente un día me marché y, tras algunos aviones y escalas, llegué a casa. Cargaba en mi mochila muchas más preguntas que respuestas, pero también la noción de que una guerra no es una lucha de un bien contra un mal, blanco contra negro, sino que hay tantas tonalidades de grises como seres humanos que participan del conflicto. Las guerras tienen un inicio pero nunca un final claro; persisten y se enquistan en los vecinos, en sus vidas, en sus historias, en sus calles y casas. El dolor se cuela en la sangre y se transmite de generación en generación hasta volverse parte esencial e irrenunciable de la identidad de un pueblo. Ya nunca cesa y ya nunca se olvida sino que se hace carne y memoria. Una herida que se estanca tras una guerra estancada.

1 Una especie de taxi colectivo.

2 Colina cónica de residuos, escoriales o escombreras, que se forman al excavar una mina.

3 Organización paramilitar que derivó en partido político, nacida de la unión de distintos grupos de ultraderecha, neofascistas y nacionalistas. Fue fundada en noviembre de 2013, en los albores de Euromaidán, como uno más de los tantos grupos que protestaban en contra de Yanukovich. Su brazo armado, el Cuerpo Ucraniano de Voluntarios de Sector Derecho (DUK PS), llegó a contar con alrededor de 5 mil miembros.

4 La batalla del Aeropuerto Internacional de Donetsk fue la más extensa de la guerra en Donbass, entre septiembre de 2014 y enero de 2015. Murieron alrededor de ochocientas personas, entre soldados de ambos bandos y civiles.

¡No te pierdas el contenido exclusivo en Leamos y BajaLibros!

 Twitter

 Facebook

 Instagram